
LA REVELACION.

Habiendo hablado en el número anterior con el epigrafe *El misterio*, de esas grandes verdades que ocultas á la humana capacidad rebajan nuestro orgullo, ilustrando á la vez nuestra inteligencia y saciando los deseos instintivos del corazón, era lo probable no encontrar ya tropiezos en el camino de la fé, para empezar nuestras tareas doctrinales en la exposicion ofrecida del dogma católico; pero no. la filosofia incrédula continúa ufana en sus mismas trincheras combatiendo al cristianismo, y unas veces racionalista y casuista como los epicúreos llevando la perversidad hasta el lugar santo; otras, espiritua- lista y panteista, elevándose á una apoteosis incon- cebible y anómala, y siempre orgullosa mirando á la creacion como escabel de su pretendida sobera- nía, es preciso buscarla en todas partes, desalojarla

de sus mentidas fortalezas, apoderarse de sus mismas armas, para que despojada de sus pretensiones, baje su cabeza ofreciendo ese racional obsequio de la fé que armoniza nuestra debilidad y nuestra grandeza, sin abultar nuestros privilegios, ni rebajar nuestra dignidad.

Como el racionalismo moderno filosófico nada aumenta ni disminuye á los principios establecidos por el racionalismo antiguo, basta fijar una vez su doctrina para comprender la falta de razon de su razon orgullosa: «la razon sola, dice, sin ayuda de otra razon superior, basta para alcanzar al conocimiento de todas las verdades así intelectuales como morales.» Segun esta doctrina, nada hay que supere las facultades de la inteligencia creada; y en tanta variedad de conocimientos, en tanta diferencia de costumbres, en ese continuo flujo y reflujo de civilizacion y de ignorancia, en esa diversidad de clases que abarca lo mismo al encanecido doctor de la Sorbona que al vecino salvaje de las costas africanas; en todos tiempos, en fin, en todos los puntos y en todo individuo, la razon sola es el juez árbitro que decide sobre los inconcusos principios de la verdad y de la virtud; así quedan justificadas todas las heregias, sancionado el cisma, protegido el vicio y el desórden, canonizado el error y combatida la verdad en su misma esencia, haciéndola múltiple y hasta contradictoria en sí misma. Detengámonos un momento en la consideracion filosófica de esta razon altiva, y cuando toquemos prácticamente la imposibilidad de esta apoteosis tan exagerada, deduciremos lógicamente la verdad de una revelacion divina que ha dado al hombre toda su importancia en el mun-

do racional como sus ventajas en el moral y religioso.

Tres graves inconvenientes resaltan al primer golpe de vista, para que el hombre pueda, sin la ayuda de la revelacion, alcanzar el conocimiento de todas las verdades: el primero y general á la especie humana es su aversion al trabajo como pena fulminada á su delito; buscando siempre y por todas partes, por una inclinacion instintiva la verdadera felicidad se le opone todo lo que no sea la felicidad misma, tal cual la concibe y la desea; y el dolor, el trabajo, el estudio y todo lo penoso y triste es una idea repugnante, un sentimiento de repulsion que si la necesidad unas veces, la utilidad otras, y casi siempre el amor propio no dulcificára su repugnancia, no habria para el hombre en la vida una corona mas brillante ni deslumbradora que la tejida por la floja mano de la ociosidad: es verdad que muchas veces se encuentra vencida esta repugnancia por la recompensa y el premio concedido al trabajo, bien dulcificando y ampliando los estrechos círculos de la vida, bien alhagando nobles aspiraciones que labran la esperanza segura de un risueño porvenir. ¿Pero quién sin estos atractivos podria emprender el penoso trabajo de investigar la verdad; trabajo difícil por su abstraccion metafísica, y tan estéril en resultados que apenas un pequeño número de precoces talentos, de severas costumbres y de larga vida, podria investigar la primera y mas fácil verdad del Cristianismo, que es el conocimiento de Dios? El género humano, dice Santo Tomás, á escepcion de un número muy escaso, quedaria hundido en las tinieblas de la ignorancia no teniendo otro medio de co-

nocer á Dios que su razon limitada. Segundo: aun para estos pocos seres privilegiados ¿cuál seria su existencia moral todo el tiempo que durára el trabajo de su investigacion? ¿qué freno hubiera podido contener las agitadas pasiones de su juventud? ¿qué ley, qué religion hubiera detenido los pasos de su incertidumbre para no caer en todo los errores y dejarse arrastrar de todos los vicios? Si los preceptos positivos, las amenazas de un castigo eterno, y toda la eficacia de la ley evangélica no basta para contener al hombre en el camino del desórden, ¿en qué estado de espiritualismo práctico seria preciso concebirlo para que gastando su vida, sin ley, sin fé y sin Dios, no fuera el miserable juguete de todos los errores y de todas las pasiones? ¿Podemos ni aun concebir este estado? Pues aun suponiendo la posibilidad de estos hombres, filósofos desde su cuna, virtuosos sin precepto y sin modelo, todavía los veremos expuestos á caer en el error, cuando fiados en sus propias fuerzas, pretendan subir esa escala, que de las cosas visibles á las invisibles nos ha consignado el Apóstol.

Tercero: débil el entendimiento humano para formar juicios completos de verdades abstractas; teniendo por principio el primer acto del entendimiento que es la percepcion de los objetos materiales, ó sea la sensacion producida en el alma por la impresion que han realizado los sentidos, hay una disposicion natural de mezclarse las cosas materiales con las intelectuales, que la razon humana no puede ni precaver ni evitar; todos sus esfuerzos que parten de la naturaleza material están expuestos al error de una imágen viciada, de una percepcion incompleta que hace variar sustancialmente el juicio, dando motivo á que sábios

de igual reputacion se dividan, sosteniendo doctrinas diametralmente opuestas; que unos defiendan errores los mas crasos, que se alucinen otros con absurdos los mas deplorables, que todos al fin desconfien de su razon por la debilidad de la razon misma y que sus descubrimientos y demostraciones merezcan solo la pobre clasificacion de verdades inciertas ó dudosas que no pasan de simples opiniones.

Establecidas, pues, estas bases, sacadas de la filosofia mas pura de la razon: LA VERDAD CATÓLICA, el conocimiento solo de Dios quedaria reducido acaso á un solo hombre privilegiado, sacado por la Providencia de toda su raza descreida, elevado de su especie como una divinidad, y á pesar de esto despreciado tambien, toda vez que el criterio universal rechazaba sus aserciones, y la humanidad entera no alcanzaba á conocer sus verdades.

Para que el hombre, pues, conozca á Dios, de cuya certidumbre, inmutable y necesaria, surge la glorificacion accidental de este Dios, y la intrínseca glorificacion del hombre mismo, no queda otro medio que la revelacion y la fé. ¡La revelacion! ¿quién ha podido dudarla? Dos grandes épocas señala la historia que abarcan toda la humanidad y revelan de un modo terminante una revelacion divina, acomodada á sus precisas necesidades; la Creacion y la Redencion. Considerado el mundo, como dice San Agustin, un solo individuo moral, una persona colectiva, Dios que era el Padre le dió no solo la vida física, uniendo la materia á su espíritu, sino la vida intelectual, uniendo el espíritu á la verdad, y la vida moral imponiéndole preceptos que fijaban la soberanía del Criador y la justa dependencia de la criatura; sigue

despues desarrollándose el universo y la revelacion le acompaña como una educacion precisa y acomodada á su estado y capacidad: este niño delinque, y se castiga; se olvida de los consejos y preceptos paternales, y sufre la pena debida á los desvíos de su orgullo; pasa, en fin, una juventud licenciosa y proclama en su virilidad la emancipacion de la idolatría, y aquel Padre tan bueno, que no habia dejado de serlo apesar de su ingratitud, cumple sus promesas, hechas muchos siglos antes, de otra revelacion perfecta cuando aquel habia tocado á su plenitud que era su vida perfecta.

Más de cuatro mil años llevaba el Universo cuando industrioso, guerrero, filósofo, súbdito de un solo soberano y acostumbrado á marchar y retroceder á merced de las olas de la vida, se encontraba en las mejores condiciones de perfeccionar su ilustracion y su moralidad; y aquella palabra que se oyó en el Paraiso, que habia sorprendido á Noé, á Abraham y Jacob, que siguió á Moisés en el desierto, escuchándola con claridad en el Sináí, revibró con mas fuerza en la Judea y Palestina, en el Tabor y en el Cenáculo, y el Universo entero la escuchó estupefacto de los lábios de Jesuseristo, estableciendo el reino espiritual que fundaba con su sangre. La Redencion, ha dicho un sábio, es el Evangelio; en él se confirman todos los dogmas revelados desde el principio; se amplian y perfeccionan las leyes promulgadas por Adan, Noé, Moisés y demás Patriarcas, estableciendo un culto tan sencillo como digno, tan útil como magestuoso, que sustituye al culto material y grosero de las primeras edades; de esas épocas transitorias de la ley natural y escrita que el mundo

atravesaba para llegar á la virilidad perfecta en la ley de gracia.

Sí, Dios habló, y el Cristianismo es la última página de aquel libro divino que empezó en el Paraíso y acabó en el Calvario; en él encontramos nuestro símbolo y nuestro código; código y símbolo inalterables, porque J. C. no vino á destruir sino á perfeccionar la obra de todos los siglos, vino á cumplir todo lo ofrecido desde el primer día á la humanidad envilecida, y poner el sello al plan divino que empezó en la creacion, y al que han servido para su complemento todas las revoluciones, todos los trastornos de la humanidad, y continuará en la duracion de los siglos hasta llegar á su término, que es, la heredad ofrecida del Señor, como testimonio infalible de su bondad y misericordia.

¿Y cabía en la limitada capacidad humana, podía la razon sola concebir, y mucho menos realizar, esta obra en que figura toda la humanidad, que abarca todos los siglos, que le sirven todos los acontecimientos con una correspondencia, una ilacion tan precisa que forman la unidad en su causa y la unidad en su fin? ¿Podía, por ventura, el acaso ordenar así los hechos universales de la sociedad entera, como las tendencias de cada individuo, componiendo un todo tan perfecto que siempre pasma y revela siempre la Omnipotencia? No: el Deuteronomio y el Evangelio no tienen otra diferencia que las fechas, y la gradacion precisa de un niño que nace, crece y se educa, á un hombre que recibe la ley que lo perfecciona. Si Moisés hubiera escrito sin la base de la revelacion primitiva, habria edificado sobre arena; sus mismos milagros no hubieran podido persua-

dir á los israelitas si la revelacion no les confirmára la esperanza en sus tradiciones: por eso, el judaismo ha sido y será siempre inescusable en su delito, porque la Redencion estaba muchas veces revelada; con mas ó menos claridad habia sido ofrecida en el Paraiso, reanimada con las bendiciones á la casa de Abraham; esclarecida en Jacob con la promesa de un enviado que seria la espectacion de las naciones; señalada su época por Daniel, y desarrollados todos los testimonios de esta verdad con la predicacion pública y los públicos milagros del Mesías; de modo, que todas las épocas remarcables del Universo, las revoluciones de cuarenta siglos, la caida estrepitosa de los mas robustos imperios, todos los acontecimientos de la humana política, la historia universal, en fin, testifica de una manera innegable la verdad de la revelacion.

Si no hubiera ofrecido en el principio de mi artículo combatir al racionalismo con las mismas armas de la razon, me detendria todavía á esponer las célebres apologías de San Justino, Ireneo, Clemente de Alejandría, Orígenes y otros muchos padres de la Iglesia, probando la necesidad y la verdad de la revelacion; buscaria tambien el testimonio de los mas célebres filósofos de Grecia y Roma, quejándose de la debilidad de la razon para investigar por sí misma la verdad; pero como á los estrechos limites de un artículo no le es permitida esta dilacion, baste lo dicho para convenir en que hay *misterios* que el hombre se vé precisado á creer porque Dios los ha revelado.

N. DE LORA.

LA AMBICION.

No puede fijarse la mirada filosófica en el nebuloso horizonte de la vida, sin que abrevé de angustia el corazón. Es verdad, que este tiene aspiraciones inmensas que remarcan su elevado destino; pero sus fuerzas están limitadas por estrecho círculo, y al tocar con el delicado instinto del sentimiento la humanidad en la rapidez de sus escenas, la volubilidad de sus fortunas, la agitación de sus pasiones, la sed ardorosa de sus esperanzas, y el martirio de sus decepciones, el espíritu hastiado busca un horizonte más tranquilo y despejado en el seno de la naturaleza, donde la reproducción y la vida se disputan el cumplimiento de la suprema ley, que señaló la suya á cada ser y cada vida, cuyo armonioso conjunto perpetúa y desenvuelve al universo. Yo habia buscado horas menos agitadas en el asilo de la soledad «donde el sábio jamás está solo,» y alejándome del sordo murmullo de las agitaciones sociales, caminaba embriagado al contemplar ese vasto lienzo en que

mil y mil seres cortan en variadas direcciones el campo ameno de la vegetacion, y donde la yerba que despunta, la flor que se desenvuelve, el águila que azota los huracanes, y el pajarito que canta el himno de la creacion á la sombra de una espiga, me impulsaron á clavar la vista en la bóveda azul; y buscando entre sus arcadas inmensas al Autor de tanta vida y belleza tanta, volví á bajarla hácia la tierra para preguntarles: =¿A qué aspirais? A vivir, me respondieron, y á arrebatár su cetro y su púrpura al génio de la inmortalidad. La vida me absorbía en aquellos instantes de meditacion, sin haber observado que yacia á mis piés un resto podrido cubierto con sinuosa capa de gusanos miserables.

Aquella informe masa de insectos asquerosos fijó por un momento mi atencion. Bullian allí con movimiento irregular y simultáneo arrastrándose ansiosos por tocar la repugnante presa; el uno sube cansado, baja desfallecido el otro; quien se creia próximo á saciarse, cae y describe en la tierra círculos irregulares; quien habia ocupado el lugar mas preminente, se despeña sobre sus compañeros arrastrándolos en pos de sí, y aun los que engullen el podrido resto paladean como sustento de vida la infeccion y ponzoña que engendra la muerte. Un momento de angustia impresionó mi alma, y no sé porqué secreto impulso lancé miradas azarasas sobre los horizontes, exclamando: =¡Hé aquí la imágen de los hombres aguijoneados por la *ambicion!*... Y los veia correr en encontradas sendas por alcanzar la *primacia*; y el estruendo de una posicion escalada precede al trueno de mil caidas sorprendentes; y el rayo del desengaño hiere el pedestal de mil destronados

que se hunden; y la lucha, y la envidia, y el encono forcejean por derribar mil y mil fortunas, aspirando todos á saciarse de brillante fausto, cuando tragan en dorado anzuelo un tósigo que mata la paz del alma, el honor, la justicia, la virtud y la dignidad. Los hombres de mi siglo me interesaban demasiado en ese momento, porque son mis hermanos; y debiéndome singularmente á mis compatriotas, he creído deber pagarles el honroso tributo de algunas reflexiones.

Me persuado que al veros entrar alguna vez en vuestro retiro, despues de haber presenciado las escenas sociales, y recibido las repetidas lecciones que las calles y las plazas, el salon del poderoso y el rincon de la miseria, el estudio del filósofo y la oficina del empleado ofrecen, reconcentrados por un instinto espontáneo del amor pátrio, ¿de dónde, os habeis dicho, procede esa inestabilidad en los gobiernos y en las fortunas, ese antagonismo en las ideas, esa lucha en las aspiraciones, esa guerra en los partidos, y ese indiferentismo en religion? ¿Cómo se predica el progreso y las ideas atrasan, se encomian los adelantos y la miseria crece, se apologiza la perfectibilidad y aumenta la corrupcion, se recomienda la igualdad y se improvisan las categorías, se vocinglea, en fin, el engrandecimiento y todos esperan, gimen y tiemblan al influjo de esa trepidacion incipiente que revela el cataclismo? ¿De dónde?... Alzad el velo con que se cubre nuestro siglo, y el problema quedará resuelto. Sentimos anunciar que el siglo en que el hombre se esfuerza tanto por separarse de Dios, para encontrar en sí mismo los elementos de grandeza, de existencia y duracion, está dominado por una *ambi-*

cion insaciable; y que la nacion donde esta pasion fascinadora da colorido á las ideas y á las costumbres, se precipita irremediamente á la decrepitud y á la muerte. No se quiere comprender, que cada hombre tiene señalado un puesto en la escala social por el dedo de la Providencia, y que el engrandecimiento y la armonía de un pueblo dependen de ocuparlo. No se cree que la igualdad es imposible entre los hombres, tésis demasiado comprobada por los sistemas ideales con que Fourier y Saint-Simon pretendieron regenerar la Francia. Esa igualdad no puede existir sino en las cosas esenciales al ser, pero ninguna respecto de las que no son mas que contingentes. Todos los miembros de la familia humana son iguales delante de la justicia divina; debieran serlo delante de la tierra; como seres, lo son á los ojos de la moral. Pero tratan de romper la gerarquía social por su adelanto propio; pretenden igualar su valor personal al de las grandes capacidades, y se escalan sus puestos para ocuparlos. Tal es el secreto de esas *ambiciones* devoradoras que ponen tantos antagonismos en evidencia.

Cuando estudiamos la *ambicion* de nuestra época, parécenos ver en cada aspirante una personificacion de la madre de los Zebedeos, que acercándose á las gradas del solio régio esclama: *—Dic ut sedeant.* Se recomiendan quiméricas aptitudes, y llegado el tiempo de utilizarlas en favor de la pátria, se encuentra el vacío, la decepcion y la necesidad de cicatrizar llagas ponzoñosas abiertas por manos tan atrevidas como inhábiles para la curacion social. La *ambicion* mira impávida las ruinas, pero el grito de la justicia siguiendo esos vampiros de la pátria escarnecida, les

dice: Tú, que jamás ceñiste la espada é ignoras el arte de batir un muro, abrir la brecha y ordenar el asalto, ¿porqué ocupas ese puesto que no te pertenece? Ea, pequeño Zaqueo, desciende de la altura en que el favoritismo te ha colocado:—*Descende*. Hombre superficial, si la naturaleza te ha negado los dones relevantes del gobierno para juzgar con equidad sobre el espíritu de las leyes, si tu mano débil no puede sostener la balanza de Astrea, deja esa silla que deshonoras; la religion y la pátria te lo exigen—*Descende*. ¿Cómo cambia el honroso trabajo del destino por el ócio de la molicie aquel, que chupa la sangre del Erario cual sanguijuela hidrópica? ¿Qué fuera del Egipto, si cuando Faraon duerme, José no llenára las trojes? ¿Juzgas á la pátria indigna de tu sudor afanoso? Ea, abandona el puesto, tu lugar es menos preeminente—*Descende*. La justicia clama y su voz queda ahogada entre los clamores de aquellos que mal avenidos con la justa caida de su falsa posicion no pueden imitar la sobriedad de Quincio, cuando bajaba del Capitolio olvidando el consulado para volver á abrir los surcos alimenticios con la plácida calma del labriego de los campos.

Nosotros esperaríamos un porvenir alhagüeno para los hombres y para la pátria, si esa llaga cancerosa de la *ambicion* pudiera cicatrizarse: pero la *ambicion* es insaciable, es un abismo sin fondo, y como el tiempo devora cuanto se le presenta; como la envidia siempre mira adelante; un solo hombre que se le anteponga, le hace olvidar los mil que han quedado á sus espaldas. Sí; cuando marchamos por el campo, nuestras miradas se encuentran limitadas en el horizonte por un círculo que retrocede á me-

dida que avanzamos. Los niños creen llegar á tocarlo, mas los hombres juiciosos se rien de su simplicidad. Tal es el horizonte de los ambiciosos; siempre estiende sus limites huyendo ante sus ojos, y sin embargo, nada ni nadie los contiene en su carrera.

A esta aspiracion trbulenta atribuimos esas agitaciones intestinas en las fortunas y en los destinos; y cuando escuchamos esos gritos, esas imprecaciones, que aquí y allí hacen pulular ecos aterradores, cuando se precipitan todos tras el ídolo de la felicidad individual y autonómica, no tendríamos dificultad en conducirlos ante dos sepuleros, y personificando con sus frias cenizas á Aman y al gran Alejandro, les diriamo: Ved ahí al hombre que gozando el favoritismo de un gran rey, se estrecha desesperado con la muerte porque Mardoqueo rehúsa doblarle la rodilla: reparad en esotro, el mundo gemía esclavo bajo los brillos de su espada, y él se hunde en la fosa gimiendo, porque no hay otro mundo que vencer. Pirro abandóna sus estados para probar fortuna contra el poder de Roma, Napoleon reduce á polvo, bajo su espada, á la Europa entera. ¿Quereis envolveros en ese torrente que los precipita? ¡Ah! ese torrente encontrará su obstáculo. No ensoñeis en el regazo de la dominacion; Dios no permitirá jamás que aniquilen el mundo. El los arma un momento con su espada; despues la rompe cuando están cumplidos sus designios. Los Bárbaros saquearon á Roma que los tiraniza; el extranjero vino á insultar al emperador sobre su columna; los hombres se fascinan en la embriaguéz de su victoria. ¿Creeríais jamás que Austerlitz y Wagram fuesen el camino de Santa Elena? Pues bien; ese es el campo

donde la *ambicion* despierta de su soporoso sueño.

Es, pues, necesario estudiar el tiempo y la patria. Desplegada en el siglo XIX una actividad inmensa, enardecidas todas las *ambiciones*, calculados todos los intereses, amenazadas todas las fortunas, la inaudita propiedad de los unos, y las caídas formidables de los otros, todo, todo ha venido á duplicar el imperio de las afecciones morales y la actividad intelectual. Entre movimiento tanto, la vida se consume con rapidez; ¿y se cree que el aniquilamiento de las fuerzas gastadas producirá la calma y la saciedad? ¿Podrá la paz ser felicitada en uno de esos intervalos en que calla el estruendo del cañon? Nada menos. Existe por la *ambicion* otra guerra tanto mas temible, cuanto menos cruenta; y la constituyen esas luchas sordas, esos secretos combates de las categorías, esas minas subterráneas de los empleos y dignidades efímeras de la vida; esas sorpresas, esas batallas de industria y de comercio para usurpar los puestos del poder; guerra que encandee los espíritus, suscita la codicia, debilita las almas, degenera la especie y suceden los abortos. ¡Desgraciado del que cae! Se pasa por encima ó sirve de escabel al que le ha derribado. La muerte, en fin, se aduna con la civilizacion y el exceso de esta prepara la ruina y corrompe en sus mismas fuentes á la generacion que se adelanta mas en la sangrienta liza que corremos.

¿Y adónde van los que corren tras esa falsa gloria? Cuando la *ambicion* es noble porque la religion, la justicia, la equidad y el heroismo la inspiran, los hechos gloriosos acaban, el hombre nunca; porque el héroe jamás muere. Mas si el egoismo es su ins-

tinto, ellos concluirán con su memoria para siempre. ¿Qué se dice de aquellos jóvenes romanos que siguiendo á César creyeron inmortalizarse? La yerba crece demasiado pronto sobre los sepulcros, y las estátuas se suceden con rapidez sobre el pedestal de la fama. El moho de los tiempos corroe los bronces mas gloriosos y borra las inscripciones mas brillantes. ¿Dónde están los monumentos de los Asirios y Medos? ¿Cuántas estátuas no levantaron Grecia y Roma? ¿El vandalismo de las naciones no viene tambien en apoyo del tiempo destructor? Ninive no ocupa ya un lugar en la tierra, y el pastor sentado sobre las ruinas de Esparta ni aun sabe decir á los extranjeros qué fueron aquellos restos de columnas. Solo han pasado algunos siglos, y viajeros ilustres, preguntando á los ecos y á los despojos sobre las glorias de otro tiempo,.... al escuchar su silencio, no les queda mas recurso que inclinar la frente, y meditar sobre las vanidades humanas. ¿De qué sirve hacer al caer un poco mas ruido que el vulgo? Esa es cabalmente la señal que la envidia y la calumnia esperan para arrancar á la tumba una gloria real ó falsa: jamás borrarán sus esplendores el asesinato de Clytus, ni ahogará los gemidos que salen de los fosos de Vicennes. No, no ambicioneis, que sino os estremece el fallo de la historia, abreis de escuchar la voz de Isaías que os dice: «Llegó el tiempo en que te has precipitado en el abismo, los que te ven se aproximarán á ti y dirán al contemplarte: ¿Ese es el hombre que ha espantado á la tierra y conmovido los imperios?»

JOSÉ MARÍA GUERRA, PRO.

RELACION DEL SR. RATISBONNE,

dedicada al Sr. abate Desgenette, director de la
archicofradía del Smo. Corazon de Jesus.

Conclusion (1).

Al pasar delante de la *Scala santa* se entusiasmó el señor de Bussieres, se levantó en el coche, y quitándose el sombrero esclamó con fuego: «¡Salve, santa Escalera! Hé aquí un pecador que algun dia os subirá de rodillas.»

Seria imposible espresar la impresion que hizo aquel

(1) En el número anterior olvidamos dar traducida la oracion de San Bernardo, á la cual se atribuye la milagrosa conversion del señor Ratisbonne: dámosla ahora en obsequio de nuestros lectores que no entiendan la lengua latina: dice así la oracion puesta en castellano:

«Acordaos, oh piadosísima Virgen María, no haberse dicho ni oído jamás haber vos desamparado á alguno que se haya acogido á vuestra proteccion implorando vuestros auxilios. Animado pues con esta confianza, yo pecador gimiendo y temblando me arrojé á vuestros piés ¡oh Virgen de las Virgenes y Madre mia! No desecheis mis súplicas ¡oh Madre del Verbo! oídlas y acogedlas propicia. Así sea.»

inesperado arrebató, aquel honor extraordinario tributado á una escalera. Burlábame de ello con una risa descompasada como de una accion de todo punto insensata; y atravesando de allí á poco la deliciosa quinta Wolkonski, cuyos jardines eternamente floridos están hermoseados y regados en diversas direcciones por los acueductos de Neron, levanté la voz á mi vez, y grité parodiando la primera exclamacion: «¡Salud, verdaderas maravillas de Dios! ¡Ante vosotras sí que es preciso prosternarse, y no ante una escalera!»

Estos paseos en coche se repitieron los dos dias siguientes y duraron una ó dos horas. El miércoles 19 vi tambien al señor Bussieres, mas parecia estar triste y abatido, y me retiré por prudencia sin preguntarle la causa de su tristeza; no la supe hasta el dia siguiente en la iglesia de San Andrés de los Hermanos.

Yo debia salir el 22, habiendo tomado nuevamente mi asiento para Nápoles. La pesadumbre del señor Bussieres habia entibiado al parecer su anhelo de convertirme, y pensaba yo que ya hubiese olvidado su medalla milagrosa, mientras yo seguia repitiendo incesantemente con una inconcebible impaciencia la perpétua invocacion de San Bernardo.

En la noche del 19 al 20 despierto con sobresalto: veo fija delante de mí una gran cruz negra de una forma particular y sin Cristo. Hago esfuerzos por no ver esta imagen; pero no lo puedo evitar, y siempre la veo delante de mí á cualquier lado que me vuelva. No puedo calcular cuanto tiempo duró esta lucha. Me volví á dormir, y al dia siguiente me levanté sin acordarme de lo que me habia pasado. Tenia que escribir varias cartas; y me acuerdo que una de ellas, dirigida á la jóven hermana de mi futura esposa, concluia con estas palabras: *que Dios os guarde*. Despues he recibido una carta de mi futura fechada en 20 de enero, la cual por una singular coincidencia, concluia tambien con estas mismas palabras: *que Dios os guarde*. Aquel dia en efecto estaba especialmente bajo la guarda de Dios.

Sin embargo, si alguno me hubiese dicho aquella misma mañana: *te has levantado judío y te acostarás cristiano*; si

alguno me lo hubiese dicho, le hubiera tenido por el hombre mas loco del mundo.

El juéves 20 de enero, despues de haber almorzado y llevado yo mismo mis cartas al correo, fuí á ver á mi amigo Gustavo que habia vuelto de cazar, excursion que le tuvo fuera algunos dias. Se asombró de hallarme todavía en Roma: dígele el motivo, que era la gana de ver al Papa. «Pero me iré sin verle, añadí, porque no ha asistido á la funcion de la cátedra de San Pedro, en donde se me habia hecho esperar que le veria.» Gustavo me consoló irónicamente, hablándome de otra ceremonia en estremo curiosa, que si mal no me acuerdo, habia de hacerse en Santa María la Mayor: tratábase de la bendicion de los animales, y sobre esto soltamos la taravilla, sarcasmos van, sarcasmos vienen, cual puede imaginarse entre un judío y un protestante á cual mas deslenguados.

Nos separamos á las once de la mañana despues de habernos citado para el dia siguiente, pues quedamos en ir juntos á ver un cuadro que hizo pintar nuestro compatriota el baron de Lotzbeck. Me fuí luego á un café situado en la plaza de España á dar una ojeada á los periódicos, y apenas entré en él cuando vino á sentarse junto á mí el señor Edmundo Humann, hijo del ministro de Hacienda, y tuvimos una conversacion muy alegre sobre París, las artes y la política. Poco despues me encuentro con otro amigo (es un protestante), el señor Alfredo de Lotzbeck, con quien tengo una conversacion aun mas fútil: hablamos de la caza, de diversiones, de las máscaras del carnaval, del brillante sarao que acababa de dar el duque de Torlonia; ni echamos en olvido las fiestas de mi matrimonio, á las que convidó al señor de Lotzbeck, quien positivamente me promete asistir á ellas.

Si en este momento (eran las doce del dia), acercándose á mí un tercer interlocutor me hubiese dicho: «Alfonso, dentro de un cuarto de hora adorarás á Jesucristo tu Dios y tu salvador, y estarás prosternado en una pobre iglesia, y te darás golpes de pecho á los piés de un sacerdote en la casa profesa de los jesuitas, en donde pasarás el carnaval disponiéndote para el bautismo, pronto á inmolarte por la fé católica; y tu renunciarás al mundo, á sus pompas, á sus

placeres, á tu fortuna, á tus esperanzas, á tu porvenir, y si fuere necesario renunciarás tambien á tu futura esposa, al cariño de tu familia, al aprecio de tus amigos, á la estimacion de los judíos, sin anhelar mas que seguir á Jesucristo, y llevar su cruz hasta la muerte....» Digo que si algun profeta me hubiese hecho semejante prediccion, yo hubiera tenido por cierto que no podia haber sino un solo hombre mas insensato que él, á saber, el que creyera posible semejante locura.

Y esta locura es sin embargo la que hoy constituye toda mi dicha y sabiduría.

Al salir del café encuentro al baron de Bussieres, que me hace subir en su coche, convidándome á dar un paseo: el tiempo está hermosísimo, y yo acepto con mucho gusto la oferta; pero el señor de Bussieres me indica que tiene que hacer una diligencia en San Andrés de los Hermanos (que estaba inmediato), suplicándome que tenga la bondad de esperarle algunos minutos. Me dice que le aguarde en el coche, mas yo prefiero bajar por ver aquella iglesia. Veo en ella preparativos de entierro, y pregunto el nombre de aquel difunto, á lo que me responde el señor de Bussieres: «Era uno de mis mejores amigos, el conde de Laferronnays; su muerte repentina es la causa de esta tristeza que habreis notado en mí hace dos dias.»

Yo no conocia al señor de Laferronnays, jamás le habia visto, y semejante noticia no produjo en mí mas que aquella especie de sensacion bastante vaga que siempre se experimenta cuando se oye una muerte repentina. El Sr. Bussieres me dejó para ir á encargar que se reservara una tribuna á la familia del difunto. «Tened un poquito de paciencia, me dijo al subir al cláustro, porque todo ello será obra de dos minutos.»

La iglesia de San Andrés es pequeña y pobre, y estaba solitaria; pero creo haber estado allí casi solo; ni habia cosa que me llamara la atencion: miraba á un lado y á otro maquinalmente sin fijarme en ningun pensamiento; solo me acuerdo de un perro negro que retozaba y saltaba junto á mis piés.... Mas luego desapareció aquel perro, la Iglesia toda desapareció, y yo no vi ya mas.... ó mas bien, ¡oh Dios mio! yo vi una sola cosa!!!...

¿Cómo sería posible hablar de esto? ¡Oh! no, la palabra humana no debe hacer vanos esfuerzos para espresar lo que de todo punto es indecible! Toda descripción, por sublime que fuese, no sería mas que una profanación de la inefable verdad.

Allí estaba yo postrado, bañado en mis lágrimas, con el corazón estático, fuera de mí, cuando el señor de Bussieres me hizo volver en mí.

No podia responder á sus precipitadas y aglomeradas preguntas; pero al fin cogí la medalla que tenia al pecho, estreché tiernamente á mis labios la imagen de la Virgen que resplandecía con torrentes de gracias.... ¡Oh! ¡Sí! ¡Era ella misma!

No sabia donde estaba; no sabia si era Alfonso ú algun otro; era tal la mudanza y trastorno que en mí sentia que me creia un otro yo mismo.... Procuraba buscarme á mí mismo, y mí mismo no me hallaba.... Mi alma estaba inundada en un océano de inefable alegría; no pude hablar, no quise revelar nada; sentia dentro de mí un no sé qué tan solemne y sacrosanto que me hizo pedir un sacerdote: me llevaron á él, y solo despues de habérmelo mandado espresamente, hablé del modo que me fué posible, de rodillas, y palpitándome el corazón.

Mis primeras palabras fueron palabras de gratitud para con el señor de Laferronnays y la archicofradía de Nuestra Señora de las Victorias. Sabía de un modo positivo que el señor de Laferronnays habia pedido por mí, pero no sé decir cómo lo he sabido, de la misma manera que ignoro cómo he aprendido las verdades con cuya creencia y conocimiento me levanté.

Lo que puedo asegurar es que instantáneamente cayó de mis ojos la venda, y no una sola venda, sino toda la multitud de vendas que me tenian ciego, desaparecieron rápida y sucesivamente, cual se deshace la nieve al inflamado rayo de un sol abrasador. Yo salía de un sepulcro, de un abismo de tinieblas, y me hallaba vivo, perfectamente vivo.... ¡Pero lloraba! Veía en el fondo de aquel abismo del infelicísimo estado de que acababa de salir por una misericordia infinita: me estremecia á la vista de todas mis iniquidades, y estaba enternecido, agobiado y fuera de mí por

la admiracion y gratitud... Pensaba en mi hermano con una alegría indecible; pero á mis lágrimas de amor se mezclaron lágrimas de compasion. ¡Ay! ¡cuántos bajan tranquilamente á este abismo ciegos por el orgullo ó por el abandono! ¡Bajan á sepultarse vivos en las tinieblas! ¡Y mi familia, y mi futura y mis pobres hermanas!!!... ¡Oh dolor! ¡Oh ansiedad espantosa! ¡En vosotras pensaba; en vosotras, amadas de mi alma! ¡Por vosotras pedia, por vosotras clamaba en mis primeras oraciones!... ¿Y no alzareis los ojos al Salvador del mundo, cuya sangre ha borrado el pecado original? ¡Ay! ¡cuán horrible es la impresion de esa mancha! ¡Cuán espantoso el trastorno que causa en la criatura, hecha á imágen y semejanza de Dios, hasta desfigurarla del todo!

Se me pregunta cómo he aprendido estas verdades, pues es notorio que nunca abrí un libro de Religion, que jamás leí una sola página de la Biblia, y que el dogma del pecado original, totalmente olvidado ó negado por los judíos de nuestros dias, jamás ocupó mi pensamiento ni por un solo instante, pues aun dudo de haber sabido su nombre. ¿Pues cómo he adquirido este conocimiento? No lo sé. Lo que aseguro es que al entrar en la iglesia yo nada sabía, y al salir veia con claridad. No puedo explicar esta mudanza sino con la comparacion de quien repentinamente despierta de un profundo sueño, ó bien con la analogía de un ciego de nacimiento que de repente abre los ojos á la luz del dia, y viendo no puede definir la luz que le ilumina, y con la cual contempla la luz física, ¿cómo podria explicarse una luz que en cuanto á la sustancia no es otra cosa que la misma verdad? Creo no equivocarme al decir que ningun conocimiento tenia de la letra, pero entreveia el sentido y el espíritu de los dogmas. Mas bien que verlas sentíalas estas cosas, y las sentía por los inesplicables efectos que produgeron en mí. Todo se obraba dentro de mí; y estas impresiones, mil veces mas rápidas que el pensamiento, mil veces mas profundas que la reflexion, no solo conmovieron mi alma, sino que la volvieron, por decirlo así, dirigiéndola hácia otra parte, hácia otro blanco, y encaminándola á una nueva vida.

Me explico mal; ¿pero cómo quereis que encierre en pa-

labras estrechas y secas, sentimientos que el mismo corazón apenas puede contener?

Sea lo que fuere de este lenguaje inexacto é incompleto, lo que no tiene duda es que yo me hallaba en cierto modo como un ser desnudo, como una tabla rasa. Ya era nada para mí todo el mundo; habian desaparecido mis prevenciones contra el cristianismo; no quedaba la menor huella de las preocupaciones de mi infancia. De tal suerte habia sustituido el amor de mi Dios á todo otro amor, que hasta mi futura esposa se me presentaba bajo un nuevo punto de vista. Amábala como se ama á un objeto que Dios tiene entre sus manos; como un don precioso que se estima aun mas que por su preciosidad por la persona que nos le ha regalado.

Repito que conjuraba al R. P. Villefort y al señor de Busieres á que guardase un secreto inviolable acerca de lo que me habia sucedido. Quise sepultarme en algun monasterio de la Trapa, para no ocuparme sino de las cosas eternas; y tambien, lo confieso, pensaba que mi familia y mis amigos me tendrían por loco y se burlarian de mí, y así era mejor huir enteramente del mundo y de sus vanos juicios.

Pero los ministros del Dios vivo me manifestaron que las burlas, y los desprecios, y las injurias, y los falsos juicios hacian parte del cáliz de un verdadero cristiano, y me aconsejaron beberlo, advirtiéndome que Jesucristo tenia anunciado á sus discípulos penalidades, tormentos y suplicios. Estas palabras, lejos de desanimarme, dieron nuevo pábulo al fuego de mi interior alegría; sentíame pronto á todo, y pedía el bautismo con las mayores instancias. Se trataba de diferirlo; pero yo exclamé: «¡Cómo! Los judíos que oyeron la predicación de los apóstoles, ¿no fueron inmediatamente bautizados? ¿Y quereis dilatármelo despues de haber yo oido á la Reina de los Apóstoles?» Mis emociones, mis vehementes deseos, mis súplicas movieron á aquellos hombres caritativos que me habian acogido, y se me prometió ¡oh eterna dicha! se me prometió el bautismo.

Yo casi no podia aguardar el dia señalado para la realizacion de esta promesa. Tan deforme me veia á los ojos de Dios! Y sin embargo, cuánta caridad y dulzura no me manifestaron en los dias que duró mi preparacion! Me reco-

gi en la casa de los padres jesuitas para hacer mi retiro bajo la direccion del R. P. Villefort, que alimentaba mi alma con toda la suavidad y uncion de la palabra divina. Este hombre de Dios no es un hombre; es un corazon, es una personificacion de la celeste caridad; pero aun no habia hecho mas que abrir los ojos cuando ya me ví rodeado de otros muchos hombres de esta especie que el mundo ni siquiera imagina. ¡Dios mio, cuánta bondad, cuánta finura y cuánta gracia habeis puesto en los corazones de aquellos verdaderos cristianos! Todas las tardes, durante mi retiro, venia á verme y á derramar en mi alma un bálsamo del cielo el venerable padre general de la Compañía de Jesus. Decíame algunas palabras, y estas palabras como que se dilataban y crecian dentro de mí á medida que las iba escuchando, me llenaban de alegría, de luz y de vida.

Este sacerdote, tan humilde al mismo tiempo que tan influente y respetable por su virtud y sabiduría, hubiera podido escusar el hablarme, porque solo su vista producía en mí el efecto de la palabra: aun hoy me basta su recuerdo para ponerme en la presencia de Dios, y hacer que suba de punto mi ardiente gratitud. No hallo palabras para espresarla; quisiera tener un corazon mucho mas dilatado y cien bocas para decir adonde llega el amor que profeso á esos hombres de Dios, al señor Teodoro de Bussieres, que ha sido el ángel de María, á la familia de Laferronays, que amo y venero sobre toda ponderacion.

Llegó por fin el dia 31 de enero, y ya, no solo algunas almas, sino una muchedumbre de almas piadosas y caritativas me inundaron, por decirlo así, en el piélago de su ternura, mostrándome las mas vivas simpatias. ¡Oh cómo quisiera conocerlas y darle mil y mil gracias! ¡Haga el cielo que rueguen siempre por mí como yo ruego por ellas ¡Oh Roma, qué acogida me hiciste!

La Madre de mi Salvador lo habia todo dispuesto de antemano, porque ella fué quien hizo ir allí á un sacerdote francés para que me hablase en mi lengua nativa en el solemne momento de mi bautismo: el señor Dupanloup, cuyo recuerdo se uniré toda mi vida á las mas vivas emociones que haya sentido en ella. ¡Dichosos los que la oyeron! porque los ecos de aquella poderosa palabra que se ha repetido

despues, jamás producirán el efecto de la misma palabra. ¡Oh! si, yo conocia que estaba inspirada por aquella misma que era el objeto del discurso.

No hablaré de lo relativo á mi bautismo, á mi confirmacion y á mi primera comunión, gracias inefables que recibí aquel mismo dia de manos del vicario de Su Santidad el Emmo. Cardenal Patrizzi.

Sería inacabable si hubiese de referir todas mis impresiones, todo lo que he visto, oído y sentido, y especialmente si contára los innumerables rasgos de caridad que á porfia se han multiplicado conmigo.

Me contentaré con nombrar al Emmo. Cardenal Mezzofante. El Señor ha concedido á este ilustre personage el don de las lenguas como en recompensa de un corazon que se hace todo para todos.

Se me reservaba otro consuelo dulcísimo. Ya he dicho cuál era mi deseo de ver al Santo Padre; deseo, ó mas bien curiosidad, que me detuvo en Roma; pero estaba muy lejos de imaginar en qué circunstancias se me cumpliría. ¡En calidad de hijo de la Iglesia recién nacido fui presentado al padre comun de los fieles! Me parece que desde mi bautismo tenia para el Soberano Pontífice los sentimientos de respeto y de amor propios de un hijo; me causó pues una extraordinaria satisfaccion el anuncio de que el R. P. General de la Compañía de Jesus me presentaría á Su Santidad; pero sin embargo temblaba, porque jamás me habia puesto en presencia de los grandes del mundo, y aquellos grandes me parecian entonces muy pequeños en comparacion de esta verdadera grandeza.

Confieso que todas las magestades de la tierra se mostraban á mis ojos concentradas en el que tiene en este mundo el poder de Dios, en el Pontífice que por una sucesion no interrumpida, es en el dia el último eslabon de la admirable cadena que principia en San Pedro y en el sumo sacerdote Aaron, en el sucesor del mismo Jesucristo, cuya incontrastable cátedra ocupa gloriosamente.

Jamás olvidaré los latidos que me daba el corazon al entrar en el Vaticano, al atravesar aquellos corredores, aquellos imponentes salones que conducen al santuario del Pontífice; pero desaparecieron todas las ansiedades, y las reem-

plazó la sorpresa y la admiracion cuando le ví tan sencillo, tan humilde y paternal. ¡No era aquel un monarca, sino un padre, que en su extrema bondad me trataba como á un hijo querido!

¡Dios mio! ¿Será lo mismo cuando sea preciso comparecer ante vos á daros cuenta de las gracias recibidas? Hace temblar el pensamiento de las grandezas de Dios, y aterra el de su justicia; pero á la vista de su misericordia se reanima al momento la confianza, y con la confianza nace un amor y una gratitud sin límites.

¡Gratitud! Tal será en adelante mi ley y mi vida. No puedo espresarla con palábras, pero procuraré darla á entender con mis obras....

Las cartas de mi familia me restituyen toda mi libertad. Yo la consagro á Dios, y se la ofrezco desde ahora juntamente con mi existencia para servir á la Iglesia y á mis hermanos hasta el último instante de mi vida, bajo la proteccion de María.

MARÍA RATISBONNE.

BAUTISMO DEL SEÑOR RATISBONNE.

Roma 31 de enero.

Jamás podrá borrarse de la memoria de las personas piadosas que hoy se hallaban reunidas en el Jesus, la solemnidad que con tan brillante magnificencia ha coronado el extraordinario acontecimiento que tiene conmovida la metrópoli del mundo, manifestando en todas sus circunstancias á los ojos del numeroso concurso, que este es uno de aquellos grandes milagros de la gracia de que se vale la infinita misericordia para reanimar la fé de los tibios, y llamar al sendero de la salud á los que envueltos en la sombra de la muerte van desatinadamente vagando por sendas de perdicion.

El señor Ratisbonne ha hecho profesion de la fé católica en manos del Cardenal-Vicario; ha recibido el bautismo y la confirmacion, y el cuerpo y sangre de nuestro Señor Jesucrito en el divino manjar Eucarístico.... Mucho antes de la hora señalada estaba la iglesia de Jesus llena de una piadosa multitud de gentes, ansiosas de contemplar á aquel jóven israelita á quien la Santísima Virgen habia llevado hasta el pié de la cruz, enriqueciéndole súbitamente con un piélagos de gracias. Tambien se hallaban allí algunas ovejas extraviadas, algunos de esos curiosos que todo lo quieren ver; pero bien pronto se enseñoreaba de todos los corazones el sentimiento religioso, dominándolos de tal suerte, que era imposible que todos no se hubiesen hecho un solo corazon, al menos por un momento. Tan universal era el piadoso interés que el neófito inspiraba.

Se habian tomado prudentes precauciones para asegurar el órden, que debia contribuir á la edificacion comun. Todo el espacio que media entre el altar de San Ignacio y el de San Francisco Javier estaba dispuesto de tal manera, que los numerosos concurrentes pudiesen colocarse con facilidad; y aunque no haba asientos reservados, esta vez antecedió al afan y premura de los curiosos el celo de las almas devotas, que con su fervor, recogimiento y santas oraciones tenian formada, por decirlo así, una muralla en torno del altar, como para escudarle de cualquier irreverencia.

A las ocho y media de la mañana el señor Ratisbonne, cubierto con la túnica de los catecúmenos, fué conducido por el R. P. Villefort, que le habia preparado, y por su padrino el señor baron de Bussieres, á la capilla de San Andrés, situada cerca de la puerta principal de la iglesia. Por mas de media hora estuvo siendo el objeto de la curiosidad universal, que por mas que en él fijase miradas indiscretas, siempre le vió someterse con una resignacion angélica y humilde á una prueba muy meritoria en el momento en que se agolpáran á su corazon los mas elevados sentimientos de una nueva vida.

Su fervor se traslucia hasta en la fuerza con que apretaba el rosario que se le veia en la mano: contemplaba la medalla que estaba pendiente de él, como para sacar de su recuerdo y de la proteccion de la que le habia salvado, for-

taleza en todos los trabajos, valor en todas las pruebas con que el cielo pluguiera acrisolarle.

El Emmo. Cardenal Patrizzi, vicario de Su Santidad, despues de haberse vestido de pontifical en el altar de San Ignacio, principió las oraciones prescritas en el ritual para el bautismo de los adultos. Primeramente los salmos de David, en los cuales una multitud de pasages parecian escritos de propósito, tanto para espresar los sentimientos del catecúmeno, como para manifestar por qué camino le habia llamado el Señor á la luz. Tal es la admirable y fecunda profundidad de la divina Escritura, que no hay quien no halle en ella la espresion que há menester para pintar las necesidades de su alma, y aun no sería decir mucho las circunstancias todas de su vida interior.

¿Pues quieén hubiera podido decirnos con mas ternura ni con mas energia aquel desengaño del mundo y aquella inquietud de corazon que atormentaban al jóven israelita en medio de los placeres de una posicion brillante, obligándole á buscar distracciones en otro cielo y en otra atmósfera nueva? «¡O alma mial ¿por qué estás triste, y por qué me agitas? *¿Quare tristis es?* ¡Pobre alma doloridal en vano mudas de horizonte: dia y noche te alimentarás de tus lágrimas: *Fuerunt mihi lacrymæ meæ panes die ac nocte*: porque no hay descanso para el desterrado, porque todos los dias te se puede decir: ¿Dónde está tu Dios? *Ubi est Deus tuus?* Pero espera en el Señor, porque bien pronto confesarás tú su nombre, y hallarás el reposo del corazon, el bálsamo que cicatriza todas las heridas: *Spera in Deo, quoniam adhuc confitebor illi salutare vultus mei*. Hé aqui que en el dia señalado te envia á la Madre de las misericordias; *In die Dominus mandavit misericordiam suam*. Espera en el Señor; ya no temas acercarte ahora al tabernáculo admirable donde se esconde el Santo de los Santos: *Transibo in locum tabernaculi admirabilis, usque ad domum Dei*; él solo puede apagar esa sed que te devora. Ya has comprendido todo el horror del pecado y de la mancha original; *¿Quando veniam?* ¿Cuándo podré postrarme ante la faz de mi Dios? *Et apparebo ante faciem Dei*. Como suspira el ciervo sediento por la fuente de aguas vivas, asi mi alma tiene sed del agua santa del bautismo; asi mi corazon tiene sed de Dios,

que es la fuente de la vida y de la fortaleza »

Concluidas estas oraciones, el eminentísimo Cardenal-Vicario, precedido del clero, se dirigió procesionalmente á lo interior de la iglesia. Entonces el R. P. Villefort y el Sr. baron de Bussieres le presentaron al jóven israelita. «¿Qué pedís á la Iglesia de Dios?—La fé.» ¡Ah! Ya él tenia esa fé santa y católica; la estrella de la mañana se habia levantado para él, iluminándole con sus rayos divinos. Asi es que cuando se le intima *detestar con horror la perfidia de los judios, desechar con menosprecio la supersticion de los hebreos*, no vacila ni un instante, y la modesta firmeza de sus respuestas prueba que no es indigno de la gracia que le dispensa la Iglesia, abreviando para él las pruebas impuestas á los catecúmenos.

Ya el Pontífice ha soplado tres veces sobre su rostro para ahuyentar al espíritu maligno; le ha marcado con la señal del cristiano, con la señal de la cruz, en la frente, en los ojos, en los oidos, en el pecho y en los hombros, á fin de enseñar al nuevo cristiano que debe consagrar á Jesucristo su pensamiento y su corazon, y llevar con amor el yugo de la cruz. En fin, le ha dado á gustar la sal de la sabiduría, y ha pronunciado sobre él las oraciones del exorcismo. El jóven neófito está postrado en el pavimento del templo; se le pide una nueva señal de sumision, una prueba inesperada: «Besad la tierra» se le dice, y al momento sin turbarse, sin vacilar un instante, besa la tierra, manifestando á aquella multitud que le contempla, que es verdaderamente cristiano, pues su corazon ya ha adivinado que la humildad es la única puerta que conduce á la verdad y á la salud. ¡Admirable, elocuente leccion para todos nosotros, que con harta frecuencia olvidamos que nuestro maestro Jesus era humilde y manso de corazon!

Asi pues no hay dudas para el neófito desde aquel sagrado momento; con él está el espíritu de Jesucristo, pues es humilde y sumiso. Ya no duda la Iglesia; ya le mira y le trata como á su hijo querido, olvidando su vida pasada y las blasfemias que aun ayer proferia, y viendo en él únicamente al privilegiado pupilo de Maria. El Pontífice le hace coger la punta de su estola en señal de adopcion, y para enseñarle que en la familia católica los hijos no caminan sino

humildemente apoyados en sus padres; y de esta suerte vuelve á llevar como en triunfo al altar de San Ignacio á aquella oveja querida que acaba de arrancar de las garras de Satanás.

¿Qué lengua podria espresar los diversos sentimientos de que se veia poseido el numeroso concurso en vista de este jóven? Sus facciones notables por una feliz reunion de dulzura y entereza, su barba larga, su porte, su vestidura, todo él hacia que el pensamiento se trasportase á los tiempos de la primitiva Iglesia. Se le hubiera tenido por uno de aquellos cristianos de las catacumbas que esperaban el martirio.

Algunas mugeres romanas que me estaban ahogando para poder ver mejor, espresaban bellamente en su graciosa lengua la caridad de todo punto fraternal que á todos nos animaba: ¡*Ah quanto sei caro!* esclamaban: ¡*ah beato lui!* ¡Oh! cuán amable eres á nuestros ojos! ¡Oh! cuán dichoso! Y besaban sus rosarios como para dar gracias á la Madre del amor hermoso por esta sublime fiesta, causa de nuestra alegría. Luego mostrábase unas á otras con una afectuosa curiosidad á aquel de quien se habia servido para preparar sus caminos; decíanse: «Es un francés; es el que dió la medalla al israelita, el que le pidió que se encomendára á la Santísima Virgen. ¡*Ma che buon signore!* ¡*Chè Dio lo benedica!* ¡Pero qué señor tan bueno! ¡Dios le bendiga! Y nosotros tambien repetiamos de todo corazon: ¡Dios le bendiga á él y á todos los suyos!

Entretanto se ha arrodillado el catecúmeno ante el Pontífice del Señor que está de pié cerca del altar, para recibir el agua del bautismo. Se le pregunta su nombre: «*María*» responde con un espíritu de gratitud y de amor: ¡*Marial* nombre mil y mil veces bendito; nombre de la Reina de los patriarcas, que le ha abierto las puertas de la Iglesia y le abrirá las del cielo.

—¿Qué pedís—El bautismo.—¿Renunciáis á Satanás?—Renuncio.—¿Y á todas sus pompas?—Renuncio.—Y á todas sus obras?—Renuncio, responde por tercera vez aquel cuyas tinieblas ha disipado *María*.—¿Creeis en Dios Padre Todopoderoso, criador del cielo y de la tierra?—Creo.—¿Creeis en Jesucristo, su único Hijo, que ha nacido y padecido?—Creo.—¿Creeis en el Espíritu Santo, en la Santa Iglesia católica, en la comunión de los santos, en la remision de los pecados, en la resurreccion de la carne y en la vida perdurable?—Creo.»

El tono, el acento, la conviccion íntima con que el hijo de

María pronuncia esta profesion de fé católica, producen en todos los que tienen la dicha de oírle una impresion que aun hoy mismo hace latir sus corazones.

—«¿Qué pedis?—El bautismo.—Quereis ser bautizado?—Si quiero.»

Por fin el agua santa, cuya fuente se remonta á la vida eterna, baña su frente inclinada en actitud humilde; María Ratisbonne se levanta cristiano, cristiano puro y fervoroso como los ángeles que están en la presencia del Señor.

Coge el cirio bendito, cuya llama es imagen de aquella luz de la fé misma que jamás se estravía. La imposicion de las manos y la uncion del santo crisma le dan una nueva gracia, confirmandole en la plenitud de la que ya habia recibido. Ya Ratisbonne es discípulo de la cruz, ya está pronto á confesar en todas partes y á voz en grito la fé de Jesucristo, que se inmoló por nosotros.

En tan feliz momento sube al púlpito el Señor abate Dupanloup, y dirige al religioso auditorio algunas de aquellas elocuentes y patéticas palabras, que espontáneamente le brotan del corazón cuando se trata de alabar á María ó de engrandecer la bondad del Señor. El orador manifiesta que cree firme y absolutamente que la milagrosa intervencion de María es quien ha obrado la repentina conversion, objeto de su discurso; pero evitando al mismo tiempo, como un hijo sumiso, cualquier expresion que pareciera prevenir la decision de la única autoridad competente en materia de milagros.

El santísimo sacrificio de la Misa corona la solemne ceremonia. Al ver el fervor con que oraba el nuevo católico, y el recogimiento con que se unia á sus oraciones todo aquel piadoso y distinguido concurso, era imposible que no entonase la fé un himno de victoria en todos los corazones, en los cuales, especialmente en el momento de la sagrada comunión, puede asegurarse que nuestro Señor derramaria muchas gracias á cual mas dulces y mas preciosas. Nuestro querido hermano María Ratisbonne estaba tan anonadado por el íntimo conocimiento de la presencia divina, que fué preciso sostenerle para que se acercase á la sagrada mesa; y solo con el auxilio del padre Villafort y de su padrino pudo volver á levantarse despues de haber recibido en su pecho el pan de los ángeles. Un torrente de lágrimas corria por sus mejillas: sucumbía bajo el dulce peso

de las gracias inefables de que el Señor le colmaba, y al violento impulso de las celestiales emociones que le absorbían el alma.

A vista de este jóven, há pocos días judío obstinado y hoy católico, rebotando fé viva, todo abrasado en caridad, resonaba en el alma una voz interior que decía: *Admirable sois, Señor, en vuestras obras!* Y no se podia menos de recordar aquella profundísima palabra que salió de los lábios del convertido despues de la aparicion milagrosa: *Yo todo lo he comprendido.*

Un número considerable de personas devotas quiso dar al nuevo cristiano una prueba particularísima de caridad fraterna, acercándose en pos de él á la sagrada mesa. Esta santa union en nuestro Señor era para todos un motivo de suma edificacion, y daba á aquel acto un carácter notable de fervorosa piedad.

En este banquete sacrosanto en que los amigos privilegiados de Dios venian á celebrar el milagro siempre nuevo de las miséricordias eternas, todos los corazones se unian á aquella familia desconsolada que el Señor habia visitado. La memoria (que será siempre dulce y venerada del padre que lloraba) hacia que todas las circunstancias de esta solemnidad apareciesen iluminadas de un reflejo de gloria celestial.—¡Oh! *cómo ha rogado este Señor por mí!* habia dicho el israelita en el momento en que se le cayó la venda de los ojos, y no habiendo visto mas que las preparativos del funeral de aquel escelente cristiano. Señor, yo adoro la profundidad de vuestros designios. En otro tiempo os preguntaba el rey profeta: ¿Es posible que el polvo del sepulcro confiese vuestro nombre y publique vuestra verdad? Sí, señor, porque vos habeis oido la oracion del justo y derramado á manos llenas las flores del cielo sobre los dolores de la tierra, á fin de que glorificásemos vuestro nombre y no nos dejásemos abatir: *Ut cantet tibi gloria mea et non compungar.*

Todo se ha cumplido: Ratisbonne ha entrado á parte de todos los gozes, de todas las gracias de la religion católica. ¡Bendito Dios, que nos ha dado un nuevo hermano! El cántico de triunfo retumba en las bóvedas del templo, y la emocion largo tiempo comprimida en lo profundo de los corazones puede por fin mostrarse en gritos de alegría. ¡Os alabamos, Señor! esclama todo aquel pueblo en el trasporte de su alborozo: ¡Os bendecimos! En tan solemne momento en que todas las voces se unian confundiéndose en un mismo grito de gratitud acom-

pañado de la grave armonía de los órganos sagrados, comprendíamos con el mayor regocijo y nos penetrábamos de lo que es entre nosotros los católicos la comunión de los santos, que en tan dichoso día nos hacía gustar de antemano algo de las inefables delicias de la eterna bienaventuranza. ¡Ay! ¡Si en medio de tan sublime concierto y tan universal entusiasmo hubiese permanecido frío un solo corazón, sería ciertamente muy digno de lástima, pues no fuera temerario asegurar que no tenía nada de católico!

Concluido el *TeDeum* el Cardenal entró con el nuevo hijo de la Iglesia en lo interior de la casa del Jesús; y se dice que en el instante que salieron del lugar santo, estrechó á su pecho con una ternura de padre al que acababa de introducir en la única senda que lleva al cielo.

No hay como pintar la inefable alegría de Ratisbonne. Rodeado de cuantos habían logrado acercársele, de cuantos querían verle, oírle y abrazarle, recibía las enhorabuenas de todos con el indecible regocijo que le causaba el verse hecho miembro del cuerpo místico de su adorable Salvador Jesús.

Refiere un testigo ocular, que poner el pie en el aposento que había ocupado durante su retiro espiritual y precipitarse á su crucifijo, ponerse de rodillas y darle gracias por los inmensos beneficios de que le había colmado, fué todo uno, coronando de esta manera los edificantes actos de diversas virtudes, con los cuales durante toda aquella larga ceremonia estuvo manifestando que por el favor de María ya era un cristiano consumado desde el primer instante de su nueva vida religiosa.

Cuando Dios en su misericordia derrama sobre sus siervos alguna de aquellas gracias extraordinarias que reaniman la fé é inflaman el corazón de un amor casi seráfico, el mas vivo anhelo del alma es apurar aquella copa de inefable consuelo, embebecida y como adormida en medio de las castas delicias de aquella alegría interior, poniendo todo su empeño en estar firmemente asida á cuanto la ha ocasionado ó puede conservarla. No de otra suerte nosotros deseamos no perder de vista al afortunado hijo de María, seguirle y escucharle desde el día mil y mil veces bendito en que por vez primera se unió á nosotros, participando del cuerpo y sangre de nuestro Redentor, hasta el momento en que esto se escribe.

También él anhelaba fijar su tienda en el Tabor. Favorecido por Dios con los mayores privilegios, habiéndose despojado de todas las miserias de su vida pasada cual de un vestido viejo, y engalanándose con la esplendorosa túnica de la inocencia bautismal, suspiraba por estar solo con su Dios, temía el bullicio del mundo, y procuraba librarse de la afanosa importunidad de los curiosos, sellando su corazón para no dejar evaporarse el ámbar fragantísimo de la gracia divina.

Manifestó pues el deseo de pasar en el retiro los días de disipación y de alboroto que se acercaban con motivo del carnaval. ¿Con qué ojos hubiera podido ver las alegrías locas, los placeres efímeros y la profana algazara del mundo el que tuvo el privilegio de fijar sus pupilas en la rosa mística, en la flor mas bella del cielo; el que en el fervor de su fé nueva, en el fuego impetuoso de su amor y de su gratitud gustaba por vez primera cuán dulce es el Señor?

Pero antes de principiar este nuevo retiro, que no sería para él mas que un prolongado cántico de acción de gracias, le quedaba que llenar un deber dulce cuanto piadoso. Hecho ya hijo querido de la Iglesia, ansiaba el momento en que se le permitiese postrarse á los pies del venerable pontífice que, á despecho de las olas enfurecidas, dirige con mano firme y segura la barquilla que nos lleva al puerto de salvación.

Se nos han referido interesantes pormenores acerca de esta entrevista, y para que nuestros lectores participen de los sentimientos que en nosotros han producido, es menester recurrir á los mas preciosos recuerdos del catolicismo.

Los que han visto las catacumbas y las antigüedades religiosas de Roma, recordarán haber hallado á cada paso al buen Pastor llevando al único redil la oveja que se estraviára; habrán reparado en aquella espresion de dulzura, apacible mansedumbre y paternal cariño que con tanta maestría supo darle el arte sencillo de aquellos primeros siglos. Traigan pues á su memoria la impresion que causó en sus ánimos la vista de esta imagen, y podrán formar alguna idea de esta escena encantadora para el católico, que halla todas sus delicias en contemplar cuanto revela la ternura ó la gloria de su admirable Religion.

El señor Ratisbonne y el señor baron Teodoro de Busieres fueron presentados á S. S. por el R. P. general de la Compañía de Jesus. Despues de haber doblado tres veces la rodilla ante el vicario de Jesucristo, por satisfacer á su profunda veneracion aun mas que á la costumbre, recibieron aquella santa bendicion que tantos cristianos fervorosos vienen á solicitar de tierras muy lejanas.

El Santo Padre les dió las mas preciosas muestras de su predileccion, hablándoles con toda la franqueza y toda la ternura de un padre que acaricia á sus hijos queridos. Mandó que les hiciesen ver lo interior de su palacio. ¡Qué digo! Hizo muchísimo mas: llevándolos consigo con una dulce familiaridad los introdujo en su propio dormitorio. Allí fué donde el venerable sucesor del Príncipe de los Apóstoles dió á ambos un testimonio notabilísimo de su confianza en la proteccion de aquella á quien implora la Iglesia como al auxilio de los cristianos, dignándose mostrarles por sí mismo una imágen de la Virgen milagrosa que reverencia con especial devocion, y colocada cerca de su lecho, recibe todos los dias las fervientes y santas oraciones que dirige al Señor el venerable Pontífice, pidiéndole que no haya mas que un solo rebaño y un solo pastor. En fin, antes de despedirlos, queriendo S. S. que el señor Ratisbonne conservase un recuerdo de aquel dia memorable, le regaló con sus propias venerables manos un Crucifijo á que estaban concedidas especiales indulgencias.

Si alguna vez, cuando hayan sobrevenido los dias de prueba y de combate, necesitase el nuevo soldado de la fé reanimar su valor y su esfuerzo, acuérdesse del sagrado estandarte que la cabeza visible de la Iglesia puso en sus manos, y fijando los ojos en su Crucifijo, dígase á sí mismo confiadamente: *En este signo vencerás: In hoc signo vinces.*

Tal vez el señor Ratisbonne se alejará de nosotros antes de haber echado raices en esta tierra de promision en que ha hallado la buena semilla. ¡Tan dulce es despues de la ausencia tornar á ver una familia que se ama y se venera, estrechar en sus brazos á un hermano amantísimo que nos ha precedido en el camino del Señor. El Evangelio, lejos de romper los lazos del corazon, los anuda y da mayor consistencia, santificándolos: sus mas fieles discípulos serán

siempre, en lo que no es contrario á la ley de Dios, los hijos mas tiernos, los mejores amigos.

Si la Providencia le arrebatara demasiado pronto á nuestra fraternal amistad, vaya en hora buena cual nuevo apóstol salido del cenáculo á llevar á su pátria, y en medio de todos los suyos el ejemplo de sus nuevas virtudes, la saludable influencia de sus oraciones, el perfume y la gracia de su alma, que nacida ayer á la vida católica, aun está adornada á los ojos del Señor de todos los encantos de la infancia.

Cualquiera que sea la senda á que la Providencia le llame, nuestras tiernas oraciones le seguirán incesantemente, pidiendo para él la gracia de la perseverancia, para que el autor de todo don perfecto le dé fortaleza en las batallas, paciencia en los trabajos, humildad en la victoria y caridad encendida y prudente para con todos.

No hay quien no esté espuesto á la borrasca, pero muy especialmente los que á vivir comienzan. Mas feliz que nosotros, él ha sido coronado antes de entrar en la lid; ¡ojalá que entonces se acuerde de sus hermanos de Roma! ¡Ojalá que, para ser fidelísimo y constante hasta el último aliento de su vida, jamás olvide á María, que es su luz, su tesoro y su madre!

Declaracion auténtica del milagro obrado por medio de la Santísima Virgen con Alfonso María Ratisbonne.

TRADUCCION.

En nombre de Dios. Amen.—En el año de Nuestro Señor y Salvador Jesucristo 1842, de la indiccion romana el 15, del pontificado de N. S. P. Gregorio XVI el 12, el tercer dia de junio. En presencia del Emmo. y Rmo. Señor Constantino, Cardenal Patrizzi, vicario general de N. S. P. el Papa en la ciudad de Roma, juez ordinario de la córte romana y de su distrito, compareció el Rmo. Francisco Aniviti, promotor fiscal, ante el tribunal del vicario, especialmente delegado por el Emmo. y Rmo. Cardenal vicario, con

el objeto de inquirir y examinar los testigos relativos á la verdad y autenticidad de la maravillosa conversion del judaismo á la Religion católica, que por intercesion de la Bienaventurada Virgen María obtuvo Alfonso Maria Ratisbonne, de Strasburgo, de edad de 28 años, hallándose entonces en Roma. El citado promotor declaró haberse aplicado con todo el celo y solicitud de que es capaz á llenar los deberes que se le encargaron, y que aceptó gustosamente, y dijo haber sometido á un formal exámen hasta nueve testigos, quienes jurídicamente interpelados, mostraron en su relacion sincera una admirable conformidad en todo lo concerniente, tanto á la sustancia como á los demás extremos de este portentoso suceso. Por tanto, asegura haberse convencido de que nada resta que desear para reconocer en él los caracteres de un verdadero milagro; pero deja sin embargo la decision completa del negocio á su Ema. Rma., quien despues de vistas y examinadas las actas, interrogatorios y documentos, se dignará dar su decreto definitivo segun lo juzgue conveniente en el Señor.

En consecuencia, oido el informe y tomado conocimiento del proceso, vistas las declaraciones de los testigos y demás pormenores, considerados estos con atencion y madurez, consultado el parecer de teólogos y otros piadosos varones, segun la forma indicada por el concilio de Trento (seccion 25, sobre la invocacion y veneracion de los Santos, y sobre sus reliquias y sagradas imágenes), el Emmo. y Rmo. Cardenal Vicario en la ciudad dijo, pronunció y declaró definitivamente que consta plenamente el verdadero é insigne milagro que obró Dios O. M. por intercesion de la Bienaventurada Virgen María, en la conversion instantánea y perfecta de Alfonso Maria Ratisbonne, israelita. Y siendo honroso revelar y confesar las obras de Dios (Tob. 12, á 7), se dignó su Ema. conceder que, para mayor gloria y acrecentamiento de la devocion de los fieles á la Bienaventurada Virgen María, pueda imprimirse y publicarse y tener autoridad la relacion de este insigne milagro.

Dado en palacio del mismo Emmo. y Reverendisimo Cardenal, vicario de la ciudad y juez ordinario, el dia, mes y año arriba dichos.—C. Cardenal, vicario.—*Camilo Diamilla*, notario diputado.—Concuerda con el original.—*José*, can.—*Tarnassi*, secretario.—Lugar  del sello.

el objeto de inquirir y examinar los testigos relativos á la verdad y autenticidad de la maravillosa conversión del infante á la Religión católica, que por intercesión de la Bienaventurada Virgen María obtuvo Alonso Martín Haldonago de S. Mateo, de edad de 28 años hallándose entonces en Roma. El estado prometido declina hábiense aplicado con todo el celo y solicitud de que es capaz á llenar los deberes que se le encargaron y que accede gustosamente y dijo haberse recibido un formal examen de sus nuevos testigos, quienes hábiéndosele referido la relación que se le presentó, así como á los demás testigos de este porfucioso

DE LA RELIGION

CONSIDERADA COMO SENTIMIENTO DEL CORAZON HUMANO.

.....

Varias demostraciones se han dado en los libros de filosofía de la existencia del Ser Supremo; pero aunque muchas de ellas, exáctas y rigurosas, ninguna á nuestro entender es superior á la de la conciencia humana, que posee el sentimiento de la Divinidad. Sería muy difícil explicar cómo nace y se fortalece este *sentimiento*, aunque sabemos muy bien cómo se transforma en *idea*. La dificultad consiste, filosóficamente hablando, en la ignorancia que tenemos acerca de los progresos del niño en su carrera ideológica, que comienza desde el seno materno. No acordándose ningun hombre de la série y conexion de sus percepciones en aquella época de la vida, no es posible que defina por qué pasos ha llegado á ad-

quirir los sentimientos y convicciones que encuentra ya formados cuando despunta en su alma la aurora de la razon. Sucede al hombre lo que á los pueblos: no conocen su historia sino desde la edad de su adolescencia.

Esta dificultad se aumenta con la variedad y contradiccion de los sistemas ideológicos inventados hasta ahora para explicar el misterio de la existencia humana; empeñados los unos en considerarla como un mero fenómeno de fisiología, y otros, con mas razon, dándole un origen mas elevado. Los primeros parece que triunfan, cuando limitan sus especulaciones á la coordinacion de nuestros medios de adquirir y deducir ideas; pero no esplican ni el acierto ni el origen de nuestras facultades instintivas, ni de los sentimientos que de ellas se derivan; en lo cual son fácilmente vencidos por los segundos. Esto quiere decir que la gran cuestion no está decidida aun, y que el hombre continúa, y probablemente continuará, siendo siempre un arcano impenetrable para sí mismo.

Sin embargo, en este oscuro laberinto se encuentran de cuando en cuando algunos fanales, á cuya luz, bien que escasa, podemos distinguir ciertas verdades importantes, que los filósofos deben reconocer y consignar: tarea mas útil que la de crear sistemas.

Una de estas verdades, reconocida por la experiencia diaria, es que en el hombre se desplagan primero los *instintos* que los *sentimientos* ni las *ideas*: primero las facultades físicas que las morales ni intelectuales. Primero busca el niño su alimento que reflexiona sobre sus sensaciones: primero conoce á su ama que su propia existencia: primero tiene el sen-

timiento de sus necesidades físicas que el de sus facultades morales: primero aprende á solicitar lo que le es agradable y á evitar lo que le es penoso, que á darse cuenta á sí mismo de sus percepciones ni á distinguirlas. El instinto antecede á la conciencia: la conciencia á las ideas.

¿Cuando empieza el hombre á tener conciencia de sus actos? Cuando empieza á saber que entiende y quiere: y si no nos espusiéramos á caer en el mismo defecto que hemos censurado en otros, diríamos que puede señalarse esta época en cada individuo de la especie humana desde aquel punto en que sus sensaciones é ideas empiezan á formar, por decirlo así, una historia seguida: pues solo la reflexion de que *sus operaciones pertenecen á él mismo* (y esta reflexion es la *conciencia*) puede ligar unos hechos con otros, y formar de ellos una cadena no interrumpida.

Pero sea de esto lo que fuere, siempre será cierto que el primer sentimiento reflexionado del hombre es el de su propia existencia, como de un ser que entiende y quiere. Este sentimiento no es en él una *idea* desde el primer momento que lo adquirió. Para serlo tiene aun que estudiar mucho, que combinar muchas sensaciones de diferente género, que referir á una sola sustancia operaciones tan distintas como son las relativas á las necesidades del cuerpo y á las afecciones de la inteligencia y la voluntad. Desde que el hombre se dice á sí mismo: *yo entiendo y quiero*, hasta que forma idea de estas facultades, aunque sea confusa, pasa mucho tiempo.

Al sentimiento de la propia existencia va unido el de la *dependencia*. Al principio no conoce su orí-

gen ni sus causas; pero la siente. El primer *Dios* del niño es probablemente su nodriza: el segundo sus padres. Conforme se estienden sus ideas lo bastante para conocer la dependencia de las primeras divinidades que se forjó, con respecto á otros seres, nace en su corazon el sentimiento religioso: porque nace la necesidad de depender de quien no dependa de nadie. La primer idea, pues, que se forma de Dios, es la de un Ser independiente. Esta idea es solo en los principios un sentimiento vago, á la cual la imaginacion infantil añadirá si se quiere, formas corpóreas, grande fuerza fisica, medios prontos é irresistibles para conseguir lo que quiera, dominio sobre todo lo que existe, etc. Este confuso bosquejo se irá rectificandose despues, ya por la educacion, ya por el estudio; ó quizá empeorando con las sugerencias de la supersticion; pero siempre será cierto que la *dependencia* inspiró al hombre el sentimiento y la primer idea que forma de Dios. A este primer sentimiento están ligados los de accion de gracias, de esperanza, de temor, de amor, de veneracion: en fin de todos los afectos que componen lo que se llama *el sentimiento religioso*. Nosotros no podemos habernos engañado en esta teoría, pues la encontramos justificada por el ejemplo y experiencia de todas las naciones y de todos los tiempos. En todas y en todos reconocemos el sentimiento religioso con todos sus atributos. En todas y en todos se adora, se ama, se teme, un *Ser* independiente. Prescindamos de las cualidades tan variadas y contradictorias con que han adornado este ser. En medio de esta diversidad hay un punto de contacto entre todos los hombres, sin que ningun pueblo, por pequeño ó mal conocido, sirva de escepcion á la regla general. Luego esta re-

gla procede de un sentimiento comun á la especie humana; y una de dos: ó se ha de decir que la idea de Dios es *innata* en el hombre, é impresa por el autor de la naturaleza, ó que procede de instinto, verdaderamente *innato*, de conservacion y de felicidad, que no puede ser satisfecho, atendida nuestra dependencia, sino por un Dios independiente. En este sentido debe entenderse el pensamiento sublime de Tertuliano: «el alma del hombre es naturalmente *cristiana*.» Los absurdos de las falsas religiones solo prueban, que los hombres, aunque sientan bien, racionian mal; pero el ateo, si es que los hay de buena fé, ni *raciona* ni *siente*.

Algunos niegan la existencia de este sentimiento universal, y lo atribuyen á la *educacion*. Pero los que así piensan se verán obligados á admitir consecuencias contrarias á su sistema: porque siendo el sentimiento religioso un fenómeno general, si es debido solamente á la educacion, han de reconocer por necesidad: primero, una *tradicion* que ascienda á los primeros tiempos del mundo: segundo, un origen comun á todo el linage humano: tercero, una revelacion hecha por el mismo Dios al primer hombre. No hay otro modo de esplicar por medio de la educacion, la universalidad del sentimiento que todos los hombres tributan al Ser Supremo; y esta esplicacion pugna diametralmente con las doctrinas del Epicureismo. Esta esplicacion es verdadera; mas no escluye la existencia del instinto religioso, es decir, del instinto de dependencia. La existencia de Dios está demostrada para el hombre por el sentimiento, por la razon, por la revelacion; en fin, por todos los medios que están al alcance de la inteligencia humana.

De todo lo que hasta aquí hemos dicho, se infiere que *la religion*, esto es, la creencia de un Ser Supremo é independiente, es universal porque procede de un sentimiento inherente al hombre, y que las *formas religiosas*, esto es, el sistema de ideas acerca de la divinidad y de los medios de adorarla, son diversas segun la inteligencia, imaginacion, necesidades y costumbres de los pueblos, cuando no están ilustrados ni por la filosofía ni por la revelacion. El corazon humano es siempre uno mismo: la fantasía es variable al infinito. El sentimiento religioso es igual en todos los hombres; pero cuando se convierte en *idea*, cada nacion y aun cada individuo la ha *formulado* á su manera.

Sin embargo, entre tanta variedad de fórmulas, hay un sistema de ideas, al cual daremos el nombre de *filosófico*, porque la razon humana no ha podido llegar á él, hasta despues de muchos siglos de ejercicio, de reflexion y de lucha contra las preocupaciones nacionales. Este es el sistema de los Sócrates, de los Cicerones y de los Aurelios. Antes de desenvolverlo, se me permitirá hacer una reflexion que nos parece de grande importancia en esta materia. Si comparamos los escritos y las doctrinas de aquellas grandes lumbreras de la civilizacion griega y romana con las ideas y creencias de los tiempos patriarcales, descritos por Moisés en el Génesis, nos admiraremos de la grande conformidad que hay entre unas y otras. Como en aquellas primeras épocas del mundo no es posible suponer que la razon hubiese hecho grandes progresos en las ciencias físicas é ideológicas, forzosamente habremos de confesar que las ideas puras, sencillas y luminosas de los patriarcas

en materia de religion, tan conformes con las que despues halló la filosofía á fuerza de disipar errores, no procedieron del trabajo, de los esfuerzos de la razon, sino de una revelacion primitiva, cuya existencia se halla probada por solo la semejanza que hemos indicado.

Examinemos, pues, detenidamente el sistema filosófico de los sábios de mejor nota de Grecia y Roma; y en el caso presente, entendemos por de mejor nota los que se dedicaron particularmente á enlazar el sistema religioso con el moral, como los tres que arriba citamos.

Estos admitian un Ser Supremo, hacedor de todas las cosas con todos los atributos de bondad, justicia, misericordia, omnipotencia, sabiduría, que no pueden menos de corresponderle; autor y conservador del órden físico y moral del universo: castigador del crimen, premiador de la virtud. Admitian, además, génios subordinados, que bajo las órdenes de Dios, regian el mundo. Ultimamente, la inmortalidad del alma les esplicaba cómo la justicia divina restablecia en otra vida los desórdenes aparentes del universo moral. Esta era, en general, su doctrina, despojada de las espresiones mitológicas de que se valieron para no chocar con las supersticiones vulgares del paganismo. Solo habia un vicio en este sistema, que era el de la formacion de las cosas. Creyeron que Dios sacó el mundo de una materia preexistente. La creacion es un misterio muy superior á las luces solas de la razon. Restábales esplicar de donde habia venido esta masa, este caos, barro primitivo del universo; y se contentaban con decir que era eterno. Tanto valía atribuir la eternidad al mundo existente

y al orden establecido en él, sin necesidad de una suprema inteligencia para sacar uno y otro de la masa preexistente. Apesar de esta contradiccion cosmogónica, no por eso renunciaron á la idea del Ser Supremo, que les era absolutamente necesaria para fundar su sistema moral.

En los tiempos de los patriarcas, en que las ideas sobre la divinidad eran mas puras, como derivadas de un origen mas seguro, no se creyó imposible que Dios fuese creador; y le atribuyeron no solo la coordinacion, sino tambien la existencia de la materia. *Dijo Dios: hágase la luz, y la luz se hizo.*

Debemos observar que el sistema filosófico de ideas religiosas, es decir, la teología natural ó la suma de conocimientos que podemos tener acerca de la divinidad, por solas las luces de la razon, no se ha perfeccionado hasta los tiempos de Descartes: esto no debe atribuirse enteramente á la luz de la revelacion: pues este insigne filósofo procuró en su método separar de sus especulaciones todas las ideas que procediesen esclusivamente de su creencia; bien que la fé pudiera contribuir eficazmente á la rectificacion de las consecuencias aventuradas, sometiéndolas de nuevo á un exámen mas detenido. Pero lo que ha perfeccionado en la Europa moderna el estudio de esta ciencia importante son los progresos de la física, de la literatura y de la filosofía racional. Buena prueba de ello es que en muchos de los Santos Padres, aunque antorchas de la Iglesia en materias de fé y de costumbres, se hallan aun espresiones vagas y ambiguas acerca de las diferencias esenciales entre el espíritu y la materia. El lenguaje de la teología natural no estaba perfeccionado todavía, porque no lo estaban

el de la física y el de la ideología. No se había meditado aun bastantemente sobre las propiedades generales de la materia ni sobre la economía particular de las operaciones de la inteligencia.

En efecto, las verdaderas nociones religiosas, consideradas como un cuerpo de doctrina, están fundadas en la diferencia característica y esencial entre el cuerpo y la mente, entre el mundo físico y el intelectual. Mientras la línea que los separa no estuvo bien definida entre los filósofos, no pudieron deslindarse bien los dos terrenos, y se hacían frecuentes incursiones del uno en el otro. Las mismas palabras *alma*, *espíritu* con que se designaban los seres intelectuales; las mismas voces *reflexión*, *atención*, *imaginación*, *discurso* con que se representaban sus operaciones, recordaban ideas y movimientos materiales. Esto no es extraño, por la facilidad que tiene el hombre de trasladar las palabras de su significación propia á otra que no lo es, en virtud de alguna analogía.

Comparadas, pues, por Descartes y los filósofos que le sucedieron, las propiedades de la materia con las operaciones de la mente, no fué difícil conocer que unas y otras eran incompatibles. La materia es inerte, y necesita una causa extraña, un suceso, un hecho independiente de ella, para ponerse en movimiento, ó reducirse á la quietud. La mente se dirige por sí misma al exámen de los objetos que han escitado sus sensaciones, los estudia, los compara ó los deja; todo á su arbitrio y voluntad: crea voces para indicar sus semejantes, que confunde así en una misma fórmula, cuyo valor designa. ¿Son estas operaciones compatibles con los movimientos materiales,

sometidos todos á leyes constantes? La materia no puede querer ó dejar de querer: esto es, no puede dirigirse hácia un objeto para apropiárselo, y hacer de él una parte de su existencia. La materia no delibera, no es libre; las leyes á que obedece son invariables. La materia desconoce el bien y el mal: y todo esto lo hace la mente humana en virtud de su actividad. Son incompatibles, pues, con su esencia, la voluntad, el albedrío, la deliberacion, la moralidad: facultades todas, que reconocemos en nosotros de una manera indudable, á saber: por el testimonio de nuestra conciencia.

La materia es extensa é impenetrable, y por tanto no puede estar una molécula suya en el mismo lugar que ocupa otra. Pero el alma confunde una multitud de ideas individuales en una sola universal, por la facultad de abstraer. Identifica dos ideas por la facultad de juzgar; identifica dos juicios por la facultad de discurrir. ¿Se nos dice que las ideas no son moléculas, sino movimientos de la masa cerebral? Pues bien: de dos movimientos simultáneos solo resulta un tercer movimiento que participa de ambos. En esta hipótesis solo resultaría de dos ideas una tercera idea, y no un juicio: de dos juicios un tercer juicio, y no un discurso, cuyo acto consiste en percibir que un juicio está contenido en otro; así como el del juicio, en conocer que una idea está contenida en otra.

En fin, la materia no retrocede en sus movimientos, no reflexiona sobre sí misma, no tiene influjo alguno sobre su manera de existir, no formula sus operaciones ó sus atributos por medio de signos, no ejerce ninguna de las facultades de la mente huma-

na. Esta incompatibilidad entre sus propiedades y las del hombre, prueban que en el hombre no todo es materia, y que el principio que *entiende y quiere*, es diferente del que se enjendra, nace, crece y se disuelve.

Locke, uno de los filósofos mas insignes que han existido, padre de la filosofía racional y al mismo tiempo hombre muy religioso, como lo han sido todos los hombres grandes, dudó sin embargo de que pudiera demostrarse, por *solas las fuerzas de la razon*, la inmaterialidad del alma. Su argumento es que no teniendo nosotros idea completa de la materia, no podemos decidir, si sutilizada, destilada por decirlo asi, hasta cierto punto, podría ó no llegar á ser capaz de ejercer las funciones del espíritu. Esta manera de raciocinar es muy semejante á la de los filósofos antiguos, que suponian el alma un soplo tenuisimo de una materia llevada á un sumo grado de delgadez.

Pero la cuestion de Locke, filosóficamente considerada, (pues este filósofo se guardó muy bien de convertirla en religiosa) nos parece que versa solo sobre palabras. ¿Es posible atenuar la materia de manera que pierda sus propiedades esenciales, á saber: *la inercia, la extension, la impenetrabilidad*, cualidades incompatibles con el pensamiento? Entonces ya no será materia: siempre quedará como una verdad inconcusa que la mente es incorpórea, y la cuestion se reducirá á saber si es posible ó nó la conversion de la materia en espíritu: cuestion que abandonamos á los que quieran ventilarla. Solo diremos aquí que los progresos de la química moderna han descubierto un gran número de cuerpos elementales, y por consiguiente intrasmutables, y de ellos debería

partir el que quisiese sacar de la materia un espíritu. Elijan para ello el azogue, la platina ó el hidrógeno.

Demostrada, pues, la diferencia entre el ser corpóreo y el ser espiritual; diferencia establecida además por la revelacion en cuanto á sus principales efectos, se perfeccionó el sentimiento religioso, fundado en la existencia de Dios, y en la inmortalidad del alma, consecuencia inmediata de su inmaterialidad: y el hombre pudo entrar sin obstáculos en el mundo moral, seguro de su propia dignidad y de la importancia de su mision sobre la tierra. No han faltado materialistas que han atribuido al orgullo humano la creacion del mundo intelectual. Han dicho que el deseo de no confundirse con el barro y el polvo le inspiró la idea de atribuirse un alma de origen mas noble, de naturaleza mas sublime. «La supuesta dignidad del hombre, dicen, su espiritualidad, su inmortalidad, no son mas que ilusiones de su orgullo.»

Pero ese mismo orgullo, si lo es, ¿de dónde ha procedido? ¿No es un sentimiento del corazon humano; no es una conviccion de su inteligencia? ¿Cuál es el hombre que no se estime en mas que á un pedazo de oro ó á un animal, apesar de reconocer en esta clase inesplicable de seres vestigios portentosos de inteligencia y voluntad? Pero por cuanto no se observa en ellos otro instinto que el de la conservacion y la propagacion: por cuanto carecen de la facultad de crear ideas universales y de espresarlas: por cuanto nada inventan, nada crean, ningun progreso hacen; en fin, por cuanto parecen destituidos de la activa curiosidad para averiguar las causas de los

fenómenos que distingue al espíritu humano, el hombre se ha creído, y con razón, superior á ellos, y ha obrado en consecuencia usando de estos seres sometidos, y no pocas veces abusando.

Es verdad que ciertas clases de animales son respetados en algunos países, pero es porque se cree en ellos el dogma de la transmigración de las almas. Es verdad que han sido adorados el becerro, el cocodrilo, los ástros, los vegetales y hasta las mismas piedras: pero esta adoración se ha tributado á los dioses que se suponía existir en ellos. En una palabra, el hombre solo respetó al hombre, solo adoró la divinidad en estos homenajes supersticiosos.

La conciencia, pues, de la superioridad humana sobre los seres materiales no es una *ilusion*: es un sentimiento universal, instintivo, aun en aquellos hombres que por su ignorancia y barbárie son menos capaces de un orgullo reflexionado y filosófico. Más verdadero orgullo hay en el que dice: *nada mas tengo yo que el bruto*, que en el que dice: *soy dueño del universo*. ¿Porqué? por que este reconoce un superior, bajo cuyas órdenes manda. El primero tiene la presunción de destronar á Dios. Los *niveladores* de Inglaterra y los jacobinos de Francia eran más *orgullosos* que los cortesanos de Cárlos I y de Luis XVI.

Se vé, pues, que la distincion bien caracterizada que ha establecido la filosofía moderna entre el reino material y el reino espiritual, destruyendo la inexactitud del lenguaje técnico, tan comun en los filósofos de la antigüedad y aun en muchos de los padres de la iglesia, ha convertido la teología natural en una ciencia verdadera con principios ciertos y consecuencias rigurosas. Adquirida la verdadera noción

del *espíritu*, nada fué difícil en ella: no ignoramos que para algunos el nombre de *teólogo* es un título de desprecio. Tanto peor para ellos, porque los caerá encima la terrible maldición de Pascal: *La pedantería conduce al hombre á la impiedad: el verdadero saber, á la religión.*

Hemos oído preguntar á muchos; *¿qué cosa es espíritu?* Estos hombres parece que nunca han reflexionado sobre sí mismos. *Espíritu es un ser que entiende y quiere.* Consulten su conciencia; y ella los convencerá. Replican que definimos una cosa por sus propiedades. Y *¿cómo* definís vosotros los cuerpos? les responderemos; por ventura *¿teneis* idea de lo que constituye el interior, la esencia íntima de la materia, cómo conocéis la del círculo matemático? No. Al hombre no le es dado percibir íntimamente otros seres que las abstracciones de su entendimiento: de esta especie son los objetos que contemplan las ciencias exactas. Veís el árbol, lo tocáis, oís su flor, gustáis su fruto, gozáis el susurro apacible de sus hojas mecidas por el céfiro: lo estudiais, lo analizais, lo clasificais por su familia, especie y género: en fin, decís lo que él es con respecto á vosotros. *¿Cuándo* nos direís lo que él *es en sí?* Nunca. Si estuviérais dotados de otros sentidos que los que actualmente teneis, *¿cuán* diferente fuera la descripción que nos hiciérais! Comparad, sino, la vuestra con la de un ciego de nacimiento.

(Se concluirá.)

VARIEDADES.

AL SANTISIMO SACRAMENTO.

SONETO.

Tú solo Dios: el esplendente día
Luce en tus ojos, y por tí violento
Y horrible muge ó enmudece el viento,
Y eco es tu voz de célica armonía.

Ella, del orbe omnipotente guía,
El mar enfrena en su agitado asiento,
Y los séres sustenta, y movimiento,
Y luz, y vida al Universo envía.

Solo tú Dios. Lo bello, el bien, la gloria
De tí nacen no más; y el hombre alcanza
Por tí, tan solo de Luzbel victoria.

Por tí ese pan divino es su esperanza,
Tu cuerpo sacro, tu inmortal historia:
Júbilo á tí, y honores y alabanza.

JOSÉ FERNANDEZ ESPINO.

LA MADRESELVA Y LA ROSA.

APOLOGO.

Sobre maleza y zarza-mora erguida,
Vertiendo olores, respirando vida
En campestre confin,
Columpiábase plácida y lozana
Una graciosa madreselva ufana
En su tallo gentil.

Y viéndola una rosa en puro día
Que el claro cielo contemplar quería
Fuera de su jardín,
Absorta se paró y enamorada
De la belleza de la flor preciada
Dijole afable así:

«¿Qué vale tu hermosura si cual vives
Aquí de nadie adoracion recibes
Ni puedes ser feliz?
¿Y si en maleza tal alguien te halaga
¿Será ese afecto merecida paga
Del precio que hay en tí?

¡Oh! vente á la Ciudad: allí conmigo
Las flores bellas partirán contigo
La gala del pensil,
Y acaso esmaltes los cabellos de oro
De alguna dama de beldad tesoro
En plácido festin.»

La rosa enmudeció. La madre selva
Al punto contestóle: «de la selva
Soy yo la reina aquí.
¿No vés esta maleza cual consiente
Que alze sobre ella mi adorada frente
Y goza en mi existir?»

¿No vés cuán dulce me acaricia el aura,
Y cuál mi aroma y mi vigor restaura
Con su aliento sutil?
¿Y viste acaso, en cuanto el bosque rinde
De ameno y grato que á mi ser no brinde
Con halago sin fin?

Pues si contigo á la Ciudad yo fuera
No lo dudes ¡oh rosa! la postrera
Viérame en gala allí.
Y me asaltára sin cesar la envidia
Y el pecho triste que con ella lidia,
Sin tregua es infeliz.»

JOSÉ FERNANDEZ ESPINO.

A continuacion pueden ver nuestros lectores la Real circular dirigida por el señor ministro de Fomento á los rectores de las Universidades.

Dice así este notable documento:

En todas las naciones y en todos los tiempos la enseñanza pública ha tenido el privilegio de llamar poderosamente la atencion de los hombres de Estado, que con justicia la consideran como elemento eficaz siempre, y decisivo á veces, del esplendor y grandeza de los pueblos. No podía el ministro que suscribe desconocer esta verdad: desde el momento en que tuvo la honra de ser elevado á los Consejos de la Corona, comprendió toda la trascendencia del compromiso que aceptaba; y fiando, mas que en los recursos de su saber en las inspiraciones de su patriotismo y en la rectitud de sus deseos, se propuso desde luego atender con especial solicitud al estado de la instruccion pública, punto tan importante y delicado, que en él fijan y de él no apartan los ojos, á pesar de las agitaciones de los tiempos y de la variedad de los sucesos, los hombres pensadores y sensatos; los padres diligentes y celosos; los ciudadanos honrados que tienen patria que servir, creencias que guardar y familia que proteger.

No basta á los Gobiernos, si han de ser dignos de este nombre, restablecer el órden material, base ciertamente de toda ulterior mejora y principio de todo progreso verdadero; es preciso asegurar tambien el órden moral; es preciso determinar y garantizar los fueros legítimos de la ciencia, nunca más comprometidos, nunca más expuestos á un pavoroso eclipse que cuando el vértigo revolucionario, á título de libertad absoluta del pensamiento y de soberanía de la razon, encadena la razon y envilece el pensamiento, sometiéndolos á la tiranía del error, la mas triste y humillante de todas las tiranías. La historia enseña, y á la ilustracion de V. S. no se oculta, que siempre que el movimiento científico se ha retrasado ó detenido, siempre que el sistema de represion se ha dejado sentir con mas ó menos violencia, con deplorable acritud á veces, siempre este fenómeno ha reconocido por causa la exageracion contraria: todos los periódicos de rebelion triunfante, á contar desde los siglos más remotos, han traído en pos de sí dias de abatimiento y de-

cadencia. Ciertos novadores revolucionarios son responsables ante el tribunal de Dios y de los hombres de inmensos daños causados á los verdaderos intereses de la ciencia.

En la época actual, y por lo que respecta á España, no hay para qué negar que el espíritu demagógico y enemigo de todo lo que en ella existe de grande y tradicional, ha pretendido penetrar en las regiones de la enseñanza, ya sutilmente difundándose en los vaporosos conceptos de una filosofía y de una crítica extraña al génio español, ya halagando á la incauta juventud con mentidas promesas para lo porvenir, ya, por último, deslizándose en la modesta escuela de la aldea para inspirar falsas ideas de la riqueza y de la pobreza, de la autoridad, de la justicia y del destino de los hombres. Un Gobierno que profesa principios de orden, que anhela ver restablecida en su natural asiento esta sociedad agitada y convulsa por tan larga série de vicisitudes, no puede menos de fijarse en la instruccion pública, considerándola como la raíz de un árbol que, segun fuere bien ó mal cultivado, puede dar frutos de gloria y de grandeza, ó frutos de perdicion.

Cree el ministro que suscribe que en la ley vigente de instruccion pública, á pesar de las repetidas modificaciones que ha sufrido, hay elementos para hacer que la enseñanza, en sus varias esferas, corresponda á los nobles y patrióticos fines que la nacion tiene derecho á esperar, como recompensa legítima de sus sacrificios. En este concepto, el Gobierno está dispuesto á practicar escrupulosamente la ley; y si un dia se convenciere de que el mejor servicio de la instruccion ó el mayor bien de la sociedad exigen reformas en puntos capitales, acudirá á las Cortes con el oportuno proyecto, sin perjuicio de adoptar desde luego, previo exámen y consejo, aquellos medidas que haga indispensable el sistema de economías en que el Gobierno ha entrado y está decidido á perseverar.

Es, pues, necesario, y el Gobierno así lo espera del cielo de V. S., que la ley vigente se cumpla sin excusa en todo lo que se refiere á la más esquisita inspeccion de la enseñanza en sus diversos grados, á cuyo fin V. S. recibirá en breve las convenientes instrucciones.

No profesa el Gobierno el principio de que los catedráticos sean menos libres que los demás ciudadanos para opi-

nar como quisieren en materias políticas, y en todas las discutibles, siempre que las opiniones no se traduzcan en hechos penados por la ley ó por la moral; lo que el Gobierno niega, lo que niegan la justicia y el buen sentido, es el derecho de los catedráticos para enseñar directa ni indirectamente doctrinas que repugnen á los principios fundamentales de la sociedad española. La religion católica es la religion exclusiva del Estado; lo ha sido siempre en España: atacar al Catolicismo es herir lo que hay de mas profundo y delicado en nuestra organizacion social; es conspirar contra el decoro de la patria: quien tal haga, sobre caer desdichadamente en impío, se acredita de mal español.

La Monarquía constitucional es otro de los principios fundamentales de nuestra sociedad: si á nadie es lícito alzar el brazo ni la voz contra objeto tan sagrado, menos podrá serlo al catedrático que ejerce su alta mision en virtud de un juramento solemne de fidelidad, y llevando al pecho la medalla que ilustra el augusto nombre de la reina doña Isabel II. En este punto, el Gobierno, en interés de la enseñanza, en interés del profesorado, está dispuesto á mostrarse inexorable. El Gobierno desea ardientemente el progreso científico; lo impulsará y favorecerá por cuantos medios estén á su alcance; pero no consentirá que la enseñanza se convierta por nadie en elemento de propaganda política, ni en riesgo para las verdades sociales, y mucho menos para las verdades religiosas: el Gobierno ama la ciencia, y porque la ama, la quiere pura y elevada, no escarnecida y puesta al servicio de rencores insensatos.

Al dirigirme á V. S. en estos términos precisos, y al dar publicidad á esta circular, no debe juzgarse que el Gobierno, en punto á instruccion pública, está animado por un espíritu estrecho de desconfianza. No desconfía ciertamente el Gobierno: se complace en creer que en las Universidades, institutos y escuelas superiores y profesionales, la marcha general de la enseñanza no ofrece tantos motivos de amargura, como ofrece, señaladamente en algunas provincias, el estado de la instruccion primaria; pero el Gobierno desea que cese la alarma producida por lamentables sucesos: que se ahuyente hasta el mas leve temor que puede asaltar á los padres de familia, respecto á la suerte de sus hijos encomendados á la enseñanza

oficial; anhela, en fin, que la voz del profesorado sea exclusivamente la voz de la ciencia, como siempre ha resonado y debe resonar en las aulas españolas. No es posible que el Gobierno vea con indiferencia que muchos maestros de instrucción primaria, rebajando su carácter y convirtiendo su misión verdaderamente de sacrificio en misión política, descuiden el cumplimiento de sus deberes por agitarse en intrigas y figurar en reuniones perturbadoras, enseñando así á los niños á aborrecer y á rebelarse, en vez de enseñarles á obedecer y á amar, á discurrir y á creer.

No pierda V. S. de vista este punto capital de la instrucción primaria; agote cuantos medios la ley pone en su mano para corregir abusos, al mismo tiempo que para premiar á los maestros que se distinguen en el ejercicio de su cargo; y así para este ramo como para los demás de la enseñanza sujetos á su jurisdicción académica, cuente V. S. siempre con todo el apoyo y protección del Gobierno, para quien la cuestión de instrucción pública es en todos tiempos, y especialmente en los actuales, una cuestión social de primer orden.

De Real orden lo digo á V. S. para su inteligencia y exacto cumplimiento. Dios guarde á V. S. muchos años. Madrid 20 de Julio de 1866.—Orovio.—Señor rector de la Universidad de.....

—Copiamos con gusto el siguiente artículo que ha publicado el *Boletín Eclesiástico de España*, periódico dirigido por un celoso é ilustrado Sacerdote:

EL CURA EN LA ESCUELA.

La ley actual de Instrucción pública que rige desde 7 de Setiembre de 1857, dice en su artículo 11: «El Gobierno »procurará que los respectivos Curas párrocos tengan repa- »sos de doctrina moral y cristiana para los niños de las es- »cuelas elementales, lo menos una vez cada semana.» No habiéndose tomado, que sepamos, ninguna otra disposición para la ejecución de lo prevenido en este artículo, ha quedado sin dar los resultados que habia derecho á prometerse, pasando hasta desapercibido para muchas personas que por su posición no tienen necesidad de enterarse de los reglamen-

tos de Instrucción pública. Cuando se publicó la ley, el que estas líneas escribe estaba de catedrático y secretario en uno de los mas nombrados seminarios de España, por cuyo motivo seguía atento la reglamentación escolástica, y advirtió á sus superiores la disposición citada y la conveniencia de que fundándose en ella los reverendos Curas párrocos estableciesen desde luego los repases de doctrina que el artículo señala. El Prelado prescribió á los Curas que hiciesen semanalmente una visita y repaso á las escuelas de sus parroquias, practicándose todavía con mucha satisfacción y notable provecho de los niños.

En la Real orden-circular espedita por el ministerio de Fomento, é inserta en el número 42 de nuestro *Boletín*, dice el Gobierno «que está dispuesto á practicar escrupulosamente la ley» y que «es necesario que la ley vigente se cumpla sin excusa en todo lo que se refiere á la mas esquisita inspección de la enseñanza en sus diversos grados;» y en otra circular inserta en este número despues de haber sentado el ministro acertadamente que «no cabe levedad de materia en punto á la conducta religiosa y moral de los maestros,» dice en la instrucción tercera á los Rectores de Universidad: «En lo concerniente á instrucción moral y religiosa, los inspectores se pondrán de acuerdo con los Párrocos, á quienes por su especial misión y por su carácter de vocales de la junta de primera enseñanza incumbe la dirección y vigilancia en tan interesante materia.»

Estas palabras y el espíritu que revelan indican que el supremo Gobierno comprende bien las consecuencias que naturalmente debe producir toda educación poco religiosa, no menos que para prevenirlas nadie está en mejor disposición que los reverendos señores Párrocos.

No hay duda que estos llevan ya una carga bastante pesada en la buena administración de la parroquia y en la enseñanza que dan en la Iglesia conforme al sagrado Concilio de Trento y otras disposiciones mas ó menos generales de la Iglesia; pero su celo, mayor que todo esto, sabrá hacerse tiempo y lugar para ir á las escuelas y duplicar la instrucción del Catecismo, persuadidos de los inmensos resultados de virtud y de moralidad que de su trabajo deben prometerse. Porque aunque el Párroco pregunte y explique

el Catecismo todos los domingos en el templo, ni todos los niños asistirán allí, ni es fácil que los que van lo aprendan con esa lección semanal; pero visitando á la escuela conocerá, si no á todos los niños, á mucho mayor número, y sus esplicaciones sostenidas por la diaria del maestro, serán de mucho mayor efecto.

En la diócesis á que antes hemos aludido, se tocaron muy pronto los que hacia la visita del Cura, así en los maestros como en los discípulos, y fueron tan saludables, que si algun Párroco por motivos especiales habia hallado difícil el precepto del Prelado antes de cumplirlo, despues se alegraba y daba gracias por las santas satisfacciones que le proporcionaba.

¡Oh! quisiéramos tener palabras bastantes para manifestar cuán bello y encantador es el cuadro que presenta un Cura rodeado de los niños de su parroquia. Cuando en nuestros viajes de mision ó de descanso nos hemos encontrado con alguno de esos venerables Curas *que tienen sus delicias en estar con los hijos de los hombres*, se nos ha figurado ver al divino Maestro cuando decia á los Apóstoles: *Dejad que los niños vengan á mí; no les estorbeis, porque de ellos es el reino de los cielos*, (Luc. 18, 16.) y tanto respeto nos infundía, que en nuestra veneracion, de buena gana nos hubiéramos puesto entre los niños para ir á besarle la mano.

Dichosas las parroquiás á quienes concede Dios un Cura semejante! pues, segun nos ha enseñado la experiencia, suelen ser las mejor dirigidas y mas morigeradas, aun cuando tal vez carezca el Cura de un talento sobresaliente y de aquellas cualidades que el mundo llama brillantes.

Y se comprende que sea así, no solamente por las bendiciones de Dios que han de caer sobre el Cura que tan bien imita á Jesucristo y sobre sus ovejas, sino por los resultados naturales de su conducta, así para con los padres como para con los niños.

¿Quereis agradar á los padres? quered á sus hijos. Por esto el Cura que con su afabilidad, con alguna estampita, con su afecto sabe atraerse á los niños de manera que se alegren de encontrarle, que le busquen y gusten de estar con él, seguro puede estar de ejercer una grande y poderosa influencia en el ánimo de sus padres, y por consiguien-

te de la poblacion entera. El padre que en el paseo ó en la calle siente que el niño suelta su mano para ir de buena gana á besar la del Cura, aunque sea un impío, le respetará y pondrá cariño. Estas consideraciones no son utópicas, sino fundadas en la realidad de lo que hemos visto. Un Sacerdote amigo nuestro, muerto hace pocos años en las fatigas del apostolado y de la mision, logró darla en muchos pueblos venciendo oposiciones que parecian insuperables, con asombro de los que no conocian su secreto. ¿Sabéis cuál era este, cuál la llave que le abria los corazones? Pues no era otro que empezar por atraerse á los niños, ora en casa del Cura, ora en el templo ó en la escuela les reunia, les daba algunos premios, ganábales la voluntad, y los niños iban á sus casas diciendo mil alabanzas del misionero, que á los tres ó cuatro dias disponia de la poblacion en masa para poder arreglar como quisiera los santos ejercicios.

Mas esta provechosa influencia sobre los padres no es sino un resultado indirecto: el directo es el que se saca de los mismos niños. ¿Os habeis encontrado al pasar por una poblacion con algunos grupos de jóvenes que á nadie respetan ni dejan sus malas conversaciones, antes hacen alarde de su desvergüenza si pasa por ventura un eclesiástico? Casi cierto podeis estar de que en su niñez no tuvieron el trato que debian con su Párroco. Cuando este sabe hacerse suyo el corazon de los niños, al cabo de algunos años posee el corazon de los jóvenes, que son aquellos mismos niños, y les habla con autoridad de padre; sucediendo que si alguno se deja llevar de las pasiones, lejos de tener aquel cinismo inmoral de los primeros, se aparta y baja los ojos avergonzado cuando se encuentra con su maestro espiritual, cuyas lecciones ha abandonado. El porvenir de esta diócesis está en el seminario; el porvenir de una parroquia en el Catecismo explicado por el Cura.

Por esto no hemos sabido insertar aquellas disposiciones oficiales sin llamar la atencion acerca de ellas de una manera asi especial. Bien se comprenderá que su cumplimiento ha de ser de una trascendencia inmensa, aun cuando no se considere la escuela sino como otro lugar cualquiera destinado á reunir los niños; pero la escuela es mas. Despues del templo es el lugar mas digno y respetable que los ni-

ños frecuentan, estando allí no solamente ellos sino tambien el maestro.

El maestro que por la naturaleza de su encargo es quien mas puede ayudar ó perjudicar al Cura en su santo ministerio, es á menudo un jóven forastero en la poblacion y de poca experiencia, fácil por consiguiente de dejarse llevar por las personas que primero le acaricien, y tomar la direccion acertada ó desacertada que estas le impriman. Si para desgracia suya y del pueblo logran dominar su ánimo los tres ó cuatro caciques medio volterianos que acaso haya por allí, dará dias muy amargos á la poblacion y al Cura; pero si este acierta á ganar su confianza y poder dirigirle, tendrá en él un auxiliar escelente para la religiosa educacion de la juventud.

A esto podrán contribuir, haciéndolas con la debida prudencia, las visitas semanales á la escuela; porque algunos de esos jóvenes maestros no han tratado ningun eclesiástico, y no tienen del Clero otra idea que la formada en las lecturas que hicieron ó en las conversaciones que oyeran, á menudo poco caritativas para con los ministros del Señor: mas si es precisado á tratar con el Cura, porque vá á visitarle en su clase, encuentra en él una persona instruida y bien educada, como son en general los Curas, por mas que la impiedad se complazca en decir calumniosamente otra cosa, un padre, un director, un amigo, fácilmente formará un concepto justo y favorable, y tendrá á honra dejarse guiar por él.

Mas, aun cuando no logre todo esto, aun cuando el maestro fuese un impío, le contendrá la presencia del Párroco en los límites, al menos del reglamento, sirviéndole de eficaz estímulo para que, sino por voluntad, por temor, cumpla lo que la ley le manda respecto á enseñanza religiosa.

Créannos los Párrocos jóvenes para quienes señaladamente hacemos estas observaciones: el trabajo que se tomen para la educacion de los niños, les producirá indudablemente el ciento por uno. Aparte el premio que deben esperar de Dios que ha prometido remunerar como si á su divina Magestad acogiese, á quien acoge á uno de esos pequeñuelos (Mat. XVIII. 5), se prepararán así para su edad avanzada una paz envidiable y muchas satisfacciones inefables. Aca-

so en algun pueblo se hallen verdaderas dificultades nacidas de circunstancias singulares para introducirse en la escuela, pero llevándose con prudencia y sin pretensiones impropias, inspirándose en el amor de Dios y ayudándose en caso necesario del Prelado, pocas veces las habrá que no puedan superarse.

Concluiremos observando que como para ser respetado de los demas, se necesita comenzar por respetarles á ellos, es conveniente que el Cura por regla general, se abstenga de censurar al maestro en lo que no pertenece á la enseñanza religiosa, guardándole en todo la deferencia que le corresponda, especialmente delante de los niños.

De una revista católica inglesa, tomamos lo siguiente:

«Los periódicos de Irlanda dan cuenta de la llegada á Dublin de S. Ema. el Cardenal Cullen, y de la recepcion que celebró el dia 20 en el Colegio de Cloullife. Fueron á felicitarle muchas personas y comisiones, y entre ellas una del Clero de la diócesis.

Contestando S. Ema. á esta comision, y refiriéndose á la situacion de la Santa Sede, pronunció las siguientes palabras:

«El espíritu revolucionario aparece triunfante en casi todos los paises de Europa, y ha socavado el poder de los Estados católicos. No existe ya Potencia católica capaz de socorrer á la Cabeza de la Iglesia y de prestar decisivo apoyo á las doctrinas y prácticas de nuestra Santa Religion. Austria era la única Potencia que podía haberlo hecho, y Austria ha quedado quebrantada. La situacion, pues, del Papa es triste: su territorio ha quedado muy reducido, habiéndosele desposeido de la mayor parte, de casi todo el que le pertenece. Despues de haberle reducido á la mayor postracion y de haber quedado inutilizadas para socorrerle las Potencias católicas, el Emperador de los franceses abandona á Roma, y deja al Papa á merced de los revolucionarios italianos, á merced de hombres que hacen alarde de ódio mortal al Papa y á la Religion, y que no titubearán. á pesar del convenio de 15 de Setiembre, en apoderarse de Roma á la primera ocasion que se le presente, y destruir la auto-

ridad del Papa. Muy probable es que en estos seis meses llegue el momento de la crisis, y que Su Santidad se encuentre en tal situacion que no sepa á donde volver sus ojos.»

Tambien S. Ema. el Cardenal Arzobispo ha dirigido al Clero y demás fieles de la diócesis de Dublin una carta, en la cual les dice:

«Quisiera muy especialmente conseguir vuestras oraciones y simpatías en favor de nuestros hermanos espirituales en Italia, que ahora gimen bajo el peso de tantas calamidades y persecuciones. El demonio de la irreligion y la revolucion domina desenfrenado en aquel pueblo, en otro tiempo tan dichoso y favorecido; y aunque la gran mayoría de la poblacion permanece fiel á la fé de sus mayores, es tal el delirio de sus hombres de Estado, que por todas partes persiguen y combaten á la religion, y cada dia renuevan sus insultos contra la magestad de Dios. Muchos Obispos han sido desterrados; todos los mejores y más celosos Párrocos han sido arrancados de sus rebaños y encarcelados sin otro crimen que su celo por la gloria de Dios; colegios y Seminarios han sido cerrados, y una ley acaba de decretar la estincion de todas las Ordenes religiosas y la confiscacion de todas sus propiedades. Por medio de esta ley, el Gobierno italiano ha expulsado centenares de santas mujeres de los conventos donde habian consagrado á Dios sus vidas, y las ha arrojado, en su ancianidad y desamparo, á sufrir privaciones y miserias en un mundo que voluntariamente abandonaron en la frescura de su juventud. Ni siquiera las glorias de Monte-Casino, la La Cava y de otros establecimientos monásticos, donde la religion estaba rodeada por todo cuanto de excelente y noble habia en las artes y en las ciencias, y de donde antiguamente sacó la Europa los mejores elementos de su civilizacion cristiana, han conseguido hacerse respetar.

El Soberano Pontífice, además, se encuentra ahora en una situacion tan sumamente peligrosa, que con razon infunde sérios temores, y despierta la alarma de sus hijos espirituales. En todas sus penalidades, sus ojos se vuelven hácia Dios, y recibe sus tribulaciones con un espíritu de calma y resignacion, que nos hace recordar aquellos santos Pontífices que en los siglos de persecucion entregaban sus vi-

das por sus rebaños. Hace muy pocos años que los Obispos del orbe católico, reunidos en Roma, emitieron su protesta solemne contra los ataques con que sus enemigos pretendían quitar al Vicario de Cristo los territorios confiados á su mando paternal. Al mismo tiempo declararon que el poder temporal de la Santa Sede era indudablemente una institución providencial en el estado actual del mundo, facilitando en todos conceptos el buen gobierno de la Iglesia y de las almas, que interesa á todos los Gobiernos, bien sean protestantes, ó católicos. Hablando en nombre de todos los católicos, afirmaron entonces los Obispos que las posesiones temporales de la Iglesia romana pertenecen á todo el orbe católico. Las naciones católicas de Europa, Austria, España y Nápoles, se habian ofrecido á defender como mejor pudieran estas posesiones en favor de la cristiandad, cuando un Estado poderoso reclamó exclusivamente para sí el cargo honoroso de proteger la Cabeza de la Iglesia. A la faz del mundo católico, el que ahora guía los destinos de la Francia cargó con la grave responsabilidad de evitar que las demás Potencias católicas llevasen á efecto su propósito, y tomó por su cuenta defender, sin auxilio ajeno, los sagrados intereses de la Santa Sede. Ese cargo, ¿ha sido fielmente cumplido? ¿Quedarán las naciones católicas de Europa satisfechas del modo con que la hija mayor de la Iglesia ha cumplido su deber? ¿Podrá la nacion francesa saludar su bandera cuando vuelva de Roma con el mismo noble orgullo con que la saludó cuando la envió, algunos años hace, á proteger al Padre de los fieles? Bien sabido es que por medio de la fuerza le fueron quitadas al Papa, ya hace tiempo, sus mejores y mas ricas provincias, aunque el que manda en Francia se había tomado el cargo de defenderlas; y ahora, segun todas las apariencias, ha llegado el tiempo en que el mundo católico se quedará mirando, mientras que el pequeño resto del reino, y la misma Roma, llegarán á ser la presa de los enemigos de la Iglesia Católica.

Hablando claramente, la crisis está ya encima, y en la hora de su supremo apuro nuestro Padre Santo busca en vano su ayuda entre las Potencias del mundo, y ni siquiera la encuentra en aquel Imperio cuyas promesas de socorro fueron tan esplicitas y tan solerones. Pero la Iglesia no teme

nada, porque está sostenida, no por auxilios humanos, sino por el poder de Dios, que la colocó sobre la tierra para servir á los hombres de infalible depositaria de la verdad y dispensadora de los frutos de la redencion. Pero la Providencia, en su sabiduría, suele con frecuencia permitir que las acciones de los hombres sigan su curso natural, y quiere que nosotros ejercitemos nuestra caridad y nuestra fé implorando el auxilio divino y recibiendo de las manos de Dios todo lo que sea de su agrado enviarnos.»

LETRAS APOSTÓLICAS DE SU SANTIDAD EL PAPA PIO IX CON
MOTIVO DEL NEGOCIO DEL CARDENAL ANDREA.

El cuidado del rebaño universal del Señor que nos ha sido confiado por la voluntad divina, como á los otros sucesores de S. Pedro, quiere y exige que Nos velemos asiduamente por la seguridad de este rebaño, y que procuremos con todo cuidado que las ovejas que JESUCRISTO ha comprado, no con el oro y la plata corruptible, sino con su sangre preciosa, no se pierdan. Esta solicitud nos obliga noche y dia, nos instruye y nos excita á usar de esta autoridad apostólica, si apercibimos que hay algun peligro para la salud en una parte de este rebaño del Señor, aun por parte de su pastor.

En este estado las cosas, hemos dirigido nuestros cuidados y nuestra solicitud especial hácia la iglesia episcopal de Sabina y la abadía de Subiaco, confiadas á Jerónimo de Andrea á fin de que las gobernase y tuviese á su cuidado; él, á quien hemos agregado al sagrado Colegio de los Cardenales, y que olvidándose de su deber, de la fidelidad y del respeto que debia á nuestra persona y á la Sede apostólica, ha llegado á ser una

piedra de escándalo para todos los hombres, y especialmente para esas dos diócesis, porque habiéndonos pedido hace tres años permiso para ir á Nápoles á restablecer su salud, Nos creíamos por razones graves deber negárselo; y aunque al principio pareció acceder á nuestros deseos, en el mes de Julio del 65 salió súbitamente de esta ciudad para ir, sin que Nos lo supiéramos, á la ciudad de Nápoles.

Aquella marcha súbita fué para Nos causa de viva pena, porque indicaba una falta de respeto y una desobediencia á Nos y á la Sede apostólica, pareciéndonos que era causa de gran escándalo para los fieles, por lo cual algunos meses despues recordamos á dicho Cardenal las penas graves y numerosas decretadas por los Soberanos Pontífices, y especialmente por Inocencio X, en su constitucion *Cum juxta*, contra los cardenales (penas que recaen aun sin que medie sentencia de juez) que se atreven á alejarse del lugar de su ejecucion, por justo que sea el motivo con que lo verifiquen.

Pero al verle persistir con tenacidad en su proyecto, le advertimos por la Congregacion de Cardenales encargada de interpretar los decretos del concilio de Trento, el legítimo pesar que experimentaba nuestro corazon, á fin de que volviera á mejor acuerdo.

Sin tener en cuenta ninguno de estos pasos, ha seguido con obstinacion su proyecto, tratando de defenderlo por cartas que ha entregado á la publicidad, y aun mas, ha querido derramar el veneno de su malignidad contra eminentes cardenales y obispos dignos de respeto.

Tampoco ha temido emitir ciertas ideas que Nos juzgamos dignas de reprobacion, y tal conducta, indigna de un prelado católico, ha causado profunda pe-

na á todos los hombres honrados, estimulando á los malvados.

Después de haber esperado que volviera á mejores sentimientos, Nos, que ocupamos en la tierra el puesto de Aquel que es paciente, dulce y rico en misericordia, le hemos escrito con nuestra propia mano cartas, en las cuales con caridad paternal le invitamos á volver en sí, considerando la enormidad de la falta de que se habia hecho culpable. Nos le exhortábamos tambien á reconocer su error, y á recurrir á Nos como al corazón de un padre, reparando el grande escándalo que habia causado al universo católico y á los fieles confiados á su celo; pero nada de esto le ha conmovido, y al contrario, exaltándose é insultando mas no se ha avergonzado de escribir cartas de incomparable arrogancia, y lo mas injuriosas contra Nos y contra esta Sede apostólica.

Aparecería, pues, que Nos pasábamos de los límites de la longanimidad asignados á nuestro ministerio, si en virtud de nuestra autoridad suprema no reprimiéramos ese enorme escándalo, acabando con ese azote de las almas. Antes, sin embargo, de estatuir, Nos hemos confiado este asunto al exámen de nuestros venerables hermanos, los cuales, examinando los hechos, han condenado unánimemente las injurias hechas á Nos y á la Sede apostólica, dando después la sentencia conforme á los sagrados cánones, de que se proveyera al gobierno de las diócesis de Sabina y Subiaco, hasta que el cardenal Andrea, volviendo á la ciudad, se sometiera á Nos y á la Santa Sede.

Para Nos, según nuestra mision pastoral, nada es mas importante que la salvacion de las almas, y Nos hemos seguido el ejemplo de nuestros predecesores. Por

lo tanto, oido el consejo de nuestros venerables hermanos, los Cardenales de la S. I., con pleno conocimiento, y despues de maduras reflexiones, en virtud de la plenitud de nuestra autoridad apostólica, privamos al nombrado cardenal Jerónimo de Andrea del ejercicio de toda jurisdiccion, tanto en la iglesia de Sabina como en la abadía de Subiaco, hasta que plazca á esta Santa Sede disponer otra cosa.

Nos le ordenamos que no se atreva á ejercer el menor oficio de su cargo en tales diócesis.

Además, por las presentes letras, en la plenitud de nuestro poder apostólico, Nos elegimos, constituimos y delegamos con todos los poderes, honores y derechos adheridos á este cargo, sea en virtud de privilegio, sea por el uso ó la costumbre, á nuestro venerable hermano Francisco Gandolfo, obispo..... y sufragáneo de la iglesia de Sabina, en calidad de administrador, y á nuestro venerable hermano Antonio María Pettinari, obispo de Nocera, en calidad de administrador de la abadía de Subiaco, segun la buena voluntad de Nos y de la Silla apostólica, tanto para las cosas espirituales, como para las cosas temporales.

Nos otorgamos á los Obispos mencionados todas las facultades necesarias á fin de que puedan, cada uno en la diócesis cuya administracion se le haya confiado, gobernar y dirigir todo lo respectivo al orden y á la jurisdiccion, y tambien á fin de que puedan designar un vicario general investido de todos los poderes que juzguen, en el Señor, mas oportunos: además, Nos otorgamos á uno y otro administrador el derecho de nombrar para las parroquias, para los beneficios eclesiásticos y para los que exigen residencia personal, sea que actualmente se hallen vacan-

tes, sea que vaquen durante su administracion, y cuyo nombramiento pertenece á los Ordinarios de los lugares, salvo, sin embargo, la regla de los meses, los derechos y las reservas de la Sede apostólica: Nos ordenamos tambien y prescribimos estrictamente á nuestros queridos hijos del Capítulo de la catedral y canónigos, tanto de la Iglesia episcopal de Sabina, como de la abadía de Subiaco, é igualmente al clero y pueblo de una y otra diócesis, recibir y admitir los Obispos mencionados como administradores delegados por la autoridad apostólica, y otorgarles un respeto profundo y una obediencia completa.

(Siguen algunas otras disposiciones reglamentarias, segun las fórmulas de la Cancillería romana.)

Dado en Roma en San Pedro bajo el anillo del Pescador, el 12 de Junio de 1866, vigésimo de nuestro pontificado.

Refrendado por el Cardenal Clarelli.

GENEROSIDAD DEL SUMO PONTÍFICE PIO IX.

Las iglesias de los antiguos Estados pontificios, aunque hoy se hallan bajo la dominacion de Victor Manuel, no dejan de recibir á cada momento señaladas muestras del amor paternal que el Padre Santo les profesa. El arzobispo de Spoleto está construyendo una iglesia que ha de dedicarse á la Santísima Virgen con el título *Auxilium Christianorum*; y el Papa le envia una suma considerable para que pueda llevar á cabo su proyecto, y aun manifiesta al arzobispo sus deseos y sus esperanzas de poder ben-

decirla personalmente. Una carta de Cerdeña nos da cuenta de otro rasgo de generosidad del Santo Padre. Mons. Balma, obispo de Ptolemaida *in partibus infidelium*, ha estado el año anterior en aquella isla para administrar los sacramentos de la Confirmacion y del Orden, cosa que no habia podido hacer allí en algunos años por estar vacante la silla episcopal de la isla. El Papa le ha costeado el viage y dado ademas para socorro de los pobres la suma de 2,000 francos. Así emplea el gran Pontífice lo que le puede sobrar de lo que le envian los católicos de todo el mundo, promoviendo la honra y gloria de Dios y el culto de su Santísima Madre. Bendígale el Señor por los siglos de los siglos. Amen.

Copiamos de nuestro apreciable cólega *El Espíritu Católico*, el notable artículo siguiente:

EL VAPOR Y LA ELECTRICIDAD,

Una de las leyes que Dios impuso á la creacion, fué su periódica manifestacion en diferentes fases. No se concebiria sin estas la admirable armonía que presidió en las obras del Supremo artífice. Un perpétuo marasmo seria la consecuencia inmediata de una ley invariable que supeditase al mundo á presentarse en una sola de sus manifestaciones. La línea que divide el pasado del presente desaparecería hasta convertir lo criado en un mar sin olas. La historia de la humanidad no tendria mas que un punto de parti-

da sin hallar los de descanso, que forman los siglos, épocas y edades, puntos que simbolizan las diferentes y armónicas manifestaciones que hasta ahora se han venido sucediendo. Las edades, patriarcal, heroica, de oro y de hierro, representadas respectivamente por Moisés, Homero, Augusto y Carlo-Magno, no han sido sino otras tantas fases ó modificaciones radicales en la historia del hombre. Los grandes fenómenos físicos, las revoluciones de los astros, las alteraciones geológicas; y en fin, todo lo que ha afectado rudamente á la naturaleza, son otras tantas fases en la historia de las cosas. La edad moderna, cuyas puertas franqueó Guttemberg, vino á constituir una nueva fase formada con los elementos de las primeras edades. Las ciencias aparecieron en vasta perspectiva y el espíritu indagador creció entre las pretendidas ruinas de los pasados siglos. El orgullo de los pensadores, tomó inmensas proporciones, utilizaron la materia y evocaron los *espíritus* para penetrar en las regiones de lo eterno é inmutable; y en su loco desvario intentaron sondear los arcanos de la ciencia, desechando la revelacion, porque oponia una barrera insuperable á su ilimitada arrogancia. De aquí nació el cúmulo de aberraciones que caracterizó á los primeros tiempos de la imprenta; pero el espíritu humano fué detenido en su orgullosa marcha por la mano de Dios. El hombre intentó tocar con sus manos el cielo, y sus titánicos esfuerzos solo sirvieron para aniquilar sus fuerzas, quedando su ciencia fraccionada é impotente. El siglo entonces, abdicó el imperio que neciamente habia usurpado, el hombre conoció, no confesó su derrota; pero convencido y avergonzado de su impotencia, renunció á sus proyectos

de escalar el cielo, y dedicó todos sus afanes á conseguir un homenaje de la materia, á la que martirizó de mil modos y analizó de mil maneras, hasta hacer de ella un poderoso auxiliar á sus futuros proyectos de felicidad y dominacion sobre las edades pretéritas. Sus primeros esfuerzos arrancaron á la materia un quejido que se resolvió en vapores; poco despues brotó la chispa eléctrica para admirar aun á los mismos que la habian producido. La época presente se jacta de haber suprimido *lo imposible* con sus dos terribles palancas, el vapor y la electricidad. El hombre puede estar orgulloso con su obra, cual Júpiter tonante que agita con su diestra el rayo y puede aniquilar al objeto de sus iras; su carro es conducido por los vientos que ha encerrado en su seno. Ya no quiere llamarse viajero; el vapor hace que el mundo entero sea su pátria. Ya no es extraño á nadie; la electricidad le ha unido en estrecho abrazo con sus hermanos; la fraternidad universal no será ya un sueño, y la felicidad no debe ser un mito, la ignorancia, por último, debe envolverse en su manto de harapos y huir del mundo.

Veamos el uso que hace el hombre de los elementos civilizadores. Empezaremos por la prensa. ¿Cuál es su mision? La de moralizar é instruir. ¿Cómo llena su alto objeto? Es evidente que el buen gusto en la lectura se ha estragado, como tambien que la profusion de buenos libros puede aminorar los efectos de los nocivos, pero no neutralizarlos. El mejor alimento no hace mas que conservar el cuerpo; mientras que el peor veneno contamina al alma y ejerce en ella una fatal influencia, que muchas veces no es posible dominar. Para la mala lectura no hay con-

traveneno. ¿Ha desaparecido la ignorancia? ¿Qué impulso saludable han recibido las ciencias? El saber humano no tiene razon de ser sino en cuanto se ordena al logro del bienestar comun, de la posible felicidad. Toda ciencia que directa ó indirectamente no conduce á la perfectibilidad, es inútil ó perniciosa. Toda ilustracion que no reconozca por base la moral del ciudadano, será defectuosa. En las buenas costumbres se reflejan los progresos de la ciencia, y estas, por desgracia, nos ofrecen ahora un cuadro recargado con muy fuertes tintas. La estadística criminal es irrefragable testimonio de esta triste verdad. Se nos objetará con la especie de que el crimen en general reconoce por causa la falta de instruccion, y que la humanidad marcha muy lentamente por las vias del progreso. Esto seria aceptable si los hechos no nos demostrasen lo contrario. Que se ha popularizado la instruccion en el siglo del vapor y de la electricidad. Es verdad. ¿Pero de qué índole es esta? Al generalizar los ramos del saber se ha destruido su unidad y se ha formado la llamada *erudicion á la violeta*, consistente en una tintura superficial que hoy se adquiere, pasando sobre las ciencias como la mariposa de flor en flor; pero bebiendo mucha ponzoña.

La electricidad y el vapor, al abreviar las distancias, ¿unen los corazones? No por cierto. La materia avanza á pasos de gigante, mientras que el espíritu retrograda sensiblemente. De ahí el duro positivismo que metaliza los corazones hasta el punto de que la ley del *tanto por ciento* sea el derecho universal. De ahí el que el fiero interés ejerza una brutal tiranía sobre la miseria, y que el egoismo entronizado lo avasalle todo, postrando á la humanidad á los piés del becerro de oro.

¿Qué bienes nos produce la revelacion constante que la actividad industrial opera en el globo? ¿Acaso consigue establecer algun equilibrio en las fortunas? Al contrario. La violencia que se hace á nuestra madre-tierra, que ve abiertas sus entrañas por la explotacion minera y su superficie surcada por el fuego, podrá dar satisfaccion á comodidades parciales y necesidades siempre crecientes; pero ¿qué herencia legará la presente sociedad á las generaciones venideras? ¿No se habrán agotado los ricos filones que activan ahora nuestros procedimientos industriales? ¿No quedará la naturaleza estenuada con los esfuerzos que continuamente hace? La naturaleza es prodigiosamente fecunda, responderán; de las sustancias en descomposicion, nacen nuevas producciones que suplirán á las ya agotadas. Es verdad; pero las sustancias degeneran y se debilitan. ¿Quién les restituirá su primitiva energia?

Es un mal de trascendencia la importancia suprema que se dá á los adelantos materiales. Los hombres abrigan la errónea creencia de que ellos solos bastan á constituir en sólidas bases la prosperidad general. Las vías en explotacion no han favorecido á la agricultura, á la que han sustraído brazos, y la moral ha perdido mucho en este movimiento; el espíritu especulador ha invadido los hogares; la buena fé y sentimientos heróicos han sido empañados por el álito corruptor del agiotaje. No podemos dejar de rendir un tributo de admiracion á los adelantos del siglo; ellos corresponden á un órden armonioso y natural; pero anatematizamos la civilizacion que enaltece á la materia y deja al espíritu en la inaccion. ¿Qué paso ha dado el hombre en el órden sobrenatural,

cuando vemos que la virtud está á punto de huir avergonzada tras las montañas, en donde habia hallado mejor acogida? Esto no reconoce otro origen que el olvido de la mision que el hombre ha traído á la tierra. Ha empujado á la civilizacion por una tortuosa senda, creyendo dar satisfaccion cumplida á su corazon sediento de felicidad y embellecer su vida con el perfeccionamiento de las cosas que le rodean. El hombre ha dicho—¡Adelante!; y se ha lanzado en el vacío tras una sombra impalpable. Ha visto un horizonte nebuloso y no ha vacilado en sumergirse en él para gritar luego aterrado—¡Luz!; la luz que desciende de lo alto y que antes rechazó. El dia en que el martillo devastador dé el primer golpe en el *fundamento social*, apagará su eco la trompeta, que ha de convocar á los hombres á juicio.

De un interesante y curioso trabajo, acerca de la base natural de la numeracion perfecta, publicado por el Sr. Pujals de la Bastida, tomamos lo siguiente:

Acostumbrados los hombres á la numeracion digital verbal y escrita, ni aun los mas sábios llegaban á figurarse que pudiera haber ninguna otra, por cuya razon han continuado en todas las partes con la misma, pero donde quiera que tengan algunos grados de civilizacion, necesitan hacer un uso casi continuo y aun preciso de mitades, terceras y cuartas partes; y como el diez ó la base de la numeracion conocida, no tiene signo mitad, quinta y décima, prefieren el *doce* para muchísimas cosas, atendiendo á que este nú-

mero tiene mitad, tercera, cuarta, sesta y duodécima parte exactas: casi no se habla de la *decena*, sino para explicar el artificio de la numeración, mientras que la palabra *docena* se oye continuamente en los mercados y comercios de las cosas que no se pesan ni se miden, las cuales se tratan por docenas ó por gruesas, que son docenas de docenas. Esta costumbre se halla tan arraigada, y es tan razonable y tan importante, que no es posible se abandone jamás.

Dice San Agustín (*in psal.* 86), que la significación del número *doce* es un *sacramento grande*: y el venerable Beda (*Hom. in natali Sancti Benedicti*), dice que con el número *doce* se designa en la Sagrada Escritura muchas veces la *universalidad*. Estos asertos se fundan sin duda en que ese número es el predilecto de Dios, no solo para cosas del culto, sino también para las radicales ó principales que encierran algún misterio como los siguientes:

Los hijos de Ismael (hijo de Abraham) fueron *doce* príncipes, y los hijos de Jacob (hijo de Isaac y nieto de Abraham) fueron *doce* patriarcas de las *doce* tribus de Israel. Estas tribus encontraron *doce* fuentes de agua en Elin, (*Exodo cap. xxiv ver. 4*), y para el altar ofrecieron *doce* escudillas de plata, *doce* tazas de plata, *doce* morterillos de oro, *doce* bueyes de la vacada, *doce* carneros, *doce* corderos de un año y *doce* machos de cabrío (*Libro de los números, cap. iv ver. 7*). Los levitas cantores estaban divididos en veinte y cuatro clases, como los sacerdotes, y cada clase tenía *doce* maestros de canto (*1.º de los Paralipómenos, cap. xxv, ver. 7*). Los profetas menores fueron *doce*, y también *doce* los Apóstoles de Jesucristo.

La mujer cubierta del sol que vió San Juan Evangelista tenia en su cabeza una corona de *doce* estrellas (*Apocalipsis*, cap. xii, ver. 1). La ciudad santa, que el mismo San Juan vió que descendia del cielo, tenia un muro grande y alto con *doce* puertas, y en las puertas *doce* ángeles, y los nombres escritos de las *doce* tribus de Israel; y el muro de la ciudad tenia *doce* fundamentos con los nombres de los *doce* Apóstoles del cordero, y tenia el muro ciento cuarenta y cuatro codos (*doce* veces *doce*).... y las *doce* puertas son *doce* margaritas (*Apocalipsis*, cap. xxi, ver. 12, 14, 17 y 21) El Arbol de la vida da *doce* frutos, en cada mes su fruto (*Apocalipsis*, cap. xxii, ver. 2).

Algunos sabios han opinado, y opinan que desde la creacion hasta el diluvio entraban exactamente *doce* lunaciones en una revolucion del sol; y aunque ahora entran *doce* lunaciones y once dias mas, no por eso deja de ser Dios el primer autor de la division del año en *doce* meses; así como tambien por disposicion divina, consta la semana de seis dias de trabajo (mitad de *doce*) y uno de descanso.

y del maravilloso mecanismo del cuerpo humano, del de los animales y del de las plantas. Preguntad al sabio más profundo y más versado en el conocimiento de la naturaleza; y os dirá que en la cadena inmensa de los seres no hay uno solo que no esté bien ordenado en sí mismo, y con referencia á los demás. ¿Y donde hallaremos orden y belleza, si no la encontramos en esta serie y enlace de maravillas? La naturaleza, señores, es tan hermosa, y tal la impresión de su belleza en los hombres, que todos sus esfuerzos se dirigen á reproducirla, y el mayor triunfo del ingenio humano es imitarla. Las bellas artes solo son una imitación de ella; y el pintor, el estatuario y el poeta son tanto más perfectos, cuanto más fielmente copian su imagen: las bellezas naturales tienen en efecto para nuestros corazones cierto encanto secreto que los acompaña en todas partes; y así está observado, hace muchos siglos, que el hombre se complace en reconocerla en sus juegos, en sus fiestas y sus espectáculos más pomposos, en los pórticos y palacios que construye, y por fin en todas las obras maestras de su industria. Anhela por ver reproducidos los cielos estrellados, los paisajes, las flores, los frutos y las aves; pero en el momento mismo que se fija su vista en las bellezas del arte, conoce que está aun más unido por la parte más pura de sí mismo á las bellezas originales; de cuya lozanía puede decirse que es siempre antigua y siempre nueva.

Es cierto que no conocemos completamente este universo: pero repugnaría á la recta razón buscar en lo que ignoramos argumentos contra lo que conocemos; pues sería lo mismo que buscar la luz en las tinieblas. Tomémos por regla y norte la analogía y la esperiencia, y juzguemos de las partes que nos son desconocidas por aquellas que hemos podido penetrar, después de haberlas ignorado mucho tiempo. En los tres últimos siglos han hecho progresos inmensos las ciencias naturales enriqueciéndose con una multitud asombrosa de observaciones y fenómenos nuevos: cada descubrimiento ha sido una maravilla, y solo Cristóbal Colon descubriendo la América, ha duplicado, digámoslo así, para nosotros el globo que habitamos. Pero se ha encontrado en los rios, en las montañas, en los bosques y producciones de este segundo hemisferio alguna cosa que lo haga indigno de com-

pararse con el antiguo? Los instrumentos inventados por el hombre le han proporcionado estender mas sus conocimientos en todas las partes que componen las diversas producciones de la naturaleza, y han creado en cierto modo para nosotros un mundo nuevo, poblado de millares de seres imperceptibles á la vista, presentándonos en ellos nuevos objetos de admiracion, y nuevos milagros de orden y de sabiduría. ¿Pero se ha visto acaso en los cielos algun desorden chocante desde que el telescopio de Herschel nos ha proporcionado visitarlos, ó tienen algo de contrario á la armonía universal los cuatro nuevos planetas descubiertos en nuestros dias? Ese astro errante, cuya aparicion inesperada sorprende á nuestros sabios (1), ¿ha suministrado acaso algun argumento contra la sabiduría del ordenador de los mundos? No, no sucede en las obras de la naturaleza lo que con las del hombre: no se descubren con nuevas luces viejos errores, como en las teorías físicas modernas, que son en muchos puntos la refutacion de las antiguas. Desde que el siglo de Luis XIV ha fijado el gusto y perfeccionado la lengua francesa, ¿cuantas obras que ántes pasaban por maestras han caído en el olvido? No así en las ciencias, que cuantos mas progresos hacen, mas dan á conocer la utilidad de cosas que parecian inútiles, y descubren mas y mas la hermosura de las que ántes casi se tenian por defectuosas. La nada del hombre se manifiesta hasta en el ingenio mas brillante; pero en la naturaleza, todo es perfecto, y cuanto mas se la estudia, mas hermosa parece: su juventud es inmortal y sus bellezas nunca envejecen.

Acabo, señores, de demostrar que hay orden y belleza en este mundo visible: ahora añado en tercer lugar, que es imposible explicar uno ni otro sin la accion de una causa inteligente.

Convencidos, pues, de la existencia del orden en este mundo visible, veamos cual pueda ser su causa: y si es obra de una inteligencia y razon infinita, ó el resultado imprevisto de un acaso. Los sabios de nuestros dias han insistido en el principio de la necesidad de desconfiar del espíritu.

(1) Cometa del mes de Julio de 1819.

ritu de partido y consultar los hechos, las observaciones y la esperiencia; advirtiéndonos que no nos entreguemos á todas esas hipótesis brillantes que, si pueden dar honor á la imaginacion del escritor, son muy poco honrosas al naturalista. Sea pues, señores, la esperiencia el juez que decida entre los ateos y nosotros. Yo los desafio desde luego á citar una sola obra digna de atencion por su orden y su belleza, que no sea hija de una inteligencia. ¿Nos ofrece acaso la historia antigua ó la moderna obras en que brille la sabiduría y el ingenio, sin suponer lo uno y lo otro en su autor? ¿Ha compuesto acaso algun idiota una Iliada ó un poema como Atalia? Digan si alguna vez han podido los ciegos, por mas que manejen el pincel y tracen líneas sobre un lienzo, dar, como por acaso, con una Transfiguracion como la de Rafael, ó si un torbellino de viento agitando un conjunto de piedras y de arena, ha podido labrar, pulimentar y disponer las partes de un palacio como el de Médici. Si me probasen que una turba de insensatos, hablando todos á un tiempo y en la mayor confusion, habian articulado sin interrupcion todas las palabras de que se compone el *Discurso sobre la historia universal*, acaso pudiera ocurrirme el pensamiento de que este mundo con todas sus maravillas no anuncia un arquitecto inteligente; pero si donde quiera que veo establecido un orden; si á la vista de una familia bien dirigida, de una ciudad bien gobernada, un ejército bien disciplinado, ó de un edificio bien dispuesto en todas sus partes, se escita en mi entendimiento, aun sin poderlo evitar, la idea de un agente dotado de inteligencia y razon; es indispensable que siguiendo las reglas de la analogía y de la esperiencia mas constante, me eleve al considerar el orden admirable de la naturaleza hasta una inteligencia suprema, y que le crea obra suya. Se nos cita, es cierto, un pintor de la antigüedad, que no pudiendo retratar el espumajo de un caballo de los juegos olímpicos, tiró despechado su pincel sobre el lienzo, y lo consiguió aun mejor de lo que podia esperar; pero un poco de espuma no es una cosa que exija reglas, y un acaso puede tener esta fortuna: mas aun así siempre se necesitaba un lienzo preparado al efecto, una mezcla estudiada de colores, un pincel á propósito, y una mano que le arrojase sobre el lienzo.

y Nosotros solo podemos juzgar de las cosas por nuestro modo de concebirlas, con arreglo á las primeras ideas que constituyen en cierto modo nuestro entendimiento, y son la base necesaria de nuestros raciocinios. Así es que el hombre siempre ha raciocinado por el principio de que el orden en un efecto supone inteligencia en su causa; y conforme á esta regla luminosa, invariable y universal, ningun hombre sensato se ha persuadido nunca, que tomando al acaso y sin eleccion detras de imprenta pueda resultar un poema como Atalia, por mas que esta operacion maquina, hecha sin discernimiento, se repita sin cesar millones de siglos. El orden y el desorden se distinguen en nuestra inteligencia tanto como la sabiduría y la locura, la luz y las tinieblas. Un intervalo inmenso separa al agente dotado de inteligencia del agente ciego y estúpido, sin que nuestra razon nos permita confundirlos en sus efectos ni en su naturaleza: y si se necesita inteligencia para componer una esfera artificial que represente los movimientos celestes, ¿cómo puede concebirse que no haya sido necesaria tambien para disponer las esferas reales que ruedan por los cielos? Parece que persuadidos los ateos de nuestros dias, de que en la realidad el acaso no es nada, se han avergonzado de atribuirle la formacion del universo; y en efecto, tanto en el mundo físico como en la vida humana, todo tiene su verdadera causa aunque oculta; y solo para espresar una ocurrencia inesperada ó un resultado imprevisto, que no por eso deja de tener una causa, ha sido preciso adoptar esta palabra *acaso*, voz que de ningun modo puede ser agente ni causa. Pero nuestros ateos al dejar de invocarle han alborotado el mundo con lo que ellos llaman la *naturaleza*, la *necesidad*: hé aquí sus dioses, que no son ménos quiméricos que los del paganismo. Tan crédulos y tan desatinados se muestran los ateos en su modo de explicar el universo, que bajo este punto de vista son los hombres mas supersticiosos; y sino que nos digan lo que entienden por naturaleza. Si entienden una naturaleza sabia, dotada de prevision y que todo lo dispone conforme á un plan concertado de antemano, es mudar las palabras y conservar las cosas; pues esa misma naturaleza es la causa inteligente que nosotros buscamos: es Dios. Pero no; para ser consiguientes

deben designar por la palabra *naturaleza* la universalidad de los seres; el conjunto de cuanto existe, el gran todo del universo; y en una palabra, el mundo; que es lo mismo que no decir nada, y que el mundo es el autor del orden del mundo. Ellos nos hablarán de la energía de la naturaleza, de atracción, de impulsión, de repulsión, de afinidades; pero yo en esto solo veo reglas y siempre preguntaré quien es el regulador; veo medios para la conservación del orden que suponen un ordenador, en lugar de escluirle.

Con la misma inoportunidad invocan la necesidad; y así para entendernos procuremos no tomar meras palabras por cosas efectivas. Si quereis que el orden actual del mundo exista necesariamente y por sí mismo desde la eternidad, la voz del mundo entero se levantará contra vosotros; pues tanto los antiguos como los modernos, y los filósofos como los ignorantes, los ateos como los creyentes, todos están conformes en que el mundo no ha existido siempre cual hoy es, y entre todos los pueblos se ha conservado la tradición del caos primitivo, de donde al fin salió el universo con todas sus maravillas. Si pretendéis que el orden actual de las cosas es á lo ménos un resultado necesario de las leyes mecánicas de este mundo visible, yo os preguntaré quien ha establecido estas leyes primordiales, tan fecundas en resultados maravillosos; quien ha dirigido sus combinaciones, y de donde proceden esos principios de orden, cuyo desarrollo ha formado y conserva el universo. Veo la mano de un reloj dar la vuelta en una esfera y marcar exactamente las horas que dividen el dia; pregunto cual es la causa de un movimiento tan ordenado, y me respondeis que es el resultado de un mecanismo oculto á mi vista. Convengo en ello; pero no formaré inmediatamente la idea de un artífice inteligente, que hace jugar y moverse los diferentes resortes de esta máquina? Veo á un ejército egecutar con exactitud las evoluciones mas diestras y difíciles; pregunto la causa, y se me responde que lo que me admira tanto es el resultado de las reglas de la táctica y del largo egercicio del soldado. Estoy conforme; pero me exime esta respuesta de recurrir á un ordenador que manda y arregla todos estos movimientos? Así es que por más que supongais en da na-

turalidad movimientos y combinaciones sucesivas que produzcan los fenómenos que vemos y que tanto nos admiran, siempre será preciso llegar á una causa primera y eficiente de este bello órden que tanto nos asombra. Lo repito, señores, donde quiera que se encuentre unidad, es indispensable reconocer un principio que sea su autor y su conservador.

Vosotros querríais explicar el mundo presente por medio de mudanzas y transformaciones, independientes de la accion primitiva de una causa inteligente. Para hacerlos reconocer aun mas la nulidad de este sistema, hagamos su aplicacion al mundo social. Suponed que os pregunto formalmente: ¿sabeis porque subsiste la Francia en cuerpo de nacion, y de donde le ha venido el régimen político que tiene en el dia? Yo os lo diré: subiendo de edad en edad encontramos leyes y usos, familias que se suceden unas á otras, generaciones que pasan y generaciones que empiezan; el tiempo ha producido diversas mutaciones en las costumbres y en las leyes; el gobierno ha experimentado muchas variaciones, y por fin hemos llegado al órden actual de cosas. ¿Quedaríais satisfechos con esta teoría, y no me diríais con razon: nos hablais de leyes, de usos, de mudanzas y de revoluciones para esplicarnos el estado actual de la Francia; pero subiendo de edad en edad y de generacion en generacion, no vendrémos á parar á la cuna de la nacion francesa, á individuos y seres inteligentes dotados de prevision que hayan fundado, civilizado y gobernado á la nacion? No tiene dudas, señores. Lo mismo pues sucede en el mundo físico. Suponed cuantos soles querais que se apaguen y se enciendan; inventad choques y trastornos en la naturaleza, y mundos nuevos que salgan de las ruinas de los antiguos á vuestro albedrío; inventad sistemas fundados en el enlace y progresos de transformaciones sucesivas: siempre será preciso que ascendiendo de efecto en efecto, y de fenómeno en fenómeno lleguemos á un regulador anterior á todas estas combinaciones: por mas que se prolongue la cadena de los seres, siempre vendrémos á parar en el punto fijo de que está pendiente: en la naturaleza, así como en la sociedad civil existen, es cierto, leyes por las que todo camina y se mantiene, pero tanto en la naturaleza como en la sociedad, la legislacion supone un legislador.

¿Querrán acaso, para no recurrir á la intervencion de la causa inteligente, valerse de aquel dicho célebre de Descartes: «Dadme materia y movimiento, y yo haré un mundo.» ¿Pero desde cuando debe la hipérbole de un ánimo exaltado tenerse por una verdad rigurosa? Aun así Descartes no decia que el mundo se haría á sí mismo, sino: «Yo haré un mundo»; se proponia por regulador del movimiento de la materia, y de esta suerte declaraba la intervencion de un ser inteligente. Es indudable tambien que Descartes era un adorador sincerísimo de la Divinidad; y si se entretuvo en idear un mundo, saben todos el resultado de su sistema, que ya no tiene ni un solo partidario: sus torbellinos se dissiparon como un ligero vapor; y á pesar de todo su ingenio, ha tenido la suerte de todos los fabricantes de mundos, antiguos y modernos: evaporarse en sus pensamientos.

Por consecuencia nada nos puede dispensar de recurrir á una causa inteligente.

Que esta causa inteligente sea Dios, no requiere discusion. El punto controvertido actualmente entre los ateos y nosotros es saber si existe un ser distinto de este mundo, y que sea un ordenador: si existe realmente, los ateos convendrán sin dificultad en que para haber dispuesto tan maravillosamente todas las partes de este inmenso universo, necesitaba tener una inteligencia, un poder, una sabiduria y una prevision muy superiores á todos nuestros alcances; que sus perfecciones fueran ilimitadas; que fuera un ser perfectísimo, y en una palabra, Dios.

Queda pues probado que hay nociones de órden y de bellezas comunes á todos los entendimientos; que en virtud de estas nociones cada uno percibe que hay órden en el mundo visible, y que no puede esplicarse sino por la acción de una causa inteligente, que es Dios: luego existe Dios. Esta es una cadena de la cual no puede romperse ni un solo eslabon. Yo bien sé que todavía pueden proponerse argumentos, bien que fútiles, contra estas verdades, como se proponen contra la existencia de la materia, de la estension y del movimiento; pero felizmente para la tranquilidad del mundo las pruebas de la existencia de Dios son sensibles á todos, miéntras que los sofismas de los ateos son tomados de una metafísica tenebrosa é incómprensible al vulgo, de suerte

te que á despecho de los ateos, el género humano continuará teniendo el sentido comun, creyendo en Dios.

Ya he hablado bastante, señores, á vuestra razon: permitaseme hablar un momento á vuestros corazones. Sois jóvenes aun la mayor parte de vosotros, y vuestras almas todavía nuevas no estan ajadas por la ponzoña de un ateismo arraigado, ni áridas por los cálculos del sórdido interes, ni endurecidas por el largo uso de los placeres: os hallais en aquella edad brillante en que una imaginacion mas ardiente, un corazon mas sensible y mas leal predisponen al hombre á dejarse penetrar del estímulo del sentimiento y de la verdad. Ahora pues, si cerrando los libros y olvidando todos los discursos os habeis puesto á contemplar algunas de las grandes escenas de la naturaleza, ¿habeis podido libertaros de una profunda emocion? ¿No os habeis sentido como enagenados por una especie de encanto, y no se ha escapado de vuestros corazones esta exclamacion de verdad: ¡Qué bellas y magníficas son tus obras, oh Dios omnipotente! *quám magnificata sunt opera tua, Domine?* Si queremos en efecto sentir y gustar aquellas dulces y profundas emociones que nos elevan hasta la Divinidad, salgamos del centro de nuestras ciudades, de nuestros palacios, de los depósitos de nuestras riquezas literarias y de todas las obras de nuestra industria; no busquemos la naturaleza ni en el laboratorio del sabio, ni en los gabinetes de los curiosos, ni en cuanto se ostentan el poder é ingenio del hombre: tampoco entremos en ese recinto que encierra animales del Africa y del Asia, ó habitantes de nuestros bosques, que hemos privado de su agreste libertad. El águila cautiva podrá sí fijar mi vista, pero no interesarme en semejante estado de degradacion; al paso que quizas me llenaria de asombro si viera esta reina de los aires elevarse libre con un vuelo rápido y magestuoso hácia la mansion del trueno. Tampoco diré que tomeis en la mano aquel instrumento que tanto auxilio presta al ojo del observador, y le dirijais hácia el firmamento: aun esto es una molestia: yo no gusto limitarme á un solo punto de los inmensos espacios celestes, cuando necesitamos abrazar toda la bóveda de los cielos, y gozar de una libertad perfecta que deje al entendimiento toda su fuerza y al corazon todas sus afecciones. ¿En donde

hallaremos pues esa naturaleza que habla á nuestras almas mucho mejor que toda la elocuencia humana? ¿En dónde, señores? En esos bosques soberbios y magestuosos, cuya soledad, cuyo silencio y la densidad de sus sombras inclinan el ánimo á un santo recogimiento y le penetran de un religioso pavor: en las orillas de un mar á veces apacible, y á veces agitado, cuyas ondas parece que juguetean bajo de la mano poderosa de un Dios, que las irrita ó las calma á su arbitrio: en la cumbre de esas altas montañas, desde donde la vista se extiende á lo lejos, y se pierde en un inmenso horizonte.

Allí es donde el hombre parece señorearse en su imperio, como rey de la naturaleza; y desde donde contemplando con enagenamiento el vasto conjunto de valles y colinas, de montes y llanuras, de campos y praderas, se eleva naturalmente hácia el autor de tantas maravillas. Aun mas todavía en los cielos debe estudiarse la naturaleza en aquellas noches tranquilas y serenas en que reina el silencio en la tierra y en los aires, y cuando parece que la luna derrama con su dulce resplandor la calma y la frescura sobre el universo.

¿Podrá entonces ocurrirle á ninguno la idea de que no hay un Dios? ¡Ah! antes se insinuarán en su alma sentimientos tiernos y consoladores, caerán acaso de sus ojos lágrimas de admiracion y de enternecimiento, y exclamará doblando sus rodillas:

«¡Qué hermosas son tus obras, oh Dios del universo, y cuán dulce me es creer en tí, oh Dios de mi corazón! ¿Cómo podré desconocerte, cuando tu presencia brilla por todas partes con tanta gloria y magnificencia? Perdona, Dios de bondad, los errores de mi juventud: acoje á un hijo extraviado que se arroja en tu seno paternal; y si manifestastes tu poder arreglando el curso de los astros, muéstrate aun mas poderoso ordenando mi corazón y sopmetiéndole para siempre á las leyes de tu adorable y suprema Magestad.»

CONFERENCIA QUINTA.

EXAMEN

DE LOS PRINCIPALES ARGUMENTOS

DEL ATEISMO.

Quando concebimos el designio de vengar de los embates de la impiedad el primero de todos los dogmas, la existencia de Dios, no pudimos menos de preguntarnos antes á nosotros mismos, si no seria mas conveniente dejar en el olvido esos tenebrosos argumentos, que sacarlos á la luz pública; y si revelándolos no nos expondríamos á oscurecer una verdad palpable que brilla con su luz propia, del mismo modo que el sol con sus rayos, haciendo acaso vacilar la conviccion por los mismos medios con que quisiéramos afirmarla. Pero esta consideracion debia ceder á la necesidad de que la Divinidad tenga tambien sus defensores, ya que ha tenido tantos enemigos cuya voz ha resonado, á manera de una trompeta, en toda la Europa.

Nos parece además, que despues de una época en que el ateismo ha sido como el tono dominante del mundo sabio y literario; en que la ciencia y el talento han hecho esfuerzos increíbles para esplicarlo todo sin la intervencion de la causa suprema é intelijente, y en la que mil producciones diversas, marcadas todas con el sello de la impiedad mas escandalosa, han circulado por todas las clases de la sociedad; es imposible que no hayan quedado impresiones funestas, aun en los entendimientos que no se hayan pervertido del todo con estas perniciosas doctrinas. Por consiguiente no será inoportuno ni supérfluo el combatir las. El ateismo ha dejado entre nosotros rastros profundos de sus estragos; y lo que en otro tiempo era raro y honroso, ha llegado ya á ser comun y familiar á nuestro pensamiento. Si Bossuet volviera entre nosotros, no podria decir lo que decia en otro tiempo en uno de sus discursos: « La tierra sostiene corto número de esos insensatos, que bajo del imperio de Dios, entre sus obras y en medio de sus beneficios, se atreven á decir que no existe; y cuando á la luz del cristianismo llega á descubrirse alguno, debe considerarse su encuentro como desgraciado y abominable (1). » Puede sin duda ser útil discutir los argumentos de los ateistas, ya sea para borrar las impresiones fatales que han dejado, ya para preca-verlas: tal será, Señores, el único objeto de esta conferencia.

Si escuchamos á los ateos de nuestros dias nos dirán, así en sus discursos como en sus libros: «¿Cual es pues ese ser diferente de este universo, que llamais Dios? ¿donde le colocais? ¿os le figurais un espíritu que ha creado la materia y el movimiento? ¿Pero como puede concebirse esta produccion del seno mismo de la nada? ¿Puede salir de la nada cosa alguna? ¿Quién nos esplicará su naturaleza? ¿Cómo podréis darnos una idea de ella? Si nuestra doctrina es oscura, ¿es la vuestra mas luminosa? ¿Y es acaso mas incomprendible el ateismo, que ese Dios en que vosotros creéis? Os le figurais un Ser infinitamente bueno, sabio y justo; pero lo seria en verdad mucho mas, si se hiciera mas

(1) Primer sermón de Adviento, que finca en el Génesis. (1)

»visible al género humano: así se atraería la admiración y los
»homenajes de todos, mientras que existen por el contra-
»rio tantos que no creen en él, y son acaso los mas ilus-
»trados y mas deseosos de conocer la verdad. ¿Por qué
»está tan oculto y se esconde á nuestras investigaciones?
»Vosotros recurrís á Dios para explicar este mundo visible:
»recurso inútil. Suponed el mundo eterno; el movimiento
»inherente á la materia; una sucesion siempre continúa de se-
»res variados en sus formas, en sus figuras y en sus propie-
»dades naturales, con sus afinidades ó sus oposiciones, con
»cierta tendencia á unirse ó desunirse, y haciendo siempre
»esfuerzos para llegar á un sistema de cosas en que cada
»uno esté en su puesto; y tendreis este universo físico con
»todas sus bellezas, con los animales que habitan la tierra,
»y hasta el hombre mismo. De este modo todo se explica
»sin Dios, y solo la ignorancia de las causas físicas ha he-
»cho inventar la causa inteligente.»

Tales son, señores, en compendio los argumentos de los
ateos, que resumiendo en las mismas palabras de un sábio de
nuestros dias, célebre por su ateísmo durante el curso de
su vida, reduciremos á las tres siguientes aserciones hablan-
do de Dios (1): *no se le comprende, no se le vé, todo se expli-
ca sin él.* Bien débil, á la verdad, y desesperada debe ser
la causa del ateísmo, cuando despues de cincuenta años de
trabajo y de esfuerzos un sábio distinguido ha podido en-
contrar solamente estos frágiles apoyos.

La primera objecion es que *no se puede comprender á
Dios.* Es indudable que el Dios á quien adoramos es un
Dios incomprendible, y de ello nos gloriamos en lugar de
avergonzarnos; y aun cuando podamos conocerle, como pron-
to diré, jamás llegaríamos á comprenderle; sus perfecciones
son de tal modo superiores á nuestros débiles pensamien-
tos, que aun cuando tuviéseis toda la magnificencia del len-
guaje de los antiguos profetas de Israel, todas las luces de los
mas bellos ingenios que han ilustrado las naciones y los si-
glos, y toda la sutileza de las inteligencias que el cristianismo
representa al rededor del trono del Eterno, como ministros

(1) «Lalande.» Second supplément au diction, des athées, pag. 90.

de sus santas voluntades, jamás podríais pintarlas: vuestros sentimientos y vuestras espresiones quedarían á una distancia infinita de su suprema Magestad; y despues de apurados todos vuestros esfuerzos os veríais precisados á confesar que no se le puede caracterizar mejor que llamándole incomprendible. Solo Dios se conoce á sí mismo con un conocimiento perfecto; el poder, la sabiduría y la bondad sin límites no pueden ser comprendidos mas que por una inteligencia ilimitada.

De otro modo no sería verdadero Dios, sino un dios imaginado por los hombres. Por mas que queramos penetrar en lo infinito, jamás hallaremos sus límites; porque no los tiene, y es como un mar inmenso sin fondo y sin ribera. La incomprendibilidad es de tal modo esencial á la naturaleza divina, que el no creer en Dios porque es incomprendible, es no creer en él porque es Dios, lo cual sería por cierto una bellissima razon.

Dios es incomprendible. Espliquémonos para no disputar inútilmente. Comprender á Dios es tener de él una idea completa, penetrar su naturaleza y sondear todos sus abismos, sería ver perfectamente la hermosura y armonía de sus perfecciones; y esto es precisamente lo que escede la capacidad de un entendimiento débil y limitado, como el del hombre. Conocer á Dios es saber que existe, es tener de él ideas, si no completas bajo todos aspectos, á lo menos bastante claras para ver suficientemente lo que él es con respecto á nosotros, y lo que nosotros somos con relacion á él; para hablar de él de un modo juicioso y razonable; y tener un convencimiento íntimo y profundo de su existencia, de su poder, de su sabiduría, de su bondad y su justicia, aunque no podamos conocerlas en toda su extension. Tal es nuestra situacion sobre la tierra. Y qué, señores, cuando el nombre de Dios resuena en vuestros oídos, ¿es acaso solo un sonido vago que se lleva el aire, y no sentís excitarse en vuestras almas ninguna idea, ni sentimiento alguno? Cuando hablamos del Ser eterno, sin principio y sin fin, cuya naturaleza es existir, y á quien el ser es tan esencial como la redondez al círculo; que, independiente de toda causa estraña, nada ha recibido y nada puede perder; que permanece siempre inalterable y siempre el mismo, al paso que

en este mundo pasa y todo se gasta como un vestido; que solo existe verdaderamente, porque todo el resto de los seres recibe de él una existencia precaria; ante quien el universo es como la nada, y todas las naciones como si no existiesen, y que puede decir de sí aquella palabra de nuestros libros santos: *Yo soy el que soy*; cuando hablamos, digo, de un Ser todo poderoso, que ha comunicado la existencia, el movimiento y la vida á cuanto compone este universo; que puede crear los soles con la misma facilidad que los insectos; que ha diseminado las estrellas en el firmamento, como el polvo en nuestros campos; que puede producir cuanto quiera por su sola voluntad, y que dijo en el principio: *Hágase la luz, y la luz fué hecha*; si hablamos de un Ser soberanamente sábio, que por medio de leyes igualmente sencillas que fecundas, gobierna este mundo visible; cuya providencia se extiende sin el menor esfuerzo á los cielos estrellados y á la yerba del campo, á los mas vastos imperios como al mas oscuro individuo; que conduce las criaturas inteligentes á sus fines adorables fuerte, pero tambien dulcemente, y juguetea, digámoslo así, con este inmenso universo; si os hablamos en fin de este Dios justo que en todo sigue las reglas de su infalible y soberana razon; de este Dios santo cuya infinita pureza aleja de sí todo lo malo á una distancia infinita; de este Dios bueno que feliz por sí mismo se complace en derramar sobre sus criaturas alguna parte de su suprema felicidad; si os dirigimos semejante discurso, ¿somos tan inteligibles como si os hablásemos en una lengua extranjera y del todo desconocida? ¿No tienen estos pensamientos alguna proporcion con vuestro modo de sentir y de juzgar; ó es todo esto tan bárbaro y tan oscuro como si os hablásemos de un círculo cuadrado, ó de un cuadrado circular? O por el contrario, ¿no es tan razonable la idea de Dios que está al alcance de todos los entendimientos, y se halla mas ó menos aclarada entre todos los pueblos de la tierra? ¿No se halla su nombre en todas las lenguas, y en las obras de los mas brillantes ingénios que ha producido el mundo; en las instituciones de los mas grandes legisladores, y en los cánticos religiosos de todas las edades y de todas las naciones? ¿No es indeleble su recuerdo y bastante claro su conocimiento, aunque imperfecto, para ser

una regla mas ó menos perceptible de las acciones humanas? Yo os pregunto: ¿es por ventura una misma doctrina la de una causa inteligente que la del acaso; la de ser un poderoso y sábio que obra con eleccion y discernimiento, que la de una ciega necesidad; la de un Dios, autor de las bellezas y del órden de este universo, ó la de este mismo universo, resultado tan solamente del concurso fortuito de las partes de la materia puestas en movimiento? ¿Produce las mismas ideas la exposicion de una ú otra doctrina? ó por mejor decir, ¿no tenéis nociones bastante exactas de ambas para conocer su mucha oposicion? ¿No puedo yo, al ver un cuadro de un efecto admirable, formar idea, á lo menos imperfecta, del talento del pintor, de su inteligencia y de su maravillosa industria, aunque no me sea posible graduar exactamente las cualidades de su entendimiento, ni el modo con que ha sabido animar el lienzo y hacer revivir, digámoslo así, á mi vista objetos que ya no existen? Cuando veo una ciudad populosa en donde todo está en paz, en donde las personas y las propiedades disfrutan de seguridad bajo de la salvaguardia de las leyes, y en donde la libertad no degenera en licencia, ¿no podré acaso formar una idea razonable del agente invisible que dirige los resortes de esta sábia administracion, aunque ignore cómo los maneja y hace concurrir al bien general? Y si es cierto que este mundo no es mas que un encadenamiento de las causas segundas y de sus efectos, ¿no podré yo formar la idea de la causa primera, del Ser autor y ordenador Supremo de todas las cosas, aunque mi pensamiento no pueda comprender su modo de existir y de obrar? Podemos, pues, tener una idea de Dios por incomprendible que sea; ¿y no es ya tener alguna idea de él el saber que es incomprendible?

Dícese que Dios es incomprendible; es cierto: no comprendéis su eternidad; pero la necesidad de algun ser eterno está rigorosamente demostrada; pues por el hecho de que hay alguna cosa que existe en el dia, es necesario que alguna haya existido siempre, porque si no existia cosa alguna antes de todo lo que ha tenido principio, no habia mas que la nada; y si no hubiese habido mas que la nada, tampoco habria ahora otra cosa; pues la nada no puede

producir cosa alguna. Por tanto es evidente que hay un ser increado, eterno, existente antes del tiempo, que no ha tenido principio ni tendrá fin, en quien la medida de su duracion pasada es la eternidad, y la misma eternidad la medida de su duracion futura. Esto hizo decir á Pascal que *el hombre es un punto colocado entre dos eternidades.*

No examinaremos ahora si este ser eterno es Dios ó la materia; pero veamos ya á los ateos obligados á admitir la eternidad de un ser cualquiera. ¿Y hay sin embargo una cosa mas incomprensible? No comprendéis la creacion, ni como ha salido el universo de la nada; pero guardémonos de atribuir á los adoradores de la Divinidad ideas absurdas que no tienen.

No se dice que la nada sea una causa productiva que haya hecho el mundo; que la nada haya suministrado la materia de que está compuesto, ni que ésta se haya estraido de los abismos de la nada, como los metales de las minas que los encierran; pues entonces habria una implicacion en los términos y un absurdo manifiesto: dígase pues que Dios por su poder infinito ha dado la existencia á lo que no la tenia, y que ha realizado por la fuerza de su voluntad lo que era posible en las ideas de su entendimiento divino.

No hay duda que no conocemos este modo de obrar: para comprender cual es su manera de querer, y el poder de su voluntad, seria preciso hallarse en el seno de la Divinidad.

Si no conociésemos por nuestra experiencia personal y por nuestro sentimiento particular lo que es el querer del hombre, nos seria imposible formarnos idea de él, así como al sordo y al ciego de nacimiento les es imposible concebir el sonido y los colores. Seria un pensamiento muy bajo y terreno atribuir á la Divinidad lo que solo es propio del hombre, cuyo poder é ideas son limitadas. El hombre puede sin duda dar á los objetos preexistentes nuevas formas; puede modificar la materia, pero no crearla; y solo Dios con su poder infinito puede dar una existencia efectiva á lo que antes solo la tenia posible: esto es lo que llamamos crear ó sacar de la nada. ¿Y no deberá haber una diferencia infinita entre el poder de Dios y el del hombre? Y si el poder limi-

tado de éste puede crear modificaciones, ¿por qué no podrá un poder ilimitado crear los seres? Dentro de nosotros mismos encontraremos una imágen, aunque imperfecta, de este poder creador: mi brazo por ejemplo está ahora inmóvil, y este estado de reposo es la ausencia ó la nada del movimiento; pero quiero, y sin más que esto, al momento se mueve; y este movimiento que antes era posible, se hace efectivo, y por un acto de mi voluntad sale de aquella especie de nada en que antes estaba: hé aquí una especie de creacion imperfecta, figura de la creacion perfecta de que solo Dios es capaz.

Dios, decís, es incomprendible; ¿pero comprendéis acaso el modo con que lo pasado está presente á vuestra memoria, como se lanza nuestro pensamiento simultáneamente á todos los mundos, y como vuestra alma anima todas las partes de vuestro cuerpo? Por todas partes, señores, estamos rodeados de cosas incomprendibles, y nadie debería hablar menos de la incomprendibilidad de Dios que los ateos, cuyos sistemas son sólo un conjunto de palabras incoherentes, de proposiciones contradictorias y repugnantes, y cuya doctrina es tan increíble que apenas la adoptan algunos entendimientos extravagantes, de suerte que solo por un exceso de credulidad es posible ser ateo. Pero esta observacion corresponde á otro lugar: paso ahora á la segunda dificultad que nos proponen.

No se vé á Dios. Es indudable que si el autor de la naturaleza no hubiera marcado su obra con un sello divino, y dado un testimonio de sí mismo, manifestando sus atributos de un modo capaz de convencer á todo entendimiento racional, nos veríamos reducidos á formar conjeturas vagas sobre su existencia, y á fluctuar entre la incertidumbre y el choque de los sistemas del entendimiento humano. Pero cuando todo nos representa su alta magestad, y cuando la razon del género humano y la naturaleza entera aclaman á un Dios, autor de todas las cosas, digno de nuestras adoraciones y de nuestro amor, ¿quienes somos nosotros para atrevernos á preguntarle por que no se nos manifiesta aun mas, y para exigir mayores luces, en lugar de recibir con agradecimiento las que nos ha dado? ¿Quisierais que Dios se os descubriese aun mas; ¿pero hasta qué

punto exijis que extienda esta manifestacion de sí mismo? No pretendereis ciertamente que el Ser infinito deba descubrirse á un ser tan débil como vosotros en el estado infinito de su grandeza y de su gloria. ¿Quisiérais que su existencia fuese para vosotros tan perceptible, como la del sol ó la de vuestro cuerpo? Pero entónces, ¿qué mérito tendríais en creer en él? ¿Teneis alguno en creer la existencia del sol que veis con vuestros ojos? Justo y bueno este Dios Todopoderoso, pero al mismo tiempo independiente, Rey y Señor de las criaturas, y celoso de los homenajes de un corazon recto y sincero, se presenta á nosotros con un resplandor suficiente para que le podamos descubrir, y bajo de un velo bastante denso para que nos quede el mérito de creer en su presencia. Pensais que el Dios bueno lo seria mucho mas si se os hiciese mas visible; pero así como es la bondad misma, así tambien es la soberana sabiduria: ¿y quién sabe si en sus decretos eternos no ha obrado sabiamente en no manifestarse mas? Vosotros creéis que seria aun mejor si fuera mas visible; y otro le creeria mejor si le diera mas salud, mas talento y mas poder. Así la Divinidad estaria sujeta á los vanos caprichos de los hombres, y seria preciso que sus ideas arbitrarias fuesen la regla del que es la suprema razon. Yo bien concibo como Dios es á un mismo tiempo visible é invisible: visible en sus obras, que son otros tantos espejos en que reflejan sus adorables perfecciones, é invisible á causa de las sombras que cubren su infinita magestad: es como el sol oculto detrás de una nube.

Si la Divinidad estuviese mas lejos de nosotros, podria escaparse á nuestra vista; y si mas cerca, nos arrebataria con tanta impetuosidad que quitaria al hombre toda su libertad, y caeria por tierra toda la economía del mundo actual. La rectitud del corazon, la buena fé, el deseo sincero de conocer la verdad es lo que nos hace estimables á los ojos del justo apreciador de las cosas, y el que le busque con intenciones puras le encontrará. San Agustin tuvo un pensamiento, frecuentemente repetido, pero que es preciso traer siempre á la memoria, porque siempre se olvida; y vamos á repetirle en los mismos términos de Pascal: «Hay bastante luz para aquellos que no desean mas que ver, y

»bastante oscuridad para los que tienen una disposicion contraria (1).»

En esto como en todo lo demás se muestra el cristianismo eminentemente arreglado á la razon, y nosotros podemos observar como la revelacion al tiempo que purifica y perfecciona, confirma todo lo que inspira una razon sana. Ella nos enseña que esta vida es el tiempo de las sombras y de la oscuridad, y no el de la luz plena y perfecta: que para merecer ver, es preciso comenzar por creer: que un día se rasgará el velo que nos oculta la Divinidad, y que el tiempo presente, semejante al crepúsculo que anuncia el sol, no es mas que la aurora del día de la eternidad. Vamos á la tercera dificultad, á saber: que para nada se necesita de Dios, y que todo se explica sin él.

Bien sabido es, señores, con qué jactancia han ponderado los ateos modernos su ciencia y sus luces. Al oírlos, les creeríamos unos entendimientos sublimes, que remontados en las alas del ingenio dominan sobre las preocupaciones vulgares, y si alguna vez se dignan bajar de aquella altura para alargarnos una mano compasiva, es por un resto de piedad soberbia, de la cual consienten no despojarse; y pronunciando contra nosotros las palabras enfáticas *supersticion, preocupaciones, credulidad*, nos acusan de caminar por los senderos de la rutina, y nos convidan á romper, á su ejemplo, los grillos de una vergonzosa esclavitud. ¿No sería singular que la acusacion de credulidad que nos hacen recayese enteramente sobre ellos; que la fuerza del ingenio estuviese de nuestra parte, y solo hubiese de la suya flaqueza y puerilidad? A la verdad que si con alguna cosa se les puede convencer de esto, es con su misma pretension de explicarlo todo sin recurrir á Dios.

Es en efecto fácil hacer ver que sin él es imposible explicar la existencia de la materia, la del movimiento, y en particular la del hombre:

Digo primeramente que no se puede explicar con el ateismo la existencia de la materia, de esos cuerpos de que está compuesto el universo sensible: y en efecto, si la materia

(1) Pensamientos, cap. XVIII. n. 2.

no es la obra de un Dios criador, ¿á quién debe entonces su existencia? Ciertamente no la debe á la nada, porque esta no produce nada: y en este caso es preciso decir que la materia existe por sí misma; que es eterna, que por su naturaleza existe necesariamente, y que por lo tanto es lo que los metafísicos llaman *el ser necesario*: asercion no solamente arbitraria, sino contraria á la razon. Yo os hago desde luego la observacion, de que no siendo la materia una ficcion de nuestro entendimiento, sino una cosa real, y un compuesto de una multitud de partes, unidas entre sí, cada una de estas partes, si la materia existiese necesariamente, tendria tambien una existencia necesaria; y de tal manera que sería imposible sin contradecirse suponerla no existente: así pues no habria un solo grano de arena, una molécula de aire, ó un átomo de materia á las cuales no fuese tan esencial la existencia como lo es la redondez al círculo: ideas tan inseparables que es imposible desunirlas sin contradecirse á sí mismo.

Ahora, pues, pregunto si sucede lo mismo con la idea de un átomo y la de su existencia, y en que se perjudicaría á la esencia de las cosas, porque yo supuciese que tal átomo no existe. Es claro que en nada; y por consiguiente este átomo no existe necesariamente: lo mismo que digo del uno puedo decir de todos; luego la materia no existe por sí misma, sino que ha sido creada, y por consiguiente hay un Dios.

Además quisiera tambien que observáeis que la Suprema perfeccion consiste en existir por sí mismo; en tenerlo todo de su propio fondo; y que el ser que existe por sí mismo es independiente, todo lo posee, y nadie podrá limitar-le. Además, si alguna cosa hay demostrada en metafísica es que el ser necesario tiene todas las perfecciones de inteligencia, sabiduría, bondad, libertad y justicia: por lo cual si la materia fuese este ser necesario, sería preciso atribuirle todas estas perfecciones. ¡Y qué estraña violencia no habria que hacer para esto á la razon! Aun hay mas: como cada particulilla de materia existiría necesariamente, sería tambien soberanamente perfecta, cada una sería Dios: y hé aquí como desechando el ateo al Dios verdadero, poblaria de dioses todo el universo. Observemos todavia que la ma-

teria no existe sino con los atributos que le son naturales, á saber: cierta disposicion de partes, cierto modo de ser, y una forma cualquiera; de lo que se sigue que no ha podido existir eternamente sin forma determinada, eterna como ella, indestructible é inmutable; circunstancias que vemos todos los dias desmentidas por la variacion perpétua de sus formas.

Yo conozco que todas estas razones son mejores para un libro que se puede meditar con toda detencion, que para un discurso público en que las palabras pasan rápidamente; por lo que me limito á lo que llevo manifestado, fundado todo en una metafísica incontrastable, y que podeis ver mucho mas ilustrado por otros, especialmente por Clarke (1).

Hé dicho en segundo lugar que es imposible explicar el movimiento sin recurrir á Dios. Una de las propiedades de los cuerpos es la de poder trasladarse de un lugar á otro, y ser agitados; esto llamamos movimiento: ahora pregunto, ¿de dónde procede el movimiento de la materia? Dejo á vuestra eleccion el que digais, ó que le ha sido comunicado en el principio, ó que le es verdaderamente esencial. Si decís que el movimiento le ha sido comunicado, os preguntaré por quién. Seguramente que no ha sido por sí misma, porque en la suposicion en que hablamos no lo es verdaderamente esencial; por consiguiente le ha recibido de una causa mótriz, diferente de ella misma; y ya tenemos aquí el primer motor distinto de la materia, á saber, Dios. Dígase enhorabuena que el movimiento se ha comunicado por una á otra parte de la materia, sin ninguna causa original primitiva ó intrínseca á su existencia, y que es una sucesion interminable de movimientos que pasan de uno á otro cuerpo, esto es querer engañarse á sí mismo, pues siempre será preciso llegar á un átomo que ha sido puesto en movimiento el primero, y respecto del cual repetiré la pregunta de cuál es la causa eficiente de su movimiento. Decid si quereis que el movimiento es esencial é inherente á la materia: esta respuesta os vá á embarazar tanto como la primera.

(1) *Traité de l'Exist. de Dieu*, tom. I, chap. II et suiv. (1)

Yo concibo desde luego la idea de un cuerpo y la de su movimiento, y conozco que puedo separar estas dos cosas, pues puedo suponer un cuerpo en quietud sin destruirle; y la misma experiencia me enseña que siempre está inmóvil si otro no le impele: por consiguiente la idea de un cuerpo no lleva consigo la del movimiento; y aunque ninguno se le conceda, no por eso deja de tener toda su esencia: de donde se infiere que el movimiento no le es esencial, sino que le ha sido comunicado por una causa preexistente; de suerte que siempre venimos á parar á la causa primera, á Dios. Podria haceros otros muchos racionios, si no temiese molestaros con una materia tan abstracta; y prefiero remitiros á Fenelon, en cuyo *Tratado de la existencia de Dios* (1) hallareis capítulos muy sólidos y luminoso sobre esta materia.

Digo por último que es imposible explicar sin Dios la existencia del hombre. Si subimos de familia en familia, y de siglo en siglo, iremos á parar en un hombre que fué el primero sobre la tierra vivo, organizado y sensible como nosotros, sin haber nacido de un padre y una madre, pues por mas que queramos alargar por tiempos imaginarios la cadena de las generaciones, siempre terminaremos en su primer eslabon. Yo no espero oir á nadie decir que por sí mismos y necesariamente hayan existidos algunos individuos de nuestra especie desde la eternidad, los cuales hayan sido el tronco de todos los demás; y por consiguiente que el género humano no tiene principio. Esto sería un absurdo: tales individuos existirian todavía, pues lo que existe por necesidad de su naturaleza no puede dejar de existir; y ¿hay acaso en nuestra especie semejantes individuos eternos? Es pues indudable, señores, que la especie humana ha tenido principio; veamos cual puede ser su origen y la causa de su existencia. Nosotros creemos y decimos una cosa muy sencilla: un Dios criador dió al primer hombre el ser y la vida, y con su poder omnipotente formó su cuerpo con maravillosa industria; á la manera que un alfarero da al barro las formas que le agradan; y en seguida le animó con la in-

(1) Véase la primera parte cap. III, y la segunda cap. III. (5)

teligencia, rayo de su divina luz, por la que el hombre es imagen de su autor.

¿Qué dicen sobre esto los ateos? No falta entre ellos quien diga sin rebozo, que la naturaleza ha plantado hombres en diferentes partes del globo: pero cuando no se reconoce á Dios, la naturaleza no es otra cosa que este universo, esta reunion de todos los seres; y sería preciso rogar al que dijese que la coleccion de los seres ha plantado hombres, que hablase de un modo inteligible, y no espresase en un lenguaje bárbaro una idea todavía mas bárbara. Entre los antiguos, Lucrecio decia, que en el origen de los gérmenes de los animales estaban agarrados á la tierra por medio de raices, y vegetaban como las plantas; pero yo quisiera saber en donde existen los monumentos históricos de esta vegetacion del hombre-planta. No pidamos testigos de este hecho que pasó allá en aquella época, y en aquellos lugares en que hablaban los árboles, y en que Anfiton al son de su lira amansaba los tigres y atraia los peñascos; es decir, en el tiempo y país de las quimeras.

Si en otro tiempo han estado los hombres agarrados á la tierra por medio de raices, como las plantas, ¿por qué no lo están todavía como ellas? ¿Por qué si la tierra ha producido los hombres por una especie de vegetacion, no sigue produciéndolos del mismo modo? ¿Por qué semejante mudanza en la produccion del hombre, cuando vemos todas las producciones de la naturaleza, los minerales y las plantas, perpetuarse siempre del mismo modo? ¿Por qué ha dejado de ser hoy el hombre un resultado de cierta combinacion, habiéndolo sido antiguamente?

No hablemos de las metamorfosis por las cuales ha pasado el animal acuático que canta en nuestras lagunas, ni alaguemos la del gusano industrioso que hila su sepulcro, y despues de haberse arrastrado por la tierra despliega las alas de la mariposa; pues estas transformaciones se han visto en todos tiempos del mismo modo que ahora, y todos los seres que resultan de ellas han sido producidos de esta misma manera, como lo acredita una experiencia constante y universal: de suerte que, siguiendo las leyes de la analogía, si antiguamente hubiera provenido el hombre de una metamorfosis semejante, tambien provendria hoy de la misma.

28 Pero ¿cuál fué el estado del primer hombre cuando apareció sobre la tierra? ¿Quiéren los ateos que haya aparecido niño, hombre hecho ó bien que haya ido formándose sucesivamente? Detengámonos un momento á examinar estas tres hipótesis. Si se os dijese que el primer individuo de nuestra especie apareció en la tierra débil, delicado y sujeto á las necesidades de la mas tierna infancia, sobresaltados entónces por el peligro de su vida preguntaríais que madre le alimentó con su leche, y que mano bienhechora defendió su cuerpo débil de los peligros que le rodeaban; pero sosegaos, que el ateaista Lucrecio ha salido de todas esas dificultades en muy hermosos versos. Segun él, la tierra fué la nodriza del primer hombre; un vapor ligero su vestido, y su cuna el tier-
no césped.

Terra cibum pueris, vestem vapor, herba cubile
Præbebat multa et molli lanugine abundans (1)

Yo, Señores, no lo ví; pero diré que si esto no es cierto, es muy poético, y á lo menos el tal Lucrecio tiene gracia, mientras que los ateistas modernos con su lóbraga metafisica son tristes como las tinieblas.

Si dijéseis que el hombre salió de repente adulto y perfecto del fango de un pântano, calentado por los rayos del sol, afirmaríais una cosa evidentemente desmentida por los hechos; pues es contrario á todas las leyes de la analogía, y á la experiencia de todos los siglos y de todos los climas, que un animal se forme con tanta rapidez, y que adquiriera repentinamente, y como por una creacion instantánea, toda su perfeccion.

Restaos decir que el hombre se ha formado sucesivamente por la incorporacion y union de diversas partes: mas esto es otro absurdo, porque el cuerpo organizado es un todo en el cual cada parte supone la existencia de las otras. Un animal no se forma, como por ejemplo la sal, por la agregacion de diferentes moléculas reunidas: es un sistema compuesto de un número infinito de máquinas que tienen correspondencia directa y relaciones íntimas entre sí, hechas las unas para las otras y cuyas fuerzas concurren al bien general. Este to-

(1) De Rer, nat, lib. V., vers. 814 et 815.

do se desenvuelve y toma mas volúmen, pero en cuanto máquina siempre es en pequeño lo que despues debe ser en grande. Finalmente aun quando el hombre hubiera podido formarse así, preguntaría yo siempre en que consiste que la tierra, despues de haber producido hombres de gérmenes preexistentes, no los produce ya de este modo.

¿Y qué responden á esto los ateos? Que la tierra es vieja; que está ya desvirtuada y ha perdido su fecundidad: ¡digna respuesta y tan absurda como sus sistemas! ¿Y en qué la fundad? Pues qué, ¿no hay ya limo, ni tierra blanda y cenagosa, ni sol para calentarla? Al contrario, siempre existen los mismos materiales, y la naturaleza debería hoy tener mayor facilidad para esta clase de producciones, respecto á que por la muerte de una inmensa multitud de hombres se han esparcido por todas partes los gérmenes que habian servido para su formacion, y deben existir en gran cantidad tan preciosos átomos: de modo que los cuerpos muertos serían la semilla de los vivos, y los sepulcros almacenes en donde la naturaleza encontraria materiales ya dispuestos para formar hombres. Tales son en sustancia las reflexiones de Jaquelot (1) y de Fontenelle (2). En nuestros dias se ha ranoyado la doctrina de que ciertos animalejos, perceptibles solamente con el microscópio nacen del seno mismo de la corrupcion; y se ha insinuado la posibilidad de que el hombre tenga un origen semejante: pero por decontado sería preciso probar que dichos animalillos no provienen de un gérmen preexistente, y que este no es el fruto de otro animalejo que haya existido antes del gérmen; lo que no está probado todavía. Pero ¿qué ganarían con esta suposicion, aun quando no fuese gratuita, siendo constante que hay especies que no se reproducen por este medio, como el leon, el elefante y el hombre? Siempre podré yo preguntar quien dió la vida al primer individuo de estas especies. A la verdad los ateos con sus hombres-plantas y con sus metamórfosis para esplicar el origen de la especie humana, se muestran mas credulos que los niños

(1) Disertat. sur l'Exist. de Dieu. II Disert. cap. V, tom. II, paj. 242.

(2) De l'Existence de Dieu. OEuvres. Tom. III, paj. 252.

que creen en las transformaciones causadas por la varita mágica de las hadas, y cuentos por cuentos yo prefiero esas historietas que al fin divierten nuestra niñez, á esas novelas físicas que envilecen al hombre y marchitan el corazón con impresiones de tristeza y de muerte.

No será ya tiempo, Señores, de abjurar todos estos tenebrosos sistemas; de declararnos altamente á favor de las verdades sagradas que las naciones y los siglos han reverenciado como el verdadero fundamento del mundo moral, y de sustraernos enteramente y para siempre del dominio tiránico de esa falsa sabiduría, que ha usurpado el imperio á la verdadera para nacer de él un abuso tan funesto, que no ha reinado sino para destruir, ni hablado en nombre de la tolerancia y de la libertad sino para exterminar y para introducir la anarquía ó la servidumbre. Si el ateísmo es la fuente de todo mal, la creencia en la Divinidad es el principio de todo bien, un Dios, una Providencia, una vida futura, una religion regla del entendimiento y del corazón, que reprime todos los vicios y ordena todas las virtudes, son cosas unidas entre sí y bien enlazadas; y no se necesita mas que ser consiguiente, para llegar desde la creencia en un Dios, padre comun del género humano, á la fé en un Jesucristo, su reparador. Acaso me sea concedido recorrer felizmente con vosotros el intervalo que los separa: yo solo exijo amor sincero á la verdad, y valor para abrazarla despues de conocida, aunque sea á costa del sacrificio de nuestras inclinaciones y de nuestros hábitos.

Agustin, jóven todavía, y esclavo del error y de los deleites, llega á Milan, en donde era entonces obispo el grande San Ambrosio. Asiste á las esplicaciones de los libros santos y de la doctrina cristiana que aquel docto y celoso Prelado hacia á su pueblo; ve disiparse poco á poco las preocupaciones que ofuscaban su entendimiento; la religion empieza á mostrársele con una luz nueva y mas favorable; y despues de haber conocido todos los sistemas filosóficos, así como todos los placeres, cree haber encontrado lo que hacia tanto tiempo que buscaba en vano. Entretanto Mónica, su madre, no cesa de derramar lágrimas y de suplicar al cielo ilumine á un hijo tan amado, y le haga entrar en el seno de la iglesia católica. Sus gemidos y llantos no serán estériles. Agustin conoce luego la

verdad; pero la desecha: se avergüenza de sus desórdenes, pero no puede libertarse de los halagos del deleite, y sufre violentos combates, hasta que agitado un dia su corazon por las angustias y el tumulto de sus pensamientos, se separa de sus amigos, y va á reclinarse en un árbol solitario: una furiosa tempestad agita su alma y derrama un torrente de lágrimas; su entendimiento se ilustra, y se cambia su corazon. Su madre ve cumplidos sus deseos, y muere poco despues, llevando consigo al sepulcro el inefable consuelo de haber visto á su hijo entrar en el camino de la verdad y de la virtud. Aquí, Señores, no hay un Ambrosio; ¿mas no habrá en este auditorio algun jóven Agustin luchando contra los lazos de sus pasiones, avergonzado de las cadenas que arrastra, pero sin valor para romperlas; entreabriendo sus ojos á la luz para volverlos á cerrar al instante, como aquel á quien agobia un pesado sueño, que despierta un instante, hace algunos esfuerzos, y vuelve á alejarse vencido por la molicié? ¿Y no habrá acaso en esta capital y en nuestras provincias mas de una Mónica desconsolada, llorando los estravíos y la incredulidad de un hijo que tal vez se halla en este auditorio, que nos oye y dice en su corazon: ¿seré yo de quien aquí se habla? ¡Cuan dichosos seríamos si se dignara el cielo servirse de nuestro ministerio para abrir su entendimiento á la verdad y su corazon á la virtud! ¡Ojalá se penetre de que no son las pasiones las que han de darle la felicidad que busca, sino esta religion celestial que ha descendido para remedio de todos los males de la humanidad, que ilustra y fija las incertidumbres del entendimiento por la fé, consueta y fortifica el alma con la esperanza; perfecciona y santifica el corazon por la caridad, y dice á todos sin escepcion: «Vosotros, todos los que estais aquejados de los males de la vida y fatigados del choque de vanas opiniones, venid á mí: yo os consolaré.»

CONFERENCIA SESTA:

LA PROVIDENCIA

EN EL ORDEN MORAL.

Preguntar si hay una Providencia, es preguntar si Dios cuida de sus criaturas, si gobierna este mundo por las leyes que que él mismo ha establecido, si arregla la suerte de los individuos como la de las naciones, y si por una acción tan constante como universal, dirige todas las cosas á unos fines dignos de su sublime sabiduría. ¿Cómo podríamos, Señores, dudarlo? ¿Cómo no reconocer la mano poderosa que tiene las riendas del imperio del universo, que hace que todo camine á un fin comun, y contribuya á la hermosura, á la armonía y duración de sus obras? Sobre todo ¿cómo no creer particularmente que tiene la vista fija en el hombre, en esa criatura inteligente, el mas noble de los séres del globo que habitamos, y que lejos de abandonarle á los caprichos de un ignorado y ciego acaso, arregla y dirige sus destinos? Sí; todo me anuncia una Providencia en el orden moral.

Si consulto la historia del género humano, le veo reconocer en todos tiempos y lugares una Providencia. Templos, altares, víctimas, himnos sagrados, un culto, en una palabra,

una religión: he aquí lo que se encuentra en el antiguo y en el nuevo mundo. Mas todo esto sería no solo inútil, sino insensato, si la Divinidad fuera indiferente á cuanto acontece sobre la tierra. En tiempo del paganismo los hombres extraviados habian dividido el mundo moral, así como el mundo físico, entre muchas divinidades tutelares: tenian dioses nacionales, dioses domésticos, dioses para el nacimiento y para los funerales; para la paz y para la guerra: así como los tenian tambien para los astros y los mares, para las cosechas y las flores, los frutos, los bosques y las fuentes. Esto no era ciertamente mas que un conjunto de errores groseros; pero del centro de aquellas supersticiones salia siempre la creencia de un Dios presente á todo, y que todo lo rige y gobierna por su suprema voluntad. Todos los legisladores, todos los verdaderos sábios, los mas ilustres filósofos de la antigüedad pagana, las escuelas mas célebres, como las de Pitágoras y Platon, han profesado el dogma de un Dios, regulador supremo de las cosas humanas; y Epicuro fué considerado generalmente como un impío, por haber desconocido la Providencia. «La primera verdad dijo Ciceron, de que conviene que »los pueblos estén convencidos (1) es, que los dioses son los »dueños, los rectores de todas las cosas; que todos se dirige »por ellos; que ven los pensamientos y las acciones de los »hombres y que distinguen los buenos de los malos.» Y Plinio el menor empieza su famoso panegírico de Trajano reconociendo «que solo á la Divinidad debió el mundo tan »excelente Príncipe: *Principem nostrum divinitus constitutum.*»

Si atiendo á la recta razon me dirá, que el Dios en extremo sábio debe haber criado al hombre para un fin, al que debe hacer que se dirija por medios dignos de él: que el Dios justo é infalible apreciador de las cosas, no podrá ver de un mismo modo al que infringe sus deberes con audacia, y al que los cumple con fidelidad: que lleno de vñdad no carece de amor hácia sus criaturas sino que ama en ella su imágen, y los dones que se ha dignado concederles: que infinitamente poderoso no es semejante al hombre cuya accion es limitada así como sus conocimientos, sino que

(1) De legib. lib. II, núm. 7.

todo lo abraza, lo ve y lo ejecuta con una sola ojeada, sin que haya que temer se halle como agobiado por el peso del gobierno del mundo, y como embarazado por la inmensa variedad de todos sus pormenores. Dijo, y todo se hizo: quiere, y todo se ejecuta. Así pues tener estas nociones de la Divinidad, de su sabiduría, de su justicia, de su bondad y poder, y no creer en su imperio y su acción sobre la especie humana, esto es, su Providencia en el orden moral, sería el mas extraño é inconsecuente de todos los sistemas.

Pero ¿que importa creer en Dios, si no haceis de él mas que un ídolo arrinconado en el fondo del Olimpo, que teniendo ojos para ver y oídos para oír, ni vea ni oiga; si le despojais de las armas de su justicia, y os le representais como un Padre sin bondad, como un Monarca sin poder, y un juez sin rectitud? Esto es reconocer á Dios en el nombre, y ser en realidad ateo; pues un Dios indiferente á la conducta de los hombres, es para ellos como si no existiese. Digamos pues que un Dios sin providencia es un monstruo forjado por el delirio de las pasiones impacientes de un yugo que las incomoda; un ateísmo práctico en fin, menos consiguiente, pero tan fecundo en funestos resultados como el ateísmo de opinión.

La voz pues de la razón y el grito general de todo el orbe me dicen que hay una Providencia; y por tanto me parece que en el día debo detenerme ménos en desenvolver las pruebas de esta sublime doctrina, que en disipar las tinieblas con que los sofistas procuran ofuscarla. Nuestro intento no es pasar por alto las dificultades: las exponremos con injenuidad. Muchas veces las falsas doctrinas contribuyen á hacer resaltar mas la verdad, así como la oscuridad da mas brillo á la luz: por lo cual el objeto de esta conferencia será vindicar de los ataques de la incredulidad á la Providencia, considerada en el orden moral.

Me Parece oír á un discípulo de Epicuro ó de Bayle decirme con voz esforzada: Por los efectos se debe juzgar de la causa; y si es permitido hablar vulgarmente, por la obra se conoce el artífice. ¿Y cuales son en este mundo moral los rasgos de una bondad, de una sabiduría y de una justicia infinita que gobierne los destinos humanos? Si existe un Dios justo, ¿por qué entre los hombres esa distribución tan desigual de cualidades de alma y de cuerpo, de clases y de con-

diciones, de bienes y de males? ¿No es parcialidad conceder á uno lo que se niega á otro? Y si es un Dios bueno, ¿para que esas penas, esos padecimientos que convierten el mundo en una morada de lágrimas? Bajo del imperio de un Dios, que es la sabiduría y la santidad misma, ¿por qué han de existir esos desórdenes, esos vicios, esos crímenes que manchan la faz de las naciones? ¿Por qué en fin el mal? Si Dios no ha querido evitarle, ¿de qué sirve su bondad? Y si queriendo no ha podido, ¿adónde está su poder? Pasára enhorabuena si el mal solo fuera un ligero accidente que no alterase la armonía del conjunto; pero la historia de los hombres es constantemente la de sus vicios y las de sus infortunios; y aun muy frecuentemente se ve que la suerte del hombre de bien es peor que la del malvado. ¿Qué cosa mas agena del ser soberanamente perfecto que gobernára el mundo! Adoradores de la Providencia, ¿qué teneis que responder? Tal es, señores, el lenguaje de un ingénió superficial, estraviado por el orgullo y el libertinaje.

Así es que cuanto se presenta como incompatible con la Providencia se reduce: primero, á la desigualdad, sea de los dones concedidos al hombre por el Criador, sea de las clases ó condiciones en el estado social: segundo, á los males y trabajos que nos hacen infelices: tercero, á los desórdenes y vicios que infaman á la especie humana. Todas estas quejas se desvanecen, si es verdad, como lo es, que esta vida es un tránsito para otra mejor, y que existe otro mundo en donde se compensará completamente cuanto con alguna apariencia de razon pueda chocarnos en el presente. Pero ántes de elevarnos á tan sublime idea, que es la última solución de toda la dificultad, discutamos las quejas que se acaban de señalar contra la Providencia, y hagamos ver que son algunas veces del todo injustas, y siempre por lo menos exajeradas.

En primer lugar, lo que choca á ciertos incrédulos téticos ó irreflexivos es el ver con qué desigualdad están repartidos entré los hombres los dones naturales, las clases y condiciones. Se quisiera, pues, que todos naciesen con el mismo grado de fuerza en su temperamento, de belleza en la forma del cuerpo, de luces en el entendimiento, y de goce en los bienes de fortuna. Pero ¿por qué la Divinidad,

señora de estos dones, habria de sugetarse en su distribucion á esta rigorosa uniformidad? ¿Qué derecho tenemos para pretender que el Ser Soberano, é independiente de sus criaturas, tome por medida y regla de sus favores la extension de nuestros deseos? ¿No puede acaso distribuirlos con mas liberalidad á los unos, sin ser por eso injusto con los otros? Guardémonos de formar ideas falsas de la justicia. Vuestros derechos serian indudablemente violados y vuestras quejas serian legítimas, si Dios no os concediese cuanto os fuere debido; si se manifestase infiel á sus promesas, ó si no os midiera por vuestros méritos: pero ¿debía el Criador sacarnos de la nada aun cuando existiamos en ella; se habia acaso comprometido á elevarnos á un grado fijo y determinado de perfeccion y felicidad al llamarnos á la vida; y acaso se habia obligado con nosotros por medio de algun pacto, cuyo fiel cumplimiento tuviésemos derecho de reclamar? Lejos de nosotros tan descabellada idea. Reflexionadlo detenidamente, señores: Dios no necesitaba buscar la felicidad fuera de sí; y soberanamente feliz en sí mismo, podia á su arbitrio darnos el ser, ó dejarnos en la nada.

La existencia, pues, es para todos nosotros un beneficio puramente gratuito que hemos recibido de la liberalidad del Criador y que nunca pudimos merecer; y si era árbitro para no dárnosla, lo era por lo mismo para concedérnosla en un grado mas ó menos perfecto, y para hacer de nosotros unos seres mas ó menos limitado en las facultades del cuerpo y del alma: de modo que en vez de murmurar por los dones que nos rehusa, debemos mas bien bendecirle por los que nos concede. Que un magistrado, que por su destino debe igualmente atender á todos, abandone los intereses del pobre por cuidar de los del poderoso esclusivamente, será una parcialidad y una odiosa predileccion de personas: que el rico rehuse pagar al jornalero el salario de su trabajo y sudores, será tambien una terrible iniquidad; pero ninguna comparacion cabe en este caso, porque el Criador no estaba obligado con nosotros por contrato alguno, y nada nos debía, ni aun la existencia. ¿Dónde está, pues, la injusticia de tratar con desigualdad á unos seres á quienes nada se les debe? ¿No es una verdadera ingratitud desconocer el beneficio recibido, porque se desea otro mayor, al cual no hay derecho alguno?

DEPARTMENT OF THE ARMY
OFFICE OF THE ADJUTANT GENERAL

MEMORANDUM FOR THE RECORD
SUBJECT: [Illegible]

[Illegible text follows, including a date and possibly a signature block.]

INDICE DE LAS MATERIAS CONTENIDAS EN ESTE NUMERO.

	pág.
La Revelacion , por el Sr. Director D. Nicolás de Lora, Pro.	143
La Ambicion , por D. José María Guerra y Pino, Pro.	151
Conclusion del Ratisbonne	159
De la Religion considerada como sentimiento del corazon humano , por D. Alberto Lista.	180
Soneto al Smo. Sacramento , por D. José Fernandez Espino.	194
La Madreselva y la Rosa , apólogo por el mismo.	195
Circular del Excmo. Sr. Ministro de Fomento.	197
El Cura en la Escuela.	200
Extracto de una Revista católica inglesa	205
Letras apostólicas de S. S. con motivo del negocio del Cardenal Andrea.	208
Generosidad del Sto. Padre.	212
El Vapor y la Electricidad.	213
Fragmento acerca de la base natural de la numeracion perfecta	218

CONDICIONES DE LA SUSCRICION.

La **Verdad Católica**, se publica el día 8 de cada mes. Su precio anticipado es

EN SEVILLA.

Por un mes.....	4 rs.
Por un semestre.....	22
Por un año.....	42

FUERA DE SEVILLA.

Trimestre.....	15
Semestre.....	28
Año.....	54

La correspondencia sobre suscripciones y pedidos se dirijirán al Administrador de la **Verdad Católica**, Plaza de las Mercenarias, núm. 1.º; cuyo importe puede verificarse en libranzas ó sellos del correo.